

JULIO VERNE.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR, EDITORES.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE,

VERSION ESPAÑOLA

DE D. ALFREDO GARCIA LOPEZ.

PRIMERA PARTE.

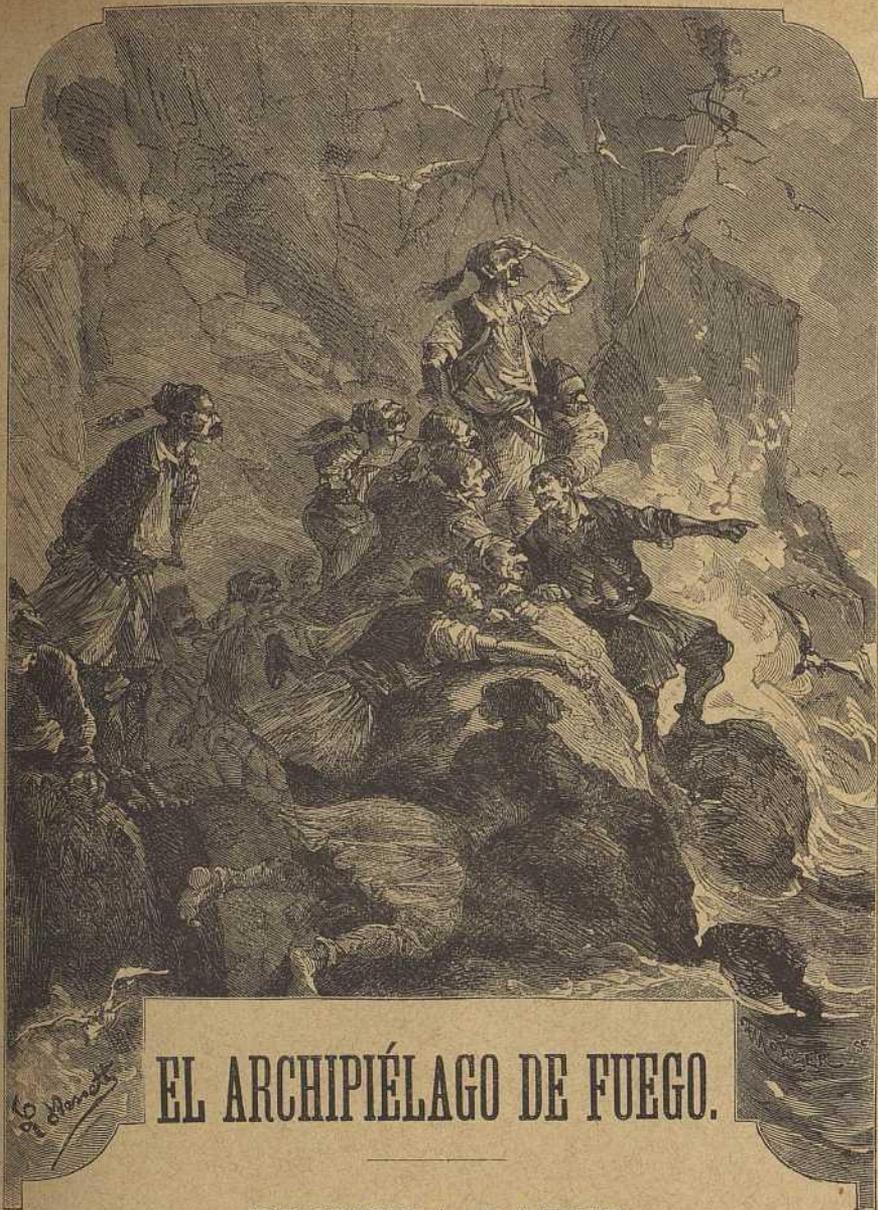


GASPAR, EDITORES.

4, PRÍNCIPE, 4.

MADRID.—1885.

Es propiedad de los Editores.



EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO.

PRIMERA PARTE.

I.

BUQUE Á LA VISTA.

El 18 de Octubre de 1827, hácia las cinco de la tarde, una pequeña embarcacion levantina ceñia el viento para poder llegar ántes de anochecer á la entrada del golfo de Coron.

Este puerto, el antiguo Cetyles de Homero, está situado en una de las tres profundas hendiduras que cortan en el mar Jónico y en el mar Egeo aquella hoja de plátano, á la que se ha comparado con mucha exactitud la Grecia meridional. En la tal hoja se desarrolla el antiguo Peloponeso, la Morea de la geografía moderna. La primera de dichas escotaduras, al Oeste, forma el golfo de Coron, abierto entre la Mesenia y el Magno; la segunda es el golfo de Ma-

rathon que corta el litoral de la severa Laconia; la tercera es el golfo de Nauplia, cuyas aguas separan la Laconia de la Argólida.

Al primero de esos tres golfos pertenece el puerto de Vitylo. Situado en el linde de su costa oriental en el fondo de una ensenada irregular, ocupa los primeros estribos marítimos del Taigeto, cuya prolongacion orográfica forma el arazon del pais del Magno. La seguridad de sus fondeaderos, la orientacion de sus pasos y las alturas que le dominan constituyen de él uno de los mejores puertos de refugio de una costa incesantemente azotada por todos los vientos de aquellos mares mediterráneos.

El barco que avanzaba contra una brisa bastante fresca del Norte-noroeste, no podia ser divisado desde los muelles de Vitylo, de los cuales le separaba una distancia de seis á siete millas. La atmósfera estaba

muy clara, pero el pujámen de sus velas más altas apenas si se recortaba sobre el fondo luminoso del lejano horizonte.

Mas lo que no podia verse desde abajo se veia desde lo alto, es decir, desde las cumbres que dominan la poblacion. Vitylo está edificado en forma de anfiteatro sobre abruptas rocas protegidas por la antigua acrópolis de Kelapha. Encima se levantan algunas antiguas torres arruinadas, de origen posterior á esos curiosos restos de Serápis, cuyas columnas y cuyos capiteles de órden jónico adornan todavia la iglesia de Vitylo. No léjos de aquellas torres se levantan dos ó tres capillitas poco frecuentadas, al cuidado de unos monjes.

Al llegar aquí conviene explicar algo de estas palabras «al cuidado» y de este sustantivo «monjes» aplicado á los cenobitas griegos de la costa mesénica. Uno de ellos, que acababa de abandonar su capilla, va á ser juzgado tal como era.

En aquella época, y en Grecia, la religion consistia en una mezcla singular de las leyendas del paganismo y de las creencias del cristianismo. Muchos fieles consideraban á las diosas de la antigüedad como santas de la nueva religion. Aun ahora, como ha hecho observar M. Henry Belle, «amalgaman los semidioses con los santos, los duendes de los valles encantados con los ángeles del paraíso, invocando á las sirenas de igual modo que á las furias de la Panagia.» Esto produce ciertas prácticas extrañas que provocan la risa, y á veces una clerecía que se ve muy apurada para desenmarañar aquel caos poco ortodoxo.

Durante el primer cuarto de este siglo—hace cincuenta años, época en que comienza esta historia—el clero de la península helénica era más ignorante todavia, y los monjes, indolentes, sencillos y familiares, «buenos chicos», no parecian muy aptos para dirigir pueblos naturalmente supersticiosos.

¡Si no hubieran sido más que ignorantes! Pero en ciertas partes de Grecia, sobre todo en las regiones salvajes del Magno, mendigos por indole y por necesidad, tenaces pordioseros de dracmas que les arrojaban los viajeros caritativos, sin tener otra ocupacion más que dar á besar á los fieles alguna imágen apócrifa ó alimentar la lámpara de un nicho donde se veneraba un santo, desesperados por los escasos rendimientos de los diezmos, de las confesiones, de los entierros y de los bautismos, aquellas pobres gentes, procedentes de las clases más infimas, no se desdenaban de hacer el oficio de espías—¡qué espías!—por cuenta de los habitantes del litoral.

Los marinos de Vitylo, tendidos á la larga en el puerto como esos *lazaroni* que necesitan varias horas para descansar del trabajo de algunos minutos, se levantaron en cuanto vieron á uno de los cenobitas que bajaba rápidamente hácia el pueblo, agitando los brazos.

Era un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, no solamente grueso, sino gordo, con esa gordura que produce la ociosidad, y cuya fisonomía astuta no podia inspirar más que una mediana confianza.

—¿Que hay, padre?—exclamó uno de los marinos corriendo hácia él.

El vityliano hablaba con un tono gangoso capaz de hacer creer que Nason habia sido uno de los antepasados de los helenos, y en esa jerga en que el griego, el turco, el italiano y el albañes se mezclan como si hubiese existido en tiempo de la torre de Babel.

—¿Acaso los soldados de Ibrahim han invadido las alturas del Taygeto?—preguntó otro marino haciendo un gesto de indiferencia que no daba muestras de patriotismo.

—¡Como no sean franceses, que son los que nos dan que hacer!—repuso el primer interlocutor.

—¡Esos triunfan!—replicó un tercero.

Esta respuesta indicaba que la lucha, en su período más terrible á la sazón, interesaba muy poco á los indígenas del extremo Peloponeso, bien diferentes de los maniotas del Norte, que escribieron con tanta brillantez su guerra de la independencia.

Pero el obeso cenobita no podia replicar ni á uno ni á otro. Estaba sofocado de bajar las rápidas pendientes del derrumbadero. Su pecho de asmático se levantaba con fuerza. Quería hablar y no podia. Al ménos, uno de sus antepasados de la Hellada, el soldado de Marathon, ántes de caer muerto pudo anunciar la victoria de Milciádes. Pero ya no se trataba de Milciádes ni de la guerra de los atenienses y de las persas. Sólo existian los griegos, esos feroces habitantes de la extremidad del Magno.

—¡Ea, padre, habla!—gritó un marino anciano llamado Gozzo, más impaciente que los demas, como si hubiera adivinado lo que queria de anunciar el cenobita.

Éste recobró, por fin, alientos. En seguida extendió la mano hácia el horizonte y dijo:

—¡Buque á la vista!

Al oír aquellas palabras todos los holgazanes se levantaron, aplaudieron y se encaminaron á una roca que dominaba el puerto. Desde allí abarcaban sus miradas un gran sector del horizonte marítimo.

Un extranjero hubiera creido que aquel movimiento obedecia al interes que todo buque al arribar debia producir naturalmente á los marinos fanáticos por las cosas del mar. No habia nada de eso; mejor dicho, una cuestion de interes era lo único que podia conmovér á aquellas gentes, y eso bajo un punto de vista completamente especial.

En efecto, cuando escribimos—no cuando se desarrolla esta historia—el Magno es todavia un país aparte en medio de Grecia, convertido en reino independiente por voluntad de las potencias europeas firmantes del tratado de Andrinópolis en 1829. Los maniotas, ó al ménos los de tal nombre que viven en las puntas situadas entre los golfos, se encuentran en estado semibárbaro, más celosos de su libertad propia que de la de su país. Por esta razon, aquella parte extrema de la Morea inferior ha sido siempre casi imposible de reducir. Ni los genizaros turcos, ni los gendarmes griegos, han podido dar cuenta de ellos. Pendencieros y vengativos, se transmiten, como los corsos, ódios de familia que no pueden extinguirse más que con la sangre; ladrones por naturaleza y, no obstante, hospitalarios; asesinos, cuando el robo hace preciso el asesinato, aquellos rudos montañeses se



¿Que hay, padre?

llaman descendientes de los espartanos; pero encerrados en las ramificaciones del Taygeto, donde se encuentran á millares esas pequeñas ciudadelas ó *pyrgos* casi inaccesibles, desempeñan de muy buen grado el papel equivoco de los señores feudales de la Edad Media, cuyos derechos feudales ejercitaban á puñaladas y á tiros.

Pues bien, si los maniotas están á la hora presente semisalvajes, calcúlese lo que serían hace cincuenta años. Antes de que los cruceros de los buques de vapor hubiesen limitado sus depredaciones en el mar, durante el primer tercio de este siglo, eran los piratas más arrojados y á quienes más temían los barcos mercantes en sus escuelas de Levante.

Y precisamente el puerto de Vitylo, por su situación en la punta del Peloponeso, á la entrada de dos mares, por su proximidad á la isla de Cerigotto, refugio de piratas, estaba bien colocado para servir de

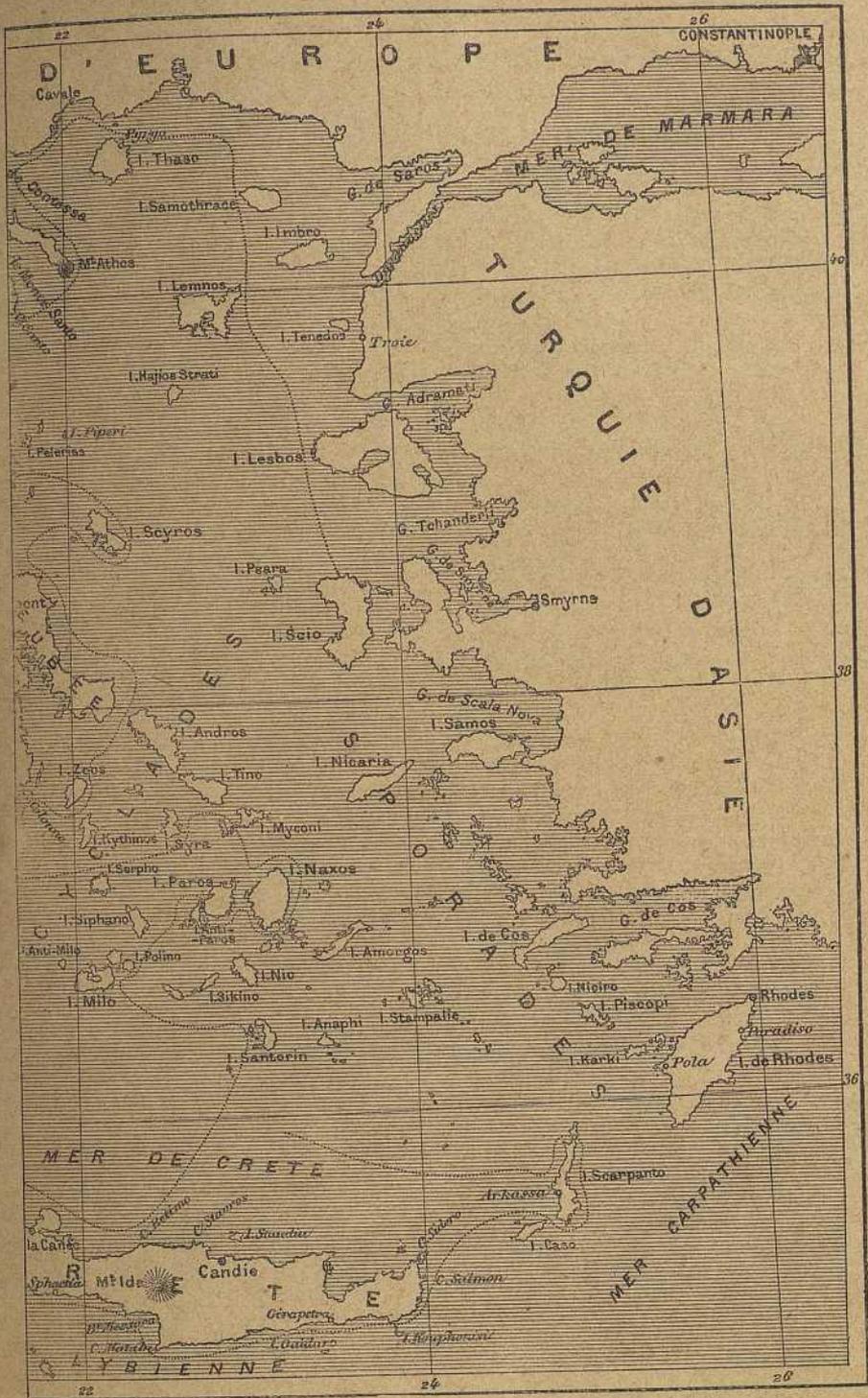
abrigo á todos los malhechores que surcaban el archipiélago y los parajes próximos al Mediterráneo. El punto de concentración de los habitantes de aquella parte del Magno tenía entónces, con especialidad, el nombre de país de Kakovonni, y los kakovoniotas, colocados en aquella punta que limita el cabo Matapan, se encontraban en las mejores condiciones para operar. En el mar acometían á los barcos, desde tierra los atraían con señales falsas, y en todas partes los saqueaban, quemándolos despues. Poco les importaba que sus tripulaciones fuesen turcas, maltesas, egipcias y aun griegas: ó eran cruelmente asesinadas, ó vendidas como esclavas en las costas berberiscas. Cuando faltaba el *trabajo* y cuando los buques costeros escaseaban en el golfo de Coron ó en el de Marathon, ya en el Cerygo ó en el cabo Gallo, hacíanse rogativas públicas al dios de las tempestades para que se dignase llevar hácia aquellos sitios algun barco



MAPA DE GRECIA

de gran tonelaje y ricamente cargado. Y los buenos cenobitas no se negaban á celebrar aquellas ceremonias religiosas, que redundaban en beneficio de sus feligreses.

Desde algunas semanas ántes, el saqueo no habia producido nada. Ningun buque habia ido á recalare en las playas del Magno. Por esta causa brotó una manifestacion de alegría cuando el monje dejó escapar



Y EL ARCHIPIÉLAGO.

aquellas palabras entrecortadas por una respiracion asmática :

— ¡Buque a la vista!

Casi en el mismo instante se oyeron los sordos gol-

pes de la simandra, especie de campana de madera con chapa de hierro, que se usa en las provincias donde los turcos no permiten el empleo de campanas de bronce. Pero aquellos lúgubres golpes eran sufi-

cientes para reunir á una poblacion ávida, hombres, mujeres, niños, perros feroces y temidos, igualmente dispuestos todos al saqueo y al asesinato.

Entre tanto, los vitylianos reunidos en lo alto de la roca discutian á gritos de qué clase era aquel barco señalado por el cenobita.

Con la brisa de norte-noroeste que refrescaba al caer la tarde, el barco se deslizaba rápidamente con sus velas amuradas á babor. Podria suceder que se dirigiera al cabo Matapan dando bordadas, mas segun su direccion, parecia encaminarse á la isla de Creta. Su casco empezaba á dibujarse sobre la estela que dejaba en pos, pero el conjunto de sus velas no constituia más que una masa sin forma á la simple vista. Era muy difícil reconocer á qué clase de embarcacion pertenecia, y con este motivo variaban las opiniones á cada minuto.

— ¡Es un jabeque! — decia uno de los marineros. — Acabo de ver las velas cuadradas de su mastelero de mesana.

— ¡No! — replicaba otro — es un pinque, mirad su popa y la curvatura de su roda.

— Sea jabeque ó pinque, ¿quién se atreve á distinguirlos á tanta distancia?

— ¿Y por qué no habia de ser una polacra de velas cuadradas? — observó otro marino que habia improvisado un catalejo con sus dos manos medio cerradas.

— ¡Dios acuda en nuestro auxilio! — repuso el anciano Gozzo — sea jabeque ó pinque es un buque de tres palos, y más valen tres que dos cuando se trata de recalar en nuestras costas con un buen cargamento de vinos de Candia ó de tejidos de Smyrna.

Al oír aquella juiciosa observacion miraron más atentamente. El buque se acercaba aumentando de tamaño poco á poco; pero como ceñia el viento muy de cerca no podia vérselo más que al sesgo. Por consiguiente, hubiera sido difícil el decir si tenia dos ó tres palos, esto es, si se podia confiar en que su tonelaje fuese considerable ó no.

— ¡Eh! ¡El diablo nos trae la miseria! — dijo Gozzo lanzando uno de esos juramentos políglotas con los que acentuaba todas sus frases. Ya veréis como todo eso queda reducido á un jabeque....

— ¡Cuando más speronaro! — exclamó el cenobita no ménos descorazonado que sus ovejas.

Esta observacion fué acogida con exclamaciones de disgusto. Cualquiera que fuese la clase del barco ya podia apreciarse que no desplazaba más de ciento ó ciento veinte toneladas. Lo de ménos era que su cargamento no fuese enorme con tal de que fuera rico. Hay jabeque y aún speronaros que van cargados de vinos exquisitos, de finos aceites y de tejidos preciosos. En este caso merecen la pena de ser apresados y producen pingües beneficios con muy poco trabajo. No debian perderse las esperanzas. Además los veteranos de la partida, expertos en la materia, encontraban en aquel barco cierto corte elegante que prevenia en su favor.

El sol comenzaba á desaparecer detras del horizonte del mar Jónico, pero el crepúsculo de Octubre debia dejar bastante luz durante una hora para que pudiera reconocerse al buque ántes de cerrar la noche.

Aquél, despues de haber doblado el cabo Matapan, acababa de hacer dos cuartos de rumbo con el objeto de enflar mejor la entrada del golfo; con esta maniobra se presentaba en las mejores condiciones para ser examinado por los observadores.

La palabra «sacoleva!» se escapó un instante despues de la boca del viejo Gozzo.

— ¡Una sacoleva! — exclamaron sus compañeros, cuyo disgusto se manifestó por una tempestad de blasfemias.

Sobre esto no hubo ya discusion, porque no cabia equivocarse. El barco que maniobraba á la entrada del golfo de Coron era, en efecto, una sacoleva. Sin embargo, aquellas gentes de vitylo no tenian motivo para quejarse de su mala suerte. No es raro, y si ocurre con frecuencia, que las sacolevas lleven á su bordo ricos cargamentos.

Se llama sacoleva un barco levantino de mediano tonelaje, cuya curva del puente se acentúa un poco elevándose hácia la popa. Su aparejo se compone de tres palos con velas cangrejas. El palo mayor, colocado en el centro y muy inclinado á proa, lleva una vela latina. Dos foques y dos velas de punta en los palos desiguales de popa, completan su velamen, que le da un singular aspecto. Las pinturas de colores vivos de su casco, la salida de su roda fuera de perpendiculares, la variedad de su arboladura, y el corte fantástico de sus velas, hacen de esta embarcacion uno de los modelos más curiosos de esos elegantes barcos que bordean á centenares en los angostos fijos del archipiélago. Nada tan lindo como aquel ligero buque, al acostarse y levantarse sobre la ola, rompiéndose de espuma, saltando sin esfuerzo, semejante á un enorme pájaro cuyas alas rozasen la superficie del mar, que brillaba entónces iluminado por los últimos rayos del sol.

Aunque la brisa tendia á refrescar y el cielo se cubria de «mangas» — nombre que los levantinos dan á ciertas nubes de su cielo — la sacoleva no tomaba ningun rizo de sus velas. Seguia con su juanete volante, que cualquier marino, ménos audaz, ya hubiese arriado. Evidentemente su intencion era de recalar, y el capitán no debia preocuparse de pasar la noche en un mar muy duro y que amenazaba tornarse más grueso.

Mas si los marinos de Vitylo estaban bien seguros de que la sacoleva entraria en el golfo, no sucedia lo mismo en cuanto á saber si fondearia en el puerto.

— ¡Eh! — gritó uno de ellos; — parece que trata de puntear el viento en vez de dirigirse hácia aquí.

— ¡El diablo la lleve á remolque! — contestó otro. — ¿Apostamos algo á que va á virar y á largarse?

— Acaso haga rumbo á Coron.

— Ó á Kalamata.

Ambas hipótesis eran igualmente admisibles. Coron es un puerto de la costa maniota bastante frecuentado por los buques de comercio de Levante, y por él se hace una gran exportacion de los aceites de la parte Sur de Grecia. Lo mismo sucede á Kalamata, situada en el fondo del golfo, cuyos bazares rebosan de productos manufacturados, tejidos y alfarería que le elevan los diversos estados de la Europa occidental. Por consiguiente, era posible que la sacoleva llevase en

garmento para alguno de dichos puertos, lo cual hubiera trastornado por completo los planes de los vitylianos, siempre dispuestos á saquear.

La sacoleva se deslizaba rápidamente sobre las olas mientras era objeto de una atención tan poco desinteresada, y no tardó en colocarse á la altura de Vitylo. En aquel momento se decidía su suerte. Si continuaba internándose en el golfo, Gozzo y sus compañeros debían perder las esperanzas de apoderarse de ella. En efecto, aún cuando se hubieran lanzado á sus más veloces lanchas no habrían tenido ninguna probabilidad de alcanzarla, pues su marcha era muy superior, gracias á aquel enorme velámen que llevaba sin fatiga.

— ¡ Ya llega !

Estas dos palabras fueron pronunciadas por el viejo marino, cuyo brazo, que terminaba en una mano ganchuda, se dirigió al pequeño bote como un arpeo le abordaje.

Gozzo no se equivocaba. Habían puesto la barra del timon al viento y la sacoleva se dejaba conducir hacia Vitylo. Al mismo tiempo el juanete y el segundo foque fueron amainados, y luego la gavia se levantó sobre sus apagapenoles. Aliviada de este modo de una parte de sus velas, era más dueño de ella el timonel.

Empezaba á ser de noche. La sacoleva no tenía más tiempo que el preciso para dar en los pasos de Vitylo, en los cuales hay acá y allá rocas submarinas que es preciso sortear si no se quiere correr á una destrucción completa. Sin embargo, la bandera de piloto no se había rizado en el palo mayor del pequeño buque. Esto daba motivo á sospechar que su capitán conocía perfectamente aquellos fondos llenos de peligros, puesto que marchaba por entre ellos sin demandar auxilio. Quizás también desconfiaba, y con razón, de los prácticos vitylianos, que no hubieran tenido inconveniente en guiarle á algun bajío donde ya se habían perdido algunos barcos.

En aquella época ningún faro iluminaba las costas del Magno. Un sencillo farol de puerto servía para gobernar en el angosto canal.

La sacoleva se acercaba, sin embargo, y no tardó en estar á media milla de Vitylo recalando sin vacilación. Se conocía que una mano hábil la guiaba.

Esto no era para regocijar á aquellos tunantes, que tenían interés en que el barco, objeto de su codicia, se estrellase contra alguna roca. En aquellos sitios el escollo se convertía voluntariamente en cómplice suyo. Él daba principio á la tarea y ellos no hacían más que terminarla. Primero el naufragio, después el saqueo. Esto les ahorraba una lucha á mano armada, una agresión directa de la cual pudiera alguno ser víctima, pues había barcos defendidos por valerosos tripulantes que no se dejaban atacar impunemente.

Los compañeros de Gozzo abandonaron su puesto de observación, y volvieron á bajar al puerto sin perder un minuto. Se trataba de poner en práctica aquellas maquinaciones familiares á todos los saqueadores de buques naufragos, sean de Poniente ó Levante.

El hacer zozobrar á la sacoleva en los estrechos pasos del canal, indicándole una falsa dirección, era muy fácil en medio de aquella oscuridad, que, sin ser

profunda todavía, era suficiente para dificultar las evoluciones.

— ¡ Al farol ! — dijo sencillamente Gozzo, cuyos compañeros tenían la costumbre de obedecerle sin titubear.

La órden del viejo marino fué comprendida. Dos minutos después, aquel farol, una linterna encendida en lo alto de una percha levantada en el muelle, se apagaba súbitamente.

En el mismo instante, aquel farol fué reemplazado por otro que se colocó desde luego en la misma dirección; mas si el primero estaba inmóvil en el muelle indicando un punto siempre fijo para el navegante, el segundo, gracias á su movilidad, debía guiarle fuera del canal y exponerle á chocar contra cualquier escollo.

En efecto, consistía en una linterna cuya luz era igual á la del farol del puerto; pero iba atada á los cuernos de una cabra á la que se obligaba á caminar lentamente por las primeras rampas del derrumbadero, de modo que variaba de posición según se movía el animal, á fin de comprometer á la sacoleva con falsas maniobras.

No era aquella la primera vez que las gentes de Vitylo obraban así, no por cierto. Y en pocas ocasiones se habían frustrado sus planes.

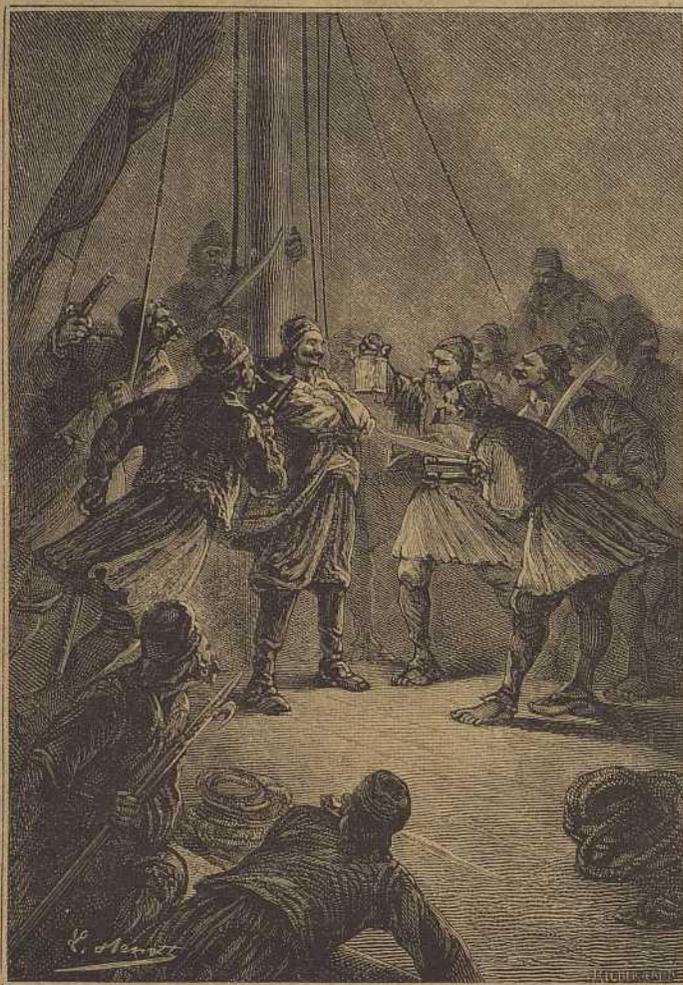
Mientras tanto la sacoleva acababa de entrar en el paso. Después de haber cargado la vela mayor, se quedó con las velas latinas de popa y con el foque. Aquel reducido velámen debía bastarle para llegar al fondeadero.

En medio de la más profunda sorpresa de los marinos que observaban, el pequeño barco avanzaba con seguridad increíble por las sinuosidades del canal. Parecía que no se preocupaba poco ni mucho de aquella luz móvil conducida por la cabra. Aun cuando hubiera sido de día no hubiese ejecutado una maniobra más correcta. Su capitán debía ser muy práctico en los alrededores de Vitylo, y sin duda los conocía hasta el punto de poder aventurarse en ellos, á pesar de la oscuridad de la noche.

Ya podía verse al osado marino. Su silueta se destacaba con limpieza sobre la sombra encima de la proa del barco. Estaba envuelto entre los anchos pliegues de su *aba*, especie de capote de lana, cuyo capuchon le cubría la cabeza. La actitud de aquel capitán no se parecía en nada á la de esos modestos patrones de embarcaciones de cabotaje, que durante la maniobra pasan y repasan sin cesar entre sus dedos las cuentas de un enorme rosario, tipo muy conocido en los mares del Archipiélago. No. Éste, con voz baja y tranquila, no se ocupaba más que en transmitir sus órdenes al timonel colocado á popa.

En aquel instante, la linterna paseada por las rampas se apaga de repente. Pero esto no estorbó á la sacoleva para seguir imperturbablemente su ruta. Por un momento pudo creerse que una declinación del rumbo la llevaría hacia una roca peligrosa, situada á flor de agua, á un cable del puerto, y que no podía ser vista en la sombra. Un ligero golpe de barra bastó para modificar su dirección y para que tocara en el escollo rozándole.

Igual destreza manifestó el timonel, cuando fué



El capitán se cruzó de brazos tranquilamente.

preciso evitar una segunda roca que no dejaba más que un estrecho paso á través del canal, en la que más de un barco habia tropezado al dirigirse al fondeadero, ya fuese cómplice su piloto ó no lo fuese de los vitylianos.

Éstos no tenían ya que contar con las probabilidades de un naufragio que les hubiera entregado la sacoleva sin defensa. Pocos minutos despues estarian anclada en el puerto, y para apoderarse de ella sería necesario tomarla al abordaje.

Así lo resolvieron aquellos bribones despues de una larga conferencia, y así se disponían á ponerlo por obra en medio de una oscuridad muy favorable para tal género de operaciones.

—¡ Á los botes! — exclamó el viejo Gozzo, cuyas órdenes no eran discutidas nunca, especialmente cuando mandaba entrar á saco.

Como treinta hombres vigorosos, armados unos de

pistolas y blandiendo la mayor parte hachas y puñales, se lanzaron á los botes amarrados al muelle, empezando á bogar en número muy superior al de tripulantes de la sacoleva.

Al mismo tiempo se dejó oír á bordo una breve orden. La sacoleva: que ya habia salido del canal, se hallaba en medio del puerto. Largadas las drizas, cayó el ancla y permaneció inmóvil despues de la última sacudida causada por la cadena al bajar.

Los botes distaban pocas brazas. Cualquiera tripulación, aunque no quisiera mostrar una desconfianza exagerada, pero conociendo la mala reputacion de los habitantes de Vitylo, se hubiera armado con objeto de ponerse en situacion de defensa para el caso de una acometida.

Pero la tripulacion de la sacoleva no obró así. El capitán, despues de haber fondeado, pasó de proa á popa, mientras sus hombres, sin ocuparse de la pro-



Abrumado por aquella órden retrocedió poco á poco.

ximidad de los botes, se dedicaban á recoger las velas á fin de dejar libre el puente.

Tan sólo se hubiera observado que no las aferraban por completo, sino de modo que cargando sobre las drizas pudieran aparejar en seguida.

El primer bote atracó á la sacoleva por el costado de babor. Los demas no tardaron en acercarse, y como las bordas eran poco elevadas, los asaltantes, que daban gritos de muerte, no tuvieron más sino pasar por ellas una pierna para encontrarse en el puente.

Los más atrevidos se precipitaron hácia la popa. Uno de ellos cogió una linterna y la acercó al rostro del capitán.

Éste se llevó la mano al capuchon, le dejó caer sobre sus hombros y su cara apareció completamente iluminada.

— ¡Cómo! — dijo — ¿los habitantes de Vitylo no reconocen ya á su compatriota Nicolas Starkos?

Mientras el capitán hablaba se cruzó de brazos tranquilamente.

Un momento despues desatracaron los botes á gran velocidad, volviendo al fondo del puerto.

II.

FRENTE Á FRENTE.

Diez minutos despues, un pequeño bote, un *gig*, se apartaba de la sacoleva y dejaba al pié del muelle, sin acompañamiento y sin armas, al hombre ante el cual acababan los vitylianos de batirse en retirada.

Era el capitán de la *Karysta*; así se llamaba el pequeño buque que fondeó momentos ántes en el puerto.

Aquel hombre, de regular estatura, descubría una frente ancha y altiva bajo su gorra de marino. Su mirada era dura y sus ojos vivos y penetrantes. Su labio

superior estaba cubierto por unos bigotes de klephte estirados horizontalmente, pero que no terminaban en punta, sino en una especie de brocha. Su pecho era ancho y sus miembros vigorosos. Largos cabellos negros caían sobre sus hombros en forma de rizos. Pasaría de los treinta y cinco años, pero no contaría muchos meses más. Sin embargo, su rostro, atezado por el aire del mar; la dureza de su fisonomía y una arruga de su frente parecida á un hondo surco en el cual no pudiera germinar ninguna idea honrada, le daban más edad de la que tenía realmente.

El traje que llevaba entonces no era ni el de chaqueta, ni el de palikaro. Su caftán de color oscuro, bordado con trencillas poco vistosas; su ancho pantalón verdoso, recogido por altas botas, recordaban la vestimenta del marino de las costas berberiscas.

No obstante, Nicolas Starkos era griego de nacimiento y oriundo de aquel puerto de Vitylo. Allí había pasado los primeros años de su juventud. Siendo niño y adolescente, hizo entre aquellas rocas su aprendizaje de la vida de mar. En aquellos sitios había navegado á merced de las corrientes y del viento. No existía un abra que no hubiese reconocido, ni un escollo, ni una roca submarina cuyo relieve no le fuese familiar, ni un recodo del canal cuyas múltiples sinuosidades no fuera capaz de seguir sin brújula y sin piloto. Por esto se comprenderá cómo á pesar de las falsas señales de sus compatriotas pudo dirigir la sacoleva con tanto acierto. Además sabía que los vitylianos no inspiraban confianza, y no ignoraba su manera de trabajar. Quizás también no desaprobaba sus instintos rapaces, porque no tuvo ocasión jamás de sufrir personalmente sus consecuencias.

Pero si él los conocía, también conocían ellos á Nicolas Starkos. Después de haber muerto su padre, que se contaba entre los millares de víctimas de la crueldad de los turcos, su madre, ansiosa de vengar el asesinato de su marido, esperó el momento de tomar parte en la primera sublevación contra la tiranía otomana. El hijo abandonó el Magno á los diez y ocho años para recorrer los mares educándose en la profesión de marino y en la de pirata. Durante aquel período de su vida sirvió á bordo de varios buques, y algunos jefes filibusteros y piratas le tuvieron á sus órdenes. Lo que nadie hubiera podido decir sería bajo qué pabellón hizo sus primeras armas y cuál sangre fué la primera que derramó su mano, si la de los enemigos de Grecia ó la de sus defensores, es decir, la que corría por sus venas. Muchas veces volvió á vérselo en diferentes puertos del golfo de Coron. Algunos de sus compatriotas hubiesen podido referir sus hazañas en la piratería; buques mercantes asaltados y destruidos, ricos cargamentos saqueados.... El nombre de Nicolas Starkos estaba rodeado de cierto misterio, y sin embargo, era tan ventajosamente conocido en las provincias del Magno, que al oírle todos se inclinaban.

Así se explica la recepción que hicieron á aquel hombre los habitantes de Vitylo, por qué les impuso con su sola presencia y cómo abandonaron el proyecto de saquear la sacoleva en cuanto reconocieron al que la mandaba.

En cuanto el capitán de la *Karysta* atracó al muelle

del puerto, hombres y mujeres que habían acudido á recibirle, se formaron respetuosamente en fila para dejarle paso. Al desembarcar no oyó ni un grito. Parecía que Nicolas Starkos tenía bastante prestigio para imponer silencio en torno sin más que presentarse. Esperaban á que hablase, y si no hablaba, lo cual solía suceder muy á menudo, nadie se permitía dirigirle la palabra.

Nicolas Starkos mandó á los marineros de su giga que volvieran á bordo, y se dirigió hacia el ángulo que el muelle forma en el interior del puerto. Mas apenas hubo dado veinte pasos en aquella dirección, se detuvo de repente, y viendo al viejo marino que le seguía como si esperase órdenes para ejecutarlas, le dijo:

—Gozzo, quizás necesite pronto diez hombres robustos para completar mi tripulación.

— Los tendrás, Nicolas Starkos — dijo Gozzo.

Si el capitán de la *Karysta* hubiera querido ciento, los habría encontrado, á elegir, entre aquella población marítima. Y los cien hombres, sin preguntar adónde se les conducía, ni á qué les destinaban, ni por cuenta de quién iban á navegar ó á batirse, hubieran seguido á su compatriota, dispuestos á compartir su suerte, sabiendo que de cualquier modo reportarían provecho.

— Que dentro de una hora estén esos diez hombres á bordo de la *Karysta* — añadió el capitán.

— Estarán — repuso Gozzo.

Nicolas Starkos manifestó con un ademán que no quería ir acompañado, siguió el pretil que afectaba una forma curva en la extremidad del muelle, y se internó en las tres estrechas calles del puerto.

El viejo Gozzo, respetando su voluntad, volvió con sus compañeros para ocuparse en escoger los diez hombres destinados á completar la tripulación de la sacoleva.

Nicolas Starkos subía lentamente las cuestas de aquel áspero derrumbadero sobre el cual se asienta la aldea de Vitylo. En aquel sitio no se oía otro ruido que el ladrar de perros feroces, casi tan temibles para los viajeros como los chacales ó los lobos, perros de formidables mandíbulas, y ancha cara de dogo, que no se asustan de un palo. Algunas gaviotas revolotean en el espacio, aleteando con sus extendidas alas para dirigirse á las cuevas del litoral.

No tardó Nicolas Starkos en trasponer las últimas casas de Vitylo, tomando el salvaje sendero que rodea el acrópolis de Kerapha. Después de caminar junto á las ruinas de una ciudadela, construida antiguamente en aquel sitio por Ville-Hardoain cuando los cruzados ocupaban diferentes puntos del Peloponeso, se vió obligado á seguir por el pie de las vetustas torres que aún dominan el derrumbadero. Allí se detuvo un momento y se volvió.

En el horizonte, más allá del cabo Gallo, veíase á la luna en su cuarto creciente, próxima á desaparecer en las aguas del mar Jónico; algunas estrellas fulguraban á través de los desgarrones de las nubes empujadas por el viento frío de la noche, y cuando calmaba la furia del vendaval no se oía ruido alguno alrededor del acrópolis. Dos ó tres embarcaciones, que difícilmente se veían, surcaban la superficie del golfo cruzándole hacia Coron ó dirigiéndose á Kalamata.

Sin el farol que se balanceaba en lo alto de su percha hubiera sido imposible el reconocerlas. En la parte inferior del derrumbadero, y en diversos puntos de la costa brillaban siete ú ocho luces, cuyo resplandor duplicaba la temblorosa reverberación de las aguas. ¿Eran luces de barcas pescadoras ó fuegos de casas encendidos durante la noche? No podría asegurarse.

Nicolas Starkos recorrió toda aquella inmensidad con su mirada que podía distinguir en las tinieblas. En el ojo del marino existe una potencia visual tan penetrante que le permite ver lo que no vería nadie. Pero en aquel momento parecía que las cosas exteriores no eran capaces de impresionar al capitán de la *Karysta*, acostumbrado á otras escenas y á otros espectáculos, y se hallaba recogido en sí mismo, aspirando casi inconscientemente aquel aire natal, que es como el aliento del país. Permanecía inmóvil, pensativo, con los brazos cruzados, y su cabeza, libre del capuchón, no verificaba movimiento alguno.

De este modo pasó un cuarto de hora. Nicolas Starkos no había cesado de observar aquel occidente que marcaba un lejano horizonte de mar. En seguida dió algunos pasos, subiendo por el derrumbadero oblicuamente. No caminaba conducido por la casualidad. Un pensamiento oculto le guiaba, pero hubiérase dicho que sus ojos no querían ver lo que habían ido á buscar en las alturas de Vitylo.

Pocos lugares habrá en el mundo de tan desolador aspecto como aquella costa, desde el cabo Matapan hasta la última ensenada del golfo. Allí no crecían naranjos, limoneros, agabanzos, laureles, jazmines de Argolida, higueras, madroños, moreras ni nada de lo que convierte algunas comarcas de Grecia en ricos y espléndidos verjeles. Ni una encina, ni un plátano, ni un granado, cuya copa se destaque sobre el sombrío fondo de los cedros y de los cipreses. Por todas partes rocas que un próximo levantamiento de aquellos terrenos volcánicos hará caer á las aguas del golfo. Por todas partes una aspereza feroz en aquella tierra del Magno, insuficiente para las necesidades de su población. Algunos pinos de pelado tronco, viejos, casi secos, de fantásticas formas, cuya resina se ha extraído, enseñan sus heridas profundas. Acá y allá miserables cactus, verdaderos cardos espinosos con escasas hojas que les dan el aspecto de erizos medio pelados. En parte alguna, en fin, ni en los arbustos achaparrados, ni en el suelo formado de más guijarros que tierra, se encuentran elementos nutritivos para alimentar á aquellas cabras, poco exigentes en verdad.

Nicolas Starkos dió unos veinte pasos, y se detuvo volviéndose hácia el Nordeste, donde la lejana cumbre del Taygeto dibujaba su perfil en el fondo ménos oscuro del cielo. Una ó dos estrellas que aparecían á la misma hora, descansaban allí todavía, rozando en el horizonte como grandes gusanos de luz.

Nicolas Starkos estaba inmóvil. Dirigía sus miradas á una casita baja de madera, situada en una eminencia del derrumbadero, á cincuenta pasos de aquel sitio. Vivienda modestísima, aislada encima de la aldea, á la que no podía llegarse sino por ásperos senderos, construida en medio de un cercado de árboles raquíticos, y rodeada por un seto de espinos. Com-

prendíase que aquella casa estaba deshabitada de mucho tiempo. El seto descuidado, en unas partes espeso, en otras lleno de boquetés, era una barrera insuficiente para protegerla. Los perros vagabundos, los chacaes que á veces visitan la region, habían saqueado aquel rinconcito del suelo maniota. Matorrales y plantas venenosas era el dón de la Naturaleza en aquel desierto, desde que la mano del hombre no trabajaba en él.

¿Cuál era la causa de tal abandono? Hacía muchos años que el dueño de aquel trozo de tierra había muerto. Su viuda, Andrónika Starkos, abandonó el país para alistarse entre las valerosas mujeres que se señalaron en la guerra de la Independencia. Desde su marcha, tampoco el hijo había puesto los piés en la casa paterna.

En ella había nacido Nicolas Starkos. En ella pasó los primeros años de su infancia. Su padre, después de una larga y honrada vida de marino, se había retirado á aquel asilo, pero sin tener contacto con las gentes de Vitylo, cuyos excesos le causaban horror. Más instruido, y pudiendo disfrutar de alguna comodidad más que los habitantes del puerto, logró hacerse una existencia aparte entre su mujer y su hijo. Así vivía en el fondo de aquel retiro, tranquilo é ignorado, hasta que un día intentó romper el yugo opresor y pagó su resistencia con la vida. ¡ Nadie pedía escapar á la odiosa dominación turca, ni aún en los confines de la Península más apartados!

No estando ya el padre para dirigir á su hijo, la madre fué impotente para contenerle.

Nicolas Starkos desertó de la casa para correr los mares, poniendo al servicio de la piratería y los piratas su maravilloso instinto de marino, que poseía casi desde su nacimiento.

Hacia diez años que el hijo había abandonado la casa, y seis que no la habitaba la madre. Se decía, sin embargo, que Andrónika había vuelto algunas veces. Por lo ménos, algunos habían creído apercebirla, pero á raros intervalos, y durante cortos instantes, sin que se hubiera comunicado con ninguno de los habitantes de Vitylo.

En cuanto á Nicolas Starkos, aún cuando los azares de sus excursiones le habían hecho visitar su pueblo, nunca manifestó el menor deseo de visitar la modesta habitación en que vino al mundo. No se le ocurrió preguntar la causa del abandono en que se encontraba. Jamás preguntó por su madre, ni se enteró si había venido alguna vez á visitar su antigua habitación.

En medio de los terribles acontecimientos que ensangrentaban la Grecia, quizá habría oído alguna vez el nombre de Andrónika, nombre que hubiera debido causarle profundo remordimiento en la conciencia, si su conciencia no hubiera sido impenetrable.

Sin embargo, si aquel día Nicolas Starkos había fondeado en el puerto de Vitylo, no era únicamente para aumentar la tripulación de la sacoleva con diez hombres más.

Un deseo, más que un deseo, un imperioso instinto, del cual quizá ni el mismo se daba cuenta, le había incitado.

Sintió la necesidad de volver á ver, quizá por última vez, la casa paterna, de pisar el suelo en donde habia dado sus primeros pasos, de respirar el aire emanado entre los muros en donde por primera vez habia respirado, y donde habia dicho las primeras palabras.

Sí; por todo esto subia los rudos senderos, y se encontraba á aquella hora delante de la derruida muralla.

Allí tuvo un momento de duda.

No hay corazon por endurecido que esté, que no se estremezca en presencia de lo que evoca recuerdos del pasado.

No es posible contemplar impasible el lugar en que uno ha nacido, y en donde ha sido uno cuidado por su madre.

Las fibras del corazon no pueden usarse tanto, que ni una sola vibre en presencia de tales recuerdos.

Nicolas Starkos entró y se detuvo ante la casa cuyos aleros medio podridos por la lluvia no se sostenian más que en unos trozos de herraje enmohecido.

En aquel momento una lechuza lanzó un grito y salió volando de un matorral de lentiscos que obstruía el dintel de la puerta.

Nicolas Starkos vaciló de nuevo. Sin embargo, estaba firmemente resuelto á ver hasta el último aposento de la casa, y le enojaba aquel malestar que sentía, muy parecido á los remordimientos de conciencia. Estaba conmovido, pero también estaba irritado. ¡Parecía que de aquel techo paterno iba á salir una protesta contra él, la maldición final!

Por eso, ántes de penetrar en la casa quiso dar una vuelta á su alrededor. La noche era oscurísima. Nadie le veía, y «él no se veía á sí mismo.»

Quizá no hubiera ido en medio del día. En plena noche se encontraba con más valor para desafiar á sus recuerdos.

Allí estaba, pues, caminando con paso furtivo, semejante á un malhechor que tratara de reconocer las cercanías de una casa á la cual va á llevar la ruina, deslizándose á lo largo de las paredes agrietadas, volviendo las esquinas cuyas aristas desaparecían bajo el musgo, palpando con las manos aquellas piedras sacadas de su asiento, como para ver si aún quedaba un resto de vida en aquel cadáver de casa, escuchando, en fin, si el corazon le latía.

Por detras aún estaba el cercado más oscuro. Los oblicuos resplandores de la luna en creciente que entonces desaparecía, no hubieran podido llegar allí.

Nicolas Starkos dió la vuelta lentamente. La sombra morada se hallaba sumida en un silencio inquietante. Hubiérase dicho que en ella residían duendes ó fantasmas. Volvió á la fachada que miraba al Oeste, y luego se acercó á la puerta, dispuesto á empujarla, si no tenia más que un cerrojo, y á echarla por tierra si el pestillo estaba introducido en la cerradura.

En aquel momento una oleada de sangre le cegó los ojos. «Todo lo vió rojizo», como suele decirse, pero rojizo de color de fuego. No se atrevía á poner el pié en aquella casa que quería visitar. Parecía que su padre y su madre iban á aparecer en el umbral con los brazos extendidos, maldiciéndole, al mal

hijo, al mal ciudadano, al traidor á la familia, al traidor á la patria.

En aquel instante se abrió la puerta lentamente, dando paso á una figura de mujer, vestida con traje de maniota, un zagalejo de algodón negro bordado con seda roja, una camisa de color oscuro sujeta á la cintura y en la cabeza un gorro pardusco rodeado de una tira de seda con los colores de la bandera griega.

El rostro de la mujer era enérgico y vigoroso, con grandes ojos de salvaje viveza, y piel curtida como la de las pescadoras del litoral. De estatura aventajada, y muy derecha, no aparentaba tener más que unos cuarenta años, aun cuando en realidad contaba lo ménos sesenta.

Era Andrónika Starkos.

La madre y el hijo, separados de cuerpo y de alma durante mucho tiempo, hallábanse uno en frente de otro.

Nicolas Starkos no esperaba encontrarse en presencia de su madre.... Aquella aparición le llenó de espanto.

Andrónika, con el brazo extendido hácia su hijo le prohibió la entrada en la casa, sin decirle más que estas palabras, que por proceder de ella, eran terribles:

—¡Nicolas Starkos no volverá á poner jamás la planta en la casa de su padre!.... ¡Jamás!

Y el hijo, abrumado por aquella orden, retrocedió poco á poco. La que le habia llevado en sus entrañas le arrojaba entónces como se arroja á un infame. Quiso dar un paso adelante.... Un ademán más enérgico todavía, una maldición le detuvo.

Nicolas Starkos retrocedió más. En seguida salió del cercado, tomó la vereda del derrumbadero, haciendo apresuradamente sin volver la cabeza, como si una mano invisible le empujase por la espalda.

Andrónika, inmóvil en el umbral de la puerta, le vió desaparecer entre las tinieblas de la noche.

Diez minutos despues, y repuesto de su emoción, Nicolas Starkos, que ya era dueño de sí mismo, llegaba al puerto y se embarcaba en su gíg. Los diez hombres escogidos por Gozzo ya estaban á bordo de la saeoleva.

Sin pronunciar una sola palabra, subió Nicolas Starkos al puente de la *Karysta*, y con una seña dió orden de aparejar.

La maniobra se efectuó rápidamente, pues no hubo más sino izar las velas preparadas para zarpar en un momento. El viento de tierra que acababa de levantarse hacía más fácil la salida.

Al cabo de cinco minutos la *Karysta* salvaba los pasos con seguridad, silenciosamente, sin que hubieran dado un grito los tripulantes ni las gentes de Vitylo.

Apénas se hubo la saeoleva separado á distancia de una milla, cuando de pronto iluminó una llama la cumbre del derrumbadero.

Era que la casa de Andrónika ardía hasta los cielos. La mano de la madre habia prendido el fuego. No quería que quedase ni un solo vestigio de la casa donde nació su hijo.

Durante un trayecto de más de tres millas, el ca-



La casa de Andrónika ardía hasta los cimientos.

pitan no pudo apartar su mirada de aquella hoguera que brillaba en la tierra del Magno, siguiéndola en la sombra hasta su último destello.

Andrónika le había dicho :

— ¡Nicolas Starkos no volverá á poner jamás la planta en la casa de su padre !..... ¡ Jamas !

III.

GRIEGOS CONTRA TURCOS.

En los tiempos prehistóricos, cuando la corteza sólida del globo se amoldaba poco á poco bajo la acción de las fuerzas interiores, neptunianas ó plutónicas, Grecia debió su origen á un cataclismo que empujó aquel extremo de tierra hasta hacerlo subir por cima del nivel de las aguas, á la vez que absorbía en el ar-

chipiélago toda una parte del continente, del cual no quedan más que las cumbres en forma de islas. Así es que Grecia se halla en la línea volcánica que va de Chipre á Toscana (1).

Esa inestabilidad del suelo es causa de que los helenos tengan ese instinto de agitación física y moral que puede conducirles hasta el heroísmo. También es indudable que, gracias á sus naturales cualidades, valor indomable, sentimientos de patriotismo y amor á la libertad, han llegado á constituir un Estado independiente de aquellas provincias doblegadas desde hace tantos siglos bajo el peso de la dominación otomana.

Pelásgica en los tiempos más remotos, es decir, habitada por tribus de Asia ; helénica desde el siglo

(1) Desde aquella época, la isla de Santorino ha sido víctima del fuego subterráneo. Vostifla en 1661, Tebas en 1661 y San Mauro, han sido destruidas por los terremotos.

XVI hasta el XIV ántes de la era cristiana con la aparición de los helenos, una tribu de los cuales la de los Graias debía darle su nombre en aquellos días casi mitológicos de los Argonautas, de los Heraclidas y de la guerra de Troya; completamente griega, en fin, desde Licurgo, con Milecíades, Temístocles, Aristides, Leónidas, Esquilo, Sófoeles, Aristófanes, Herodoto, Tucídides, Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles, Hipócrates, Fídiás, Pericles, Alcibiades, Pelópidas, Epaminondas y Demóstenes; macedónica luégo con Filipo y Alejandro, Grecia acabó por convertirse en provincia romana con el nombre de Acaya, ciento cuarenta y seis años ántes de J. C., y durante un período de cuatro siglos.

Desde entónces, sucesivamente invadida por los visigodos, los vándalos, los ostrogodos, los búlgaros, los slavos, los árabes, los normandos, los sicilianos, conquistada por los cruzados al comenzar el siglo XIII, dividida en gran número de feudos en el XV, este país tan castigado en la antigua y en la moderna edad, cayó en la abyeccion en manos de los turcos y bajo el yugo musulmán.

Por espacio de unos doscientos años puede decirse que la vida política de Grecia quedó completamente extinguida. El despotismo de los funcionarios otomanos que representaban allí la autoridad, excedía todos los límites de lo creíble. Los griegos no eran anexionados, ni conquistados, ni siquiera vencidos: eran esclavos sujetos al baston del pacha, con el *iman*, sacerdote, á su derecha, y el *djellah*, verdugo, á su izquierda.

Pero en aquel país abandonado que agonizaba, no había desaparecido la existencia, y volvió á palpar bajo el exceso del dolor. Los montenegrinos del Epiro en 1766, los maniotas en 1769, los suliotas de Albania se sublevaron, por fin, proclamando su independencia; mas en 1804 todas aquellas tentativas de rebelion quedaron completamente ahogadas por Ali de Tebelen, pachá de Janina.

Si las potencias europeas no querian presenciár el total aniquilamiento de Grecia, se hacia necesario intervenir; pues reducida á sus propias fuerzas no tardaria en desaparecer al intentar la conquista de su independencia.

En 1821, Ali de Tebelen, sublevado á su vez contra el sultan Mahmud, acababa de llamar á los griegos para que le ayudasen prometiéndoles la libertad en cambio. Los simpatizadores con Grecia acudieron á su auxilio desde todos los puntos de Europa. Italianos, polacos, alemanes, y sobre todo franceses, corrieron á alistarse contra los opresores. Los nombres de Guy de Saint-Hélène, de Gaillard, de Chauvassaigne, de los capitanes Baleste y Jourdain, del coronel Fabvier, del jefe de escuadron Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, del general Maison, á los que se debe añadir los de tres ingleses, lord Cochrane, lord Byron y el coronel Hastings, han dejado un recuerdo indeleble en aquel país, por cuya libertad pelearon y murieron.

A estos nombres ilustres, por todo lo que el sacrificio en favor de la causa de los oprimidos puede engendrar en lo heroico, Grecia contestó con nombres de sus encumbradas familias; tres Hidriotas, Tom-

basis, Tsamados, Miaulis, luégo Colocotroni, Marco Botsaris, Maurocordato, Mauroichalis, Constantino Canaris, Negris, Constantino y Demetrio Hyspanatis, Ulyses, y tantos otros. La sublevacion se trocó desde el principio en una guerra sin cuartel, ojo por ojo, diente por diente, que provocó por ambas partes las más horribles represalias.

En 1821, los suliotas y el Magno se sublevaron. En Patras, el obispo Germanos con la cruz alzada lanzó el primer grito. Morea, Moldavia y el archipiélago, se apiñan bajo el estandarte de la independencia. Los helenos, victoriosos en el mar, consiguen apoderarse de Tripolitza. Á estos primeros triunfos de los griegos responden los turcos con el degüello de todos sus compatriotas que estaban en Constantinopla.

En 1822 Ali de Tebelen, sitiado en su fortaleza de Janina, es cobardemente asesinado en una conferencia que le habia propuesto el general turco Kurschid. Poco tiempo despues Maurocordato y los amigos de Grecia fueron vencidos en la batalla de Arta; pero recobran ventajas en el primer sitio de Missolonghi, obligando al ejército de Omer Urione á levantar el bloqueo, no sin pérdidas considerables.

En 1823 las potencias extranjeras comienzan á intervenir con mayor eficacia. Proponen al sultan una mediacion. El sultan la rechaza, y para apoyar su negativa desembarca diez mil soldados asiáticos en Eubea. En seguida entrega el mando como jefe del ejército turco á su vasallo Mehemet Ali, pachá de Egipto. En las luchas de este año sucumbió Marco Botsaris, aquel patriota del cual puede decirse: «Vivió como Aristides y murió como Leónidas.»

En 1824, época de grandes reveses para la causa de la independencia, lord Byron desembarcó el 24 de Enero en Missolonghi, y el día de Pascua murió, cerca de Lepanto, sin ver realizados sus sueños. Los insurrectos eran degollados por los turcos y la ciudad de Candia, en Creta, se entregaba á los soldados de Mehemet-Ali. Únicamente las victorias marítimas pudieron consolar á los griegos de tantos desastres.

En 1825, Ibrahim-Pachá, hijo de Mehemet-Ali, desembarca en Modon, Morea, con once mil hombres. Se apodera de Navarino y derrota á Colocotroni en Tripolitza. Entónces fué cuando el Gobierno helénico entregó un cuerpo de tropas regulares á dos franceses, Fabvier y Regnaud de Saint-Jean-d'Angely; pero ántes de que aquellas fuerzas se encontrasen en disposición de resistir á Ibrahim-Pachá, éste devastaba Mesenia y el Magno, y si abandonó las operaciones fué para ir á tomar parte en el sitio de Missolonghi, de la cual no podia apoderarse el general Kiutagi a pesar de haberle dicho el Sultan: «Ó Missolonghi ó tu cabeza.»

En 1826, el 5 de Enero, despues de haber incendiado á Pyrgos, llegaba Ibrahim á Missolonghi. Durante tres días, desde el 25 al 28, arrojó sobre la ciudad ocho mil balas y granadas, sin poder entrar en ella despues de tres asaltos, por más que no tenía que habérselas sino con mil quinientos combatientes debilitados por el hambre. Sin embargo, el triunfo era para él mucho más en cuanto Miaulis y su escuadra, que llevaban socorros á los sitiados, fueron puestos en fuga. El 23 de Abril, despues de un sitio que

había costado la vida á mil novecientos de sus defensores, Missolonghi cayó en poder de Ibrahim, y sus soldados acuchillaron hombres, mujeres y niños, casi todos los que sobrevivían de los nueve mil habitantes de la ciudad. En aquel mismo año los turcos, al mando de Kiutagi, despues de saquear la Fócida y la Beocia, llegaban á Tébas el 10 de Julio, entraban en el Atica, embestían á Aténas, estableciéndose en ella y sitiando al Acrópolis, defendido por quinientos griegos. Para socorrer á la ciudadela, haviendo de toda Grecia, el nuevo Gobierno envió á Caraiscakis, uno de los combatientes de Missolonghi, y al coronel Fabvier con su cuerpo regular. Éstos perdieron la batalla de Chaidari, y Kiutagi pudo continuar el asedio del Acrópolis. Entre tanto Caraiscakis se internaba por los desfiladeros del Parnaso, derrotaba á los turcos en Arachova el 5 de Diciembre, y en el campo del combate levantaba un trofeo de trescientas cabezas cortadas. La Grecia del Norte había recobrado su libertad casi por completo.

Desgraciadamente, mientras duraban estas luchas el archipiélago estaba entregado á las incursiones de los piratas más terribles que han recorrido aquellos mares. Entre ellos se citaba como uno de los más sanguinarios, y el más atrevido quizás, al pirata Sacratif, cuyo solo nombre producía espanto en las escalas de Levante.

Siete meses ántes de la época en que da principio esta historia, los turcos se habían visto obligados á refugiarse en algunas de las plazas fuertes de la Grecia septentrional. En el mes de Febrero de 1827, los griegos reconquistaron su independencia hasta los confines del Atica. El pabellon turco no ondeaba más que en Missolonghi, en Vonitsa y en Naupacta. El 31 de Marzo, gracias á la intervencion de lord Cochrane, los griegos del Norte y los griegos del Peloponeso renunciaron á sus luchas intestinas y reunieron á los representantes de la nacion en Asamblea única en Trezena, á fin de concentrar los poderes en una sola mano, la de un extranjero, diplomático ruso, griego de nacimiento, Capo d'Istria, oriundo de Corfú.

Pero Aténas estaba en poder de los turcos. Su ciudadela había capitulado el 5 de Junio. La Grecia del Norte no tuvo entónces otro remedio sino someterse. El 6 de Julio, Francia, Inglaterra, Rusia y Austria firmaban un convenio que reconocía la existencia de una nacion griega, admitiendo, sin embargo, el dominio eminente de la Puerta. Además, por un artículo secreto las potencias firmantes se comprometían á mirarse contra el Sultan si se negaba á aceptar un arreglo pacífico.

Tales son los hechos generales de aquella sangrienta lucha, que el lector debe conservar en la memoria, pues se relacionan muy directamente con nuestra narración.

Hé aquí ahora los hechos particulares con los que están más ligados los personajes ya conocidos y los que faltan por conocer en esta dramática historia.

Entre los primeros es preciso citar á Andrónika, la viuda del patriota Starkos.

Aquella guerra para conquistar la independencia de su país, no tan sólo produjo héroes, sino heroínas,

cuyo nombre va gloriosamente unido á los sucesos de la época.

Así vemos aparecer el nombre de Bobolina, nacida en una isleta á la entrada del golfo de Nauplia. En 1812 su marido cayó prisionero, y conducido á Constantinopla, murió empalado por orden del Sultan. El primer grito de guerra por la independencia estaba lanzado. Bobolina, con sus propios recursos equipó y armó en 1821 tres barcos, y, segun dice M. H. Belle, ateniéndose al relato de un viejo klefta, despues de enarbolar su pabellon, que lleva este lema de las mujeres espartanas: «Ó encima ó debajo», recorrió el litoral hasta el Asia Menor apresando é incendiando los buques turcos con la intrepidez de un Tsamados ó de un Canáris; luego, despues de abandonar generosamente la propiedad de sus barcos al nuevo Gobierno, asiste al sitio de Tripolitza, organiza en torno de Nauplia un bloqueo que dura catorce meses y obliga á la ciudadela á rendirse. Aquella mujer, cuya vida es una verdadera leyenda, murió asesinada por su hermano á causa de una ligera cuestion de familia.

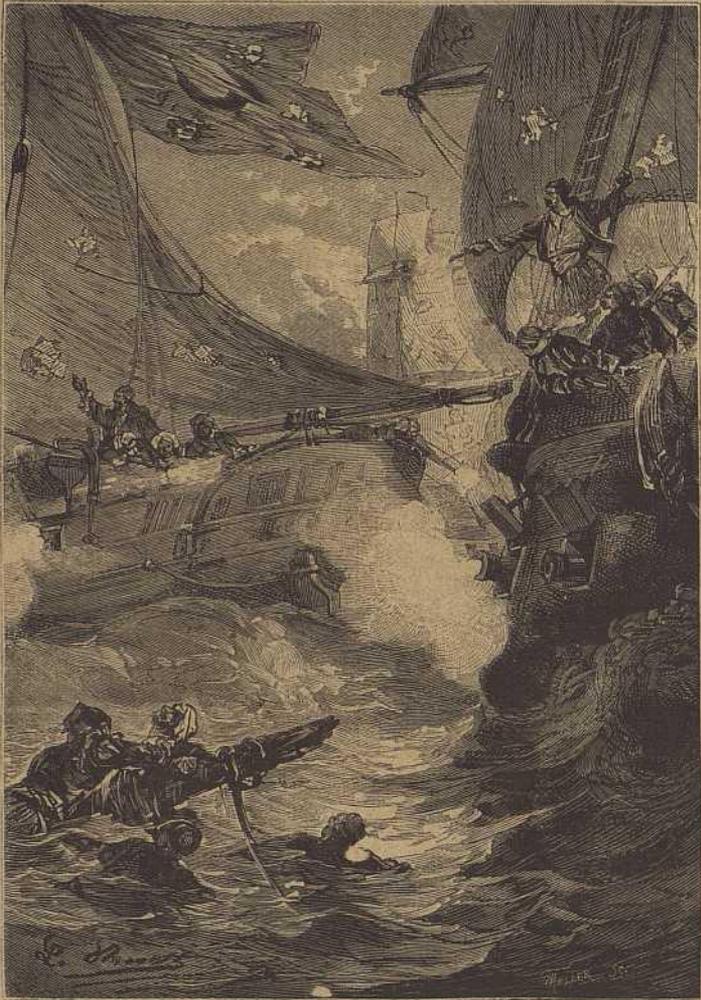
Otra gran figura se halla en el mismo rango que esta valiente hydriota. Los mismos hechos producen iguales consecuencias. Una orden del Sultan manda que sea estrangulado en Constantinopla el padre de Modena Mavroeinis, mujer de singular belleza y de elevada alcurnia. Modena se lanza tambien á la insurreccion, subleva á los habitantes de Mycona, arma barcos, organiza guerrillas que dirige, detiene al ejército de Selim-Pachá en el fondo de las angostas gargantas del Pelion, y se señala brillantemente hasta el fin de la guerra, hostigando á los turcos en los desfiladeros de las montañas de Ftiocida.

Tambien hay que hacer mencion de Kaidos, que destruye por medio de minas los muros de Vilia y que se bate con indomable denuedo en el monasterio de Santa Veneranda; Moskos, su madre, que lucha al lado de su esposo aplastando á los turcos con enormes trozos de roca; Despo, que para no caer en manos de los musulmanes, prendió fuego á un barril de pólvora sobre el cual se había sentado con sus hijas y sus nietos. Y las mujeres sulistas; y las que protejieron al nuevo Gobierno instalado en Salamina, y aquella Constancia Zacarias, que despues de haber lanzado la señal del levantamiento en las llanuras de Laconia, se dirigió contra Leondari á la cabeza de quinientos aldeanos, y tantas otras, en fin, cuya generosa sangre no se economizó en aquella guerra, durante la cual pudo verse de lo que eran capaces las descendientes de los helenos.

Lo mismo había hecho la viuda de Starkos. Con el nombre de Andrónika—pues no quiso usar el que su hijo deshonraba—se dejó arrastrar en el movimiento por un irresistible instinto de represalias y por amor á la independencia.

De igual modo que Bobolina, que Modena, que Zacarias, y aun cuando no pudo armar buques ni sostener compañías de voluntarios, entregó su vida en aras de la patria.

En 1821 se unió Andrónika á los maniotas que Colocotroni, condenado á muerte y refugiado en las islas Jónicas, llevó consigo, hasta que el 18 de Enc-



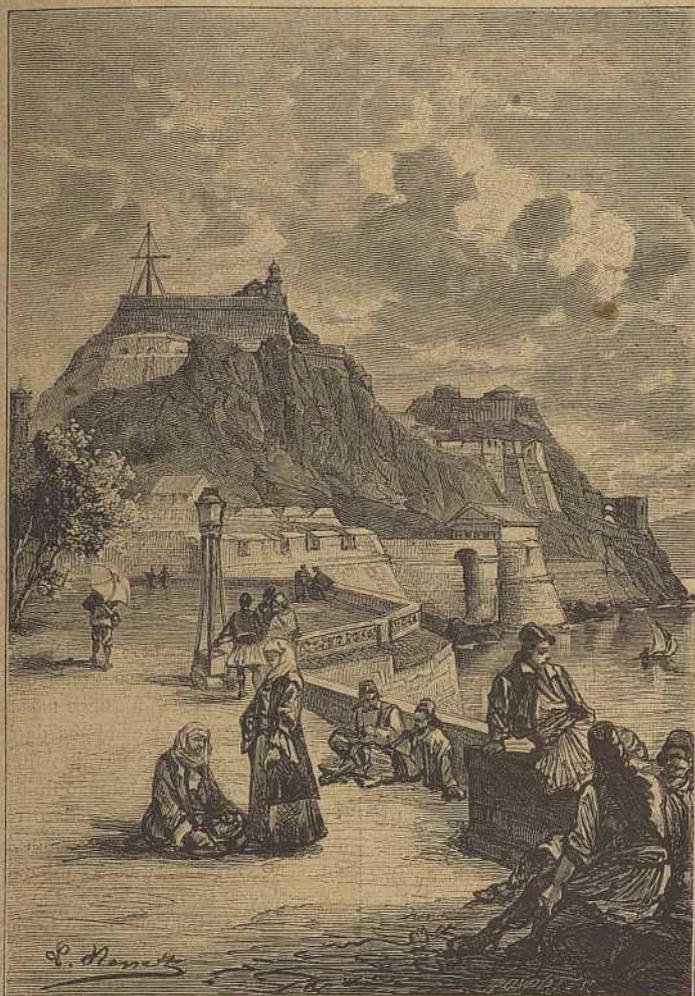
En uno de los buques reconoció á su hijo.

ro de aquel año desembarcó en Scardamula. La heroína tomó parte en la primera batalla campal dada en Tesalia cuando Colocotroni atacó á los habitantes de Fanari y á los de Caritena, reunidos á los turcos en las orillas del Ruffa. También se halló en el combate de Valtetsio, en 17 de Mayo, que fué causa de la derrota de Mustafá bey. Más señaladamente aún se distinguió en el sitio de Tripolitza, donde los espartanos llamaban á los turcos *persas cobardes* y donde los tureos injuriaban á los griegos diciéndoles *miserables liebres de Laconia*. Pero aquella vez pudieron más las liebres. El 5 de Octubre la capital del Peloponeso, cuyo bloqueo no pudo levantar la escuadra turca, se vió obligada á capitular, y no obstante el convenio estipulado, fué entregada á las llamas y pasados sus moradores á cuchillo por espacio de tres dias; hecatombe horrible en la que perecie-

ron diez mil otomanos sin distincion de sexos y edades.

El 4 de Marzo del año siguiente, embarcada á drónika á las órdenes del almirante Miaulis, vió á los buques turcos despues de un combate de cinco horas y buscar refugio en el puerto de Zanto. Pero en uno de los buques reconoció á su hijo que servía en clase de piloto en la escuadra otomana de cruceros en el golfo de Patras..... Aquel dia, abrumada bajo el peso de tanta vergüenza, se lanzó á lo más ardiente de la lucha para buscar la muerte..... La muerte no escogió para víctima suya.

Y, sin embargo, Nicolas Starkos debía ir más lejos en aquella senda criminal. Algunas semanas despues se unia á Kara-Ali que bombardeaba la ciudad de Scio en la isla del mismo nombre, y tomó una parte muy activa en aquellas matanzas espantosas en que



La ciudadela de Corfú.

perecieron veintitres mil cristianos, sin contar cuarenta y siete mil que fueron vendidos como esclavos en los mercados de Smyrna. Además, uno de los barcos que trasportó á los desgraciados estaba mandado por el mismo hijo de Andrónika, ¡un griego que vendía á sus hermanos!

En el período siguiente, cuando los helenos tenían que habérselas con los ejércitos combinados de los turcos y de los egipcios, Andrónika no dejó ni por un instante de imitar á las heroínas cuyos nombres hemos citado más arriba.

Época lamentable, sobre todo para Morea. Ibrahim acababa de lanzar contra ella sus feroces árabes, más feroces que los otomanos. Andrónika se contaba entre los cuatro mil combatientes que Colocotroni, nombrado general en jefe de las tropas del Peloponeso, había podido reunir en torno suyo. Pero Ibra-

him, después de haber desembarcado once mil hombres en la costa de Mesenia, se ocupó en levantar el bloqueo de Coron y Patrás; luego se apoderó de Navarino, cuya ciudadela destinaba á base de sus operaciones, y cuyo puerto servía de abrigo á su escuadra. En seguida incendió á Argos y á Tripolitza, con lo que pudo llevar á cabo sus saqueos en las provincias cercanas. Mesenia fué la más castigada en aquellas devastaciones. Por todo esto tuvo Andrónika que huir en varias ocasiones al interior del Magno para no caer en manos de los árabes. La valerosa mujer no descansaba ni un instante. ¿Se puede descansar en una tierra oprimida? Más tarde se la encuentra en las campañas de 1825 y 1826, en el combate de los desfiladeros de Verga, después del cual retrocedió Ibrahim hacia Polyaravos, donde los mambros del Norte consiguieron rechazarle una vez

más. Luégo se reunió á las fuerzas regulares del coronel Fabvier, en la batalla de Chaidari, en el mes de Julio de 1826. Herida gravemente, pudo salvarse de caer en manos de los feroces soldados de Kiutagi, gracias al valor de un jóven francés.

La vida de Andrónika estuvo en peligro durante muchos meses. Su robusta constitucion pudo más que la enfermedad, pero al fin del año 1826 no tenía aún bastantes fuerzas para volver á tomar parte en la lucha.

En Agosto de 1827 regresó á las provincias del Magno. Quería ver su casa de Vitylo. La casualidad llevó allí á su hijo en el mismo dia.... Ya se conoce el resultado de la entrevista de Andrónika y Nicolas Starkos, así como la maldiccion que le arrojó de los umbrales de la casa paterna.

No habiendo ya nada que la detuviese en su país natal, Andrónika se dispuso á combatir hasta que Grecia fuera independiente por completo.

Así estaban las cosas el 10 de Marzo de 1827 en el momento en que la vinda de Starkos emprendia de nuevo los caminos del Magno para unirse á los griegos del Peloponeso, que disputaban palmo á palmo su terreno á los soldados de Ibrahim.

IV.

TRISTE MORADA DE UN RICO.

En tanto que la *Karysta* se dirigia hácia el Norte con un destino solamente conocido para su capitan, ocurría en Corfú un suceso que, á pesar de ser de carácter privado, debía atraer la atencion pública hácia los principales personajes de esta historia.

Sabido es que desde 1815, á consecuencia de los tratados que llevan aquella fecha, el grupo de las islas Jónicas se hallaba bajo el protectorado de Inglaterra, despues de haber aceptado el de Francia, hasta 1814 (1).

De todo aquel grupo que comprende á Cérigo, Zanto, Itaca, Cefalonia, Leucada, Paxos y Corfú, esta última, la más septentrional, es tambien la más importante. Es la antigua Corcyra. Una isla de la cual fué rey Alcinoos, el generoso huésped de Jason y de Medea, que más tarde albergó al prudente Ulyses despues de la guerra de Troya, tiene derecho á ocupar un puesto preferente en la historia antigua. En lucha constante con los francos, los búlgaros, los sarracenos, los napolitanos; saqueada por Barbaroja en el siglo XVI; protegida en el XVIII por el conde de Schulemburg, y defendida al terminar el primer imperio por el general Doncelot, era entónces residencia de un alto comisario inglés.

Este alto comisario se llamaba sir Frederik Adam, gobernador de las islas Jónicas. En prevision de las eventualidades que podia provocar la lucha de los griegos y de los turcos, tenía siempre á sus órdenes algunas fragatas destinadas á la vigilancia de los mares, pues era necesario nada ménos que buques de alto bordo para mantener el orden en aquel archipiélago, entregado á los griegos, á los turcos, á los

portadores de patentes de corso, sin hablar de los piratas, cuya única mision consistía en robar á su antojo las embarcaciones de todas nacionalidades.

Habia entónces en Corfú cierto número de extranjeros, y especialmente de los que habian acudido en los tres ó cuatro años anteriores por las diversas fases de la guerra de la independencia. En Corfú se embarcaban unos para reunirse á los combatientes. Á Corfú iban á instalarse otros á quienes las grandes fatigas pasadas imponian reposo por algun tiempo.

Entre estos últimos conviene mencionar á un jóven francés. Apasionado por aquella noble causa, habia tomado una parte activa y muy gloriosa en los principales acontecimientos de que fué teatro la península helénica durante cinco años.

Enrique d'Albaret, teniente de navío de la marina real, uno de los oficiales más jóvenes en su graduacion y que disfrutaba de licencia ilimitada, se alistó desde el principio de la guerra en las filas de los simpatizadores franceses de Grecia. Tenia veintinueve años, era de regular estatura, de robusta constitucion, que le hacia muy apto para soportar las fatigas de la profesion de marino, y por la distincion de su persona, la elegancia de sus maneras, la franqueza de su mirada, el encanto de su rostro y la bondad de su carácter, inspiraba desde el primer momento una simpatía que la intimidad debía acrecentar.

Enrique d'Albaret era miembro de una rica familia de origen parisiense. Conoció poco á su madre. Su padre habia muerto algunos meses despues de haber cumplido la mayor edad, es decir, cuando acababa de salir de la escuela naval. Aunque por tan tristes circunstancias resultó dueño de una fortuna considerable, no creyó que esto fuese razon bastante para abandonar la carrera de marino. Al contrario, siguió en ella — una de las más bonitas que hay en el mundo — y era teniente de navío cuando el pabellon griego se enarboló en frente de la media luna turca en el Norte de Grecia y en el Peloponeso.

Enrique d'Albaret no vaciló. Como tantos otros valerosos jóvenes, irresistiblemente arrastrados por aquel movimiento, acompañó á los voluntarios que guiados por oficiales franceses se disponian á marchar hasta los confines de la Europa oriental. Fué de los primeros amigos de Grecia que derramaron su sangre por la causa de la independencia. Desde el año 1822 se encontró entre aquellos gloriosos vencidos de Maurocordato, en la famosa batalla de Arta, y entre los vencedores en el primer sitio de Missolonghi. Allí seguía en el año siguiente, cuando sucumbió Marco Botsaris. Durante el año 1824 tomó parte, no sin suceso, en los combates navales que recompensaron á los griegos de las victorias de Mehemet Ali. Despues de la rota de Tripolitza, en 1825, mandaba una partida de tropas regulares á las órdenes del coronel Fabvier. En Julio de 1827 se batía en Chaidari, donde salvó la vida á Andrónika Starkos, pisoteada por los caballos de Kiutagi, batalla terrible en la cual sufrieron grandes pérdidas los amigos de los griegos.

Sin embargo, Enrique d'Albaret no quiso abandonar á su jefe, y poco tiempo despues se unia á él en Methenas.

(1) Desde 1864 las islas Jónicas han recobrado su independencia, y divididas en tres monarquías, están anexionadas al reino helénico.

Á la sazón estaba el acrópolis de Atenas defendido por el comandante Gouras, con mil quinientos hombres á sus órdenes. Allí, en aquella ciudadela, se habían refugiado quinientas mujeres y muchos niños que no pudieron huir cuando los turcos se apoderaron de la ciudad. Gouras tenía viveres para un año, y un material de catorce cañones y tres obuses; pero las municiones empezaban á faltarle.

Fabvier resolvió llevar socorros al Acrópolis. Para conseguirlo pidió hombres que voluntariamente quisieran ayudarle á la empresa. Quinientos treinta contestaron al llamamiento; entre ellos había cuarenta amigos de Grecia, y á su frente iba Enrique d'Albaret. Cada cual de aquellos decididos partidarios se proveyó de un saco de pólvora, y al mando de Fabvier se embarcaron en Methenas.

El 13 de Diciembre desembarcó aquel reducido cuerpo al pié del Acrópolis. Un rayo de luna delató su presencia, y los turcos recibieron á los expedicionarios con un terrible fuego de fusilería. Fabvier gritó «¡Adelante!» y cada hombre, sin abandonar su saco de pólvora, que podía hacerle volar en un instante, salvó el foso penetrando en la ciudadela, cuyas puertas se abrieron para darles paso. Los sitiados rechazan victoriosamente á los turcos, pero Fabvier cae herido, así como su segundo Enrique d'Albaret. Las tropas regulares y sus jefes estaban encerradas en la ciudadela con aquellos á quienes habían ido á socorrer tan atrevidamente y que no querían dejarles salir.

El jóven oficial, que tenía una herida, no grave por fortuna, tuvo que compartir las miserias de los sitiados reducidos á algunas raciones de cebada por todo alimento. Pasaron seis meses ántes de que la capitulación del Acrópolis, consentida por Kintagi, le devolviese la libertad. Hasta entónces, el 5 de Junio de 1827, Fabvier, sus voluntarios y los sitiados no pudieron abandonar la ciudadela de Atenas y embarcarse en los buques que les transportaron á Salamina.

Enrique d'Albaret, muy débil aún, no quiso detenerse en aquella ciudad y siguió hasta Corfú. Dos meses despues estaba ya repuesto de sus fatigas, y esperaba la hora de volver á ocupar su puesto en primera fila, cuando la casualidad vino á dar una nueva dirección á su vida, que hasta entónces había sido propia de soldado.

En Corfú y al fin de la Strada Reale, se levantaba una casa de modesto aspecto, mitad griega, mitad italiana. En ella vivía un personaje que se mostraba poco, pero del cual se hablaba mucho. Era el banquero Elizundo. Nadie hubiera podido asegurar si tenía sesenta ó setenta años. Unos veinte hacia que moraba en aquel triste edificio, del que no salía casi nunca. En cambio, muchas gentes de todos los países y de todas las clases sociales acudía á verle. Seguramente se realizaban negocios importantes en aquella casa de banca, cuya respetabilidad era completa. Elizundo pasaba por ser un hombre riquísimo. Ningun crédito en las islas Jónicas, y hasta entre sus colegas dalmatas de Zara ó de Ragusa, podría rivalizar con el suyo. Una letra aceptada por él equivalía al oro. No se interesaba en los negocios sin prudencia. Daba excelentes informes, y quería garantías perfectas; pero su caja parecía inagotable. Conviene observar que

Elizundo trabajaba casi solo, sin tener á su lado más que un hombre, del cual hablaremos despues, para ocuparse de los asuntos sin importancia. Él era, á la vez, su propio cajero y su tenedor de libros. Todas las letras pasaban por su mano, y él mismo escribía todas sus cartas. Ningun dependiente se había sentado al pupitre del mostrador, y esto contribuía, no poco, al secreto de sus asuntos.

¿Cuál era el origen del banquero? Decíase que ilidío ó dalmata, pero no se sabía nada concreto. Mudo en cuanto á su pasado, mudo en cuanto á su presente, nunca se rozaba con la sociedad de Corfú. Cuando el grupo quedó bajo el protectorado de Francia, su existencia era ya lo mismo que fué desde que un gobernador inglés ejercía su autoridad sobre las islas Jónicas. No se debía tomar al pié de la letra lo que el público aseguraba acerca de su fortuna elevándola á centenares de millones; pero debía de ser, y era muy rico, áun cuando su porte fuese el de un hombre modesto en sus necesidades y en sus gustos.

Elizundo era viudo como cuando se estableció en Corfú con una hija, que entónces tenía dos años. Á la sazón, aquella hija, que se llamaba Hadjine, tenía veintidos y vivía en la casa entregada á los cuidados domésticos.

En todas partes, y áun en los países de Oriente, donde la belleza de las mujeres es indiscutible, Hadjine Elizundo hubiera pasado por ser notablemente hermosa, á pesar de la gravedad de su fisonomía, un poco triste. Y no podía por ménos de revelar tristeza, pues sus años más tiernos se deslizaron sin tener una madre que la guiase, y sin una compañera con quien cambiar sus primeros pensamientos de jóven. Hadjine Elizundo era de baja estatura, pero elegante. Por su origen griego, de parte de madre, recordaba el tipo de aquellas hermosas jóvenes de Laconia, que llevan la palma sobre todas las del Peloponeso.

La intimidad entre el padre y la hija no era ni podía ser profunda. El banquero vivía solo, silencioso, reservado; uno de esos hombres que vuelven á menudo la cabeza y entonan los párpados como si la luz les ofendiese. Nada comunicativo en su vida privada como en la pública, no se confiaba jamas, ni áun á los mismos clientes de la casa. ¿Cómo era posible que Hadjine Elizundo hubiera experimentado alegrías en aquella casa cerrada á piedra y lodo, si apenas encontraba el corazón de un padre!

Felizmente para ella, tenía cerca de sí un sér bueno, cariñoso y desinteresado, que no vivía más que para su ama, que se entristecía con sus tristezas y que gozaba con sus alegrías, cuya fisonomía se iluminaba cuando la veía sonreír. Su vida dependía de la de Hadjine. Por este retrato pudiera creerse que se trataba de algun perro fiel, uno de esos «aspirantes á la humanidad», como ha dicho Michelet; «un humilde amigo», segun la frase de Lamartine. ¡No! Era un hombre, mas hubiera merecido el ser un perro. Había visto nacer á Hadjine, nunca la había abandonado, habíala mecido en su cuna y la servía cuando era jóven.

Era un griego llamado Xaris, un hermano de leche de la madre de Hadjine, que la había seguido despues de casarse con el banquero de Corfú. Hacía más de



Salvó la vida à Andrónika.

veinte años que estaba en la casa, ocupando una situación superior á la de un simple criado, ayudando á veces á Elizundo siempre que no se tratase más que de copiar algun escrito.

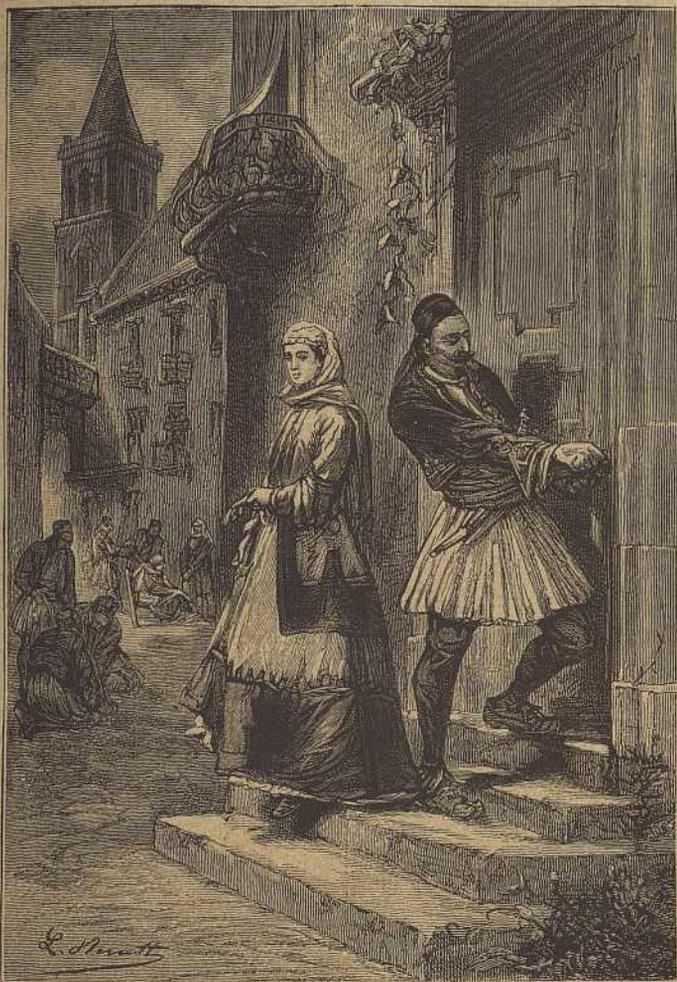
Xaris, como ciertos tipos de Laconia, era de aventajada estatura, ancho de hombros, y de excepcional fuerza muscular. Rostro simpático, ojos expresivos y nariz larga y aguilieña, dominando unos soberbios y negros bigotes. Cubria su cabeza el gorro de lana oscuro, y rodeaba su cintura la faja de su país.

Siempre que Hadjine Elizundo salia, ya por las necesidades de la casa, ya para trasladarse á la iglesia católica de Saint-Spiridion, ó bien para aspirar aquel aire marino que nunca llegaba hasta la casa de la Strada Reale, iba acompañada de Xaris. En estos paseos habian podido verla muchos jóvenes de Corfú en la Explanada ó en las calles del barrio de Kastradés, que se extendia á lo largo de la bahía del mismo

nombre. Mas de uno habia intentado hablar á su padre. ¿Quién no se extasiaba ante la belleza de la hija y quizás ante los millones de la casa Elizundo? Mas á todas las proposiciones de este género Hadjine opuso siempre su negativa. El banquero no se hubiera entrometido jamas en modificar su resolucion. Sin embargo, el honrado Xaris, con tal de que su jóven ama fuese feliz en este mundo, habria dado toda la parte de felicidad á que tenia derecho en el otro, por su adhesion sin límites.

Tal era aquella casa triste, y como aislada en un rincon de la capital de la antigua Coreyra; tal era aquel hogar en el cual los azares de la vida iban á introducir á Enrique d'Albaret.

Entre el banquero y el oficial francés entabláronse primeramente relaciones de negocios. Al salir de Paris habia tomado éste importantes letras sobre la casa de Elizundo. En Corfú las cobró, y de Corfú



Siempre que Hadjine salía iba acompañada de Xaris.

sacó el dinero que le fué preciso durante sus campañas de amigo de Grecia. En varias ocasiones volvió á la isla, y allí conoció á Hadjine Elizundo. La belleza de la jóven le conmovió, y su recuerdo le acompañó en los campos de batalla de Morea y de Atica.

Después de la rendición del Acrópolis, Enrique d'Albaret tuvo necesidad de ir á Corfú. La herida no estaba bien curada, y las fatigas de la guerra habían quebrantado su salud. Allí, á pesar de que no vivía en casa del banquero, encontró en ella una hospitalidad como ningún extranjero pudo obtener hasta entonces.

Tres meses hacia que Enrique d'Albaret pasaba así su vida. Poco á poco sus visitas á Elizundo, que al principio sólo fueron puramente de negocios, se hicieron más frecuentes, hasta convertirse en diarias. Hadjine gustaba mucho al jóven oficial. ¡Cómo no habría de conocerlo ella viéndole tan cariñoso, entre-

gado al placer de oírla y hablarla! La jóven, por su parte, no vaciló en prodigarle los cuidados que exigía el estado de su salud, y Enrique d'Albaret halló base muy bien con aquel régimen.

Además, Xaris no ocultaba la simpatía que le inspiraba el carácter franco y amable de Enrique d'Albaret, al cual se iba aficionando más y más.

—Tienes razón Hadjine—repetía con frecuencia á la jóven.—Grecia es tu patria, tanto como lo es mía, y no se debe olvidar que si este jóven sufre y padece, es á causa de haber peleado por su independencia.

—¡Me ama!—dijo un día á Xaris.

Y la jóven pronunció estas palabras con la misma sencillez que empleaba en todo.

—¡Pues bien, es preciso que te dejes amar!—repuso Xaris.—¡Tu padre va siendo anciano, Hadjine! ¡Yo no podré estar á tu lado siempre!..... ¿Dónde

encontrarias en el mundo un protector más cariñoso que Enrique d'Albaret?

Hadjine no respondió. Hubiera necesitado decir que si sabía que era amada, ella amaba también. Una reserva perfectamente explicable no la permitía hacer tal confesión á Xaris.

Así estaban las cosas. Nadie lo ignoraba en la sociedad de Corfú. Mucho antes de que estuviera concertado oficialmente, ya se hablaba del matrimonio de Hadjine Elizundo y Enrique d'Albaret como si se hubiese convenido.

Importaba observar que el banquero no pareció que veía con disgusto la asiduidad del joven oficial y las atenciones que á su hija prodigaba. Como decía Xaris, él comprendía que la vejez aceleraba sus pasos, y áun cuando no tuviera preocupaciones en cuanto á la fortuna de que sería heredera, le abrumaba el temor de que quedara sola en la vida. La cuestión del dinero no era de interés alguno para Enrique d'Albaret, y tanto le daba porque la hija del banquero fuese pobre como rica. El amor que le inclinaba hacia la joven tenía su origen en sentimientos elevadísimo, no en vulgares ambiciones. Amábala tanto por su bondad como por su belleza, lo mismo por la simpatía de ver su situación en aquel triste recinto, que por la nobleza de sus ideas y por la energía de alma de que la juzgaba capaz si alguna vez hubiera tenido que mostrarla.

Esto se comprendía claramente, siempre que Hadjine hablaba de Grecia oprimida y de los esfuerzos sobrehumanos que hacían sus hijos para tornarla libre. En este terreno no podían menos los dos jóvenes de hallarse en perfecta conformidad.

¡Cuántas horas pasaron hablando de todas aquellas cosas en la lengua griega, que Enrique d'Albaret poseía ya como la suya! ¡Que alegría intimamente compartida cuando algun triunfo naval iba á compensar los reveses de que eran teatro Atica y Morea! Enrique d'Albaret se veía precisado á referir entonces todos los hechos de armas en que tomó parte, á enumerar los nombres de nacionales y extranjeros que brillaban en aquellas sangrientas luchas, y los de las mujeres que Hadjine Elizundo, si hubiera sido libre, habría imitado: Bobolina, Modena, Zacharias, Kaidos, sin olvidar á la animosa Andrónika, á quien el joven oficial salvó del degüello de Chaidari.

Un día en que Enrique d'Albaret pronunció su nombre, Elizundo, que escuchaba el relato, hizo un movimiento que llamó la atención de su hija.

—¿Qué teneis, padre mio?— preguntó.

—Nada— repuso el banquero.

Y dirigiéndose al joven oficial con el tono de un hombre que quiere aparentar indiferencia,

—¿Habeis conocido á esa Andrónika?— dijo.

—Sí, señor Elizundo.

—¿Y sabeis qué ha sido de ella?

—Lo ignoro— respondió Enrique d'Albaret.— Después del combate de Chaidari, creo que ha debido regresar á las provincias del Magno, su país natal. Pero no pierdo la esperanza de volver á verla en los campos de batalla de Grecia.

—¡Sí!— añadió Hadjine.— ¡Allí es preciso estar!

—¿Por qué interés tanto á Elizundo el nombre de

Andrónika? Nadie se lo preguntó, y quizás hubiera dado una respuesta evasiva. Pero esto no dejó de preocupar á su hija, que no estaba al corriente de las relaciones del banquero. ¿Existiría algun lazo entre su padre y aquella Andrónika á quien admiraba?

Por otra parte, Elizundo siempre estaba reservado en todo lo que concernía á la guerra de la independencia. ¿Hacia dónde se inclinaba, hacia los oprimidos ó hacia los oprimidos? Difícil sería averiguarlo áun suponiendo que aquel hombre sintiera inclinaciones por algo ó por alguien. Lo cierto era que su correo le llevaba tantas letras giradas en Turquía como en Grecia.

Mas, importa repetirlo, aunque el joven se hubiera dedicado á defender la causa de los helenos, no por eso era ménos favorable la acogida que le hacía Elizundo en su casa.

Enrique d'Albaret no podía prolongar su permanencia allí por más tiempo. Restablecido ya de sus fatigas y dolencias, estaba resuelto á cumplir hasta el fin lo que él consideraba como un deber, y de esto había hablado con frecuencia á la joven.

—En efecto, ése es vuestro deber— le respondió la joven.— Por grande que sea el dolor que me cause vuestra marcha, Enrique, comprendo que debéis uniros á vuestros compañeros de armas. ¡Si, hasta que Grecia no recobre su independencia es menester luchar!

—Voy á partir, Hadjine, voy á partir— dijo Enrique un día.— Pero si pudiera llevar conmigo la certidumbre de que vos me amais como yo os amo...

—Enrique, no tengo motivo alguno para ocultaros los sentimientos que me inspirais— repuso Hadjine.— No soy niña y sé mirar seriamente al porvenir. ¡Tengo confianza en vos—añadió alargándole la mano—¡tened confianza en mí! ¡Conforme me dejais al marchar me encontraréis al volver!

Enrique d'Albaret estrechó la mano que le tendía Hadjine, como prenda y garantía de sus sentimientos.

—¡Oh, mil gracias!— dijo.— Sí, hemos nacido el uno para el otro. Nuestra separación será dolorosa, pero al ménos llevaré la seguridad de que me amais. Mas antes de mi marcha, Hadjine, quiero hablar á vuestro padre.... Deseo tener la certidumbre de que aprueba nuestro amor y de que por su parte no encontraremos ningun obstáculo....

—Obraréis con prudencia, Enrique— contestó la joven.— Obtened su promesa como habeis obtenido la mia.

Enrique d'Albaret debía dar pronto aquel paso, pues estaba decidido á continuar el servicio á las órdenes del coronel Fabvier.

En efecto, las cosas iban de mal en peor para la causa de la independencia. El convenio de Londres no habia producido ningun resultado útil, y se atribuían recelos acerca de la actitud de las potencias en frente del Sultán, temiéndose que se limitasen á hacerle observaciones puramente oficiosas, y por lo tanto platónicas.

Ademas, los turcos, envanecidos con sus triunfos, no parecían dispuestos á ceder nada de sus pretensiones, y daban pruebas de una tenacidad que les

hacia temibles, á pesar de que dos escuadras, una inglesa mandada por el almirante Codrington, y otra francesa á las órdenes del almirante de Rigny, recorrían el mar Egeo, y no obstante que el Gobierno griego se instaló en Egina para deliberar allí en mejores condiciones de seguridad.

Y contribuía á dar alientos á los turcos la presencia de noventa y dos buques otomanos, egipcios y tunecinos que habian fondeado el 7 de Setiembre en la anchurosa rada de Navarino. Aquella flota conducía una inmensa cantidad de provisiones destinadas á Ibrahim para atender á las necesidades de una expedicion que preparaba contra los hydriotas.

En Hydra era donde Enrique d'Albaret habia pensado reunirse al cuerpo de voluntarios. Aquella isla, situada en un extremo de la Argólida, es una de las más ricas del Archipiélago. Despues de haber hecho enormes sacrificios de sangre y de dinero por la causa de los helenos, á quienes defendian sus intrépidos marinos Tombasis, Miaulis y Tsamados, tan temidos de los capitanes turcos, veíase entónces amenazada con las represalias más terribles.

Enrique d'Albaret no podia dilatar su salida de Corfú si queria llegar á Hydra ántes que los soldados de Ibrahim. Así, pues, fijó definitivamente su marcha para el 21 de Octubre.

Algunos dias ántes, y segun habia quedado convenido, se presentó el jóven oficial á Elizundo para pedirle la mano de su hija. No le ocultó que Hadjine seria feliz si él diera su consentimiento. El matrimonio no se celebraría hasta el regreso de Enrique d'Albaret, cuya ausencia no seria de larga duracion.

El banquero conocia la situacion del jóven oficial, el estado de su fortuna y la consideracion de que su familia disfrutaba en Francia. En cuanto á esto no habia necesidad de explicaciones. Además, su honradez era completa y nunca circuló en la casa ningun rumor que le fuera desfavorable. Respecto de su propia fortuna, como Enrique d'Aberet no le habló de ella, guardó silencio.

Elizundo dijo que no le desagradaba la proposicion, que aquel matrimonio le haria dichoso, puesto que debia labrar la felicidad de su hija.

Elizundo dijo todo esto con gran frialdad, pero lo importante era que lo hubiese dicho. Enrique d'Albaret tenia su palabra, y en cambio, el banquero recibió de su hijo una muestra de gratitud que él acogió con su reserva acostumbrada.

Las cosas no podian marchar mejor para ambos jóvenes y tambien para Xaris. Este hombre excelente lloró como un niño, y de buena gana hubiera dado un abrazo al jóven oficial.

Enrique d'Albaret se veia obligado á permanecer por poco tiempo junto á Hadjine Elizundo. Resolvió embarcarse en un brick levantino que se hacia á la mar en Corfú el 21 de aquel mes, con rumbo á Hydra.

Fácilmente se adivinará lo que fueron los últimos dias que pasaron en la casa de la Strada Reale, y no hemos de insistir en esto. Enrique d'Albaret y Hadjine no se separaron ni una hora, y hablaban largamente en la sala del piso bajo de aquella triste casa. La nobleza de sus sentimientos daba á aquellas con-

versaciones cierto encanto penetrante que dulcificaba la nota un poco seria. Decian que el porvenir era suyo aun cuando el presente huia de ellos, y que debian mirar este presente con gran serenidad. Calcularon las probabilidades buenas ó malas, pero sin pesar, sin desaliento, y al hablar así no cesaban de exaltarse por aquella causa á cuya defensa se habia dedicado Enrique.

En la tarde del 20 de Octubre decíanse estas cosas por última vez, pero más emocionados. Al dia siguiente debia partir el jóven oficial.

De repente entró Xaris en la sala. No podia hablar. Su respiracion era fatigosa. Habia corrido mucho. Sus robustas piernas le llevaron en pocos minutos á traves de la ciudad desde la ciudadela hasta el extremo de la Strada Reale.

—¿Qué es eso?..... ¿qué tienes, Xaris?..... ¿por qué estás tan conmovido?..... —preguntó Hadjine.

—¡Tengo..... tengo!..... ¡una noticia! ¡una noticia grave!.....

—¡Hablad!..... ¡hablad!..... ¡Xaris!..... —dijo Enrique sin saber si debia alegrarse ó entristecerse.

—¡No puedo!..... ¡no puedo! —respondia Xaris verdaderamente ahogado por la emocion.

—¿Se trata de una noticia de la guerra? —preguntó la jóven cogiéndole la mano.

—¡Sí!..... ¡sí!

—¡Pero, habla pronto! —repetia. — ¡Habla Xaris!..... ¿Qué hay?

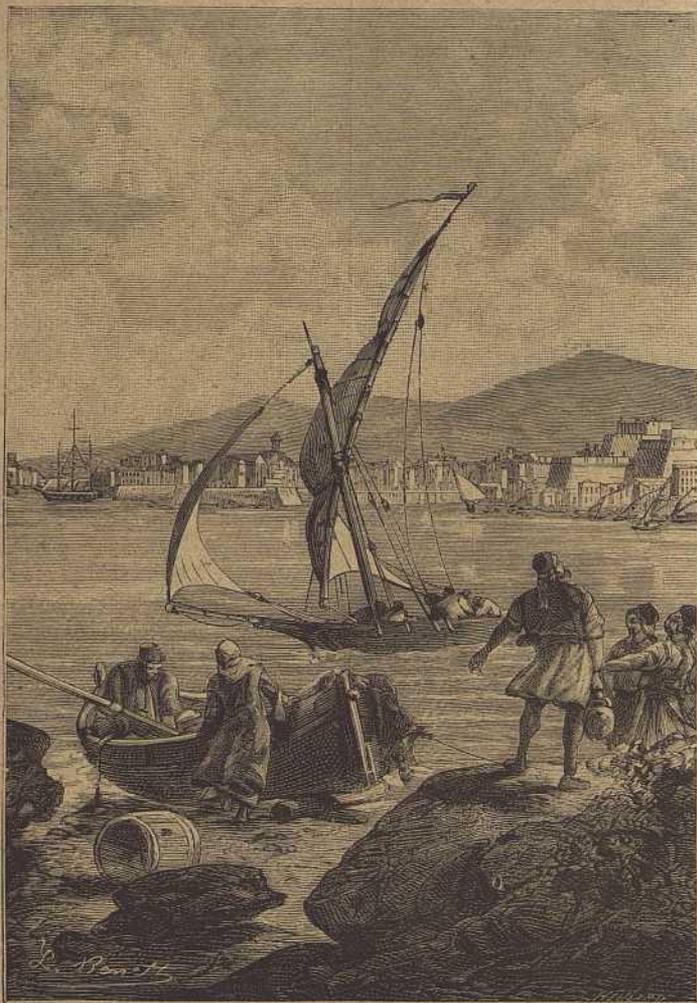
—¡Turcos..... hoy..... derrotados..... en Navarino! De este modo supieron Hadjine y Enrique d'Albaret la noticia de la batalla naval del 20 de Octubre.

El banquero Elizundo entró en la sala al oír el ruido que hizo Xaris. Cuando supo de qué se trataba, apretáronse sus labios y se contrajo su frente, pero no manifestó alegría ni tristeza, al paso que los dos jóvenes daban rienda suelta á sus sentimientos.

En efecto, acababa de llegar á Corfú la noticia de la batalla de Navarino. Apénas circuló por la ciudad se conocieron tambien detalles transmitidos telegráficamente por los aparatos ópticos de la costa de la Albania.

Las escuadras inglesa y francesa, á las que se habia unido la rusa, formaban un conjunto de veintisiete buques y mil doscientos setenta y seis cañones, y habian atacado á la flota otomana forzando los pasos de la rada de Navarino. Aunque los turcos eran superiores en número, pues tenían sesenta barcos de todas clases con mil novecientos noventa y cuatro cañones, acababan de ser vencidos. Muchos de sus buques se habian ido á pique y otros volaron, con gran número de oficiales y marinos. Ibrahim ya no podia esperar nada de la marina del Sultan para ayudarle en su expedicion contra Hydra.

Este hecho de armas era de una importancia excepcional, pues debia ser el punto de partida de un nuevo período para los asuntos de Grecia. Por más que las tres potencias estuvieran decididas de antemano á no sacar partido de aquella victoria aniquilando á la Puerta, parecia seguro que su acuerdo acabaria por arrancar el país de los helenos de la dominacion turca, previendo que en un plazo no muy largo se realizaria la independencia del nuevo reino.



Vista general de Corfú.

Este fué el juicio que se formó del suceso en casa del banquero Elizundo. Hadjine, Enrique d'Albaret y Xaris batieron palmas. Su alegría encontró eco en la ciudad. Los cañones de Navarino habian asegurado la independencia á los griegos.

Desde aquel momento, los designios del jóven oficial quedaron completamente modificados por la victoria de las potencias aliadas, ó mejor dicho—pues la frase es más exacta—por la derrota de la marina turca. Á causa de ella, Ibrahim debía renunciar á emprender la campaña que meditaba contra Hydra.

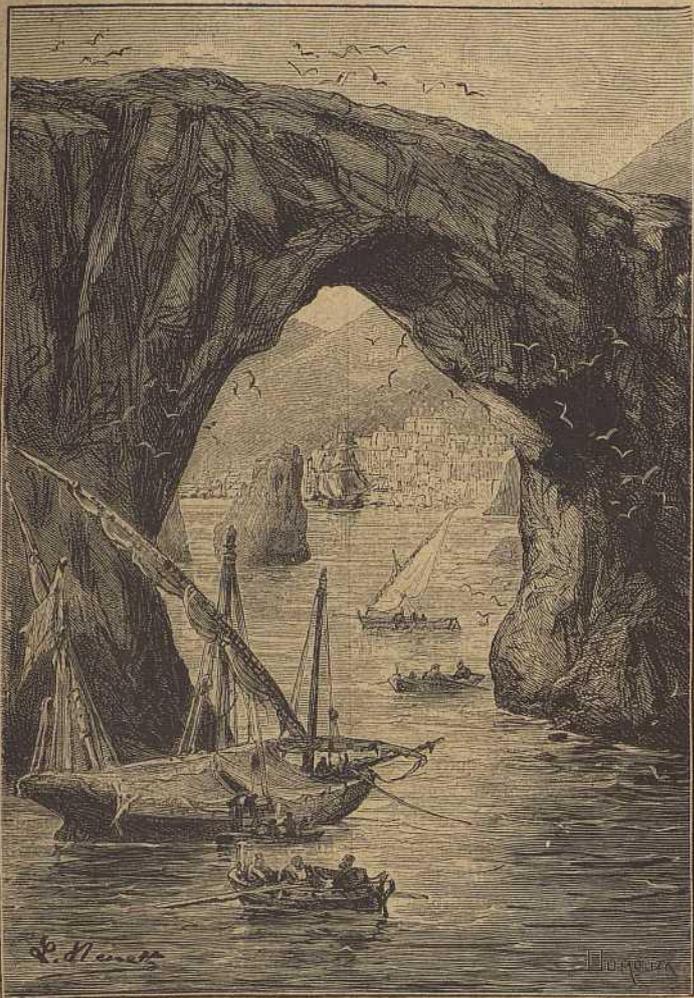
Esto, que era indudable, determinó un cambio en los proyectos que Enrique d'Albaret habia formado ántes del 20 de Octubre. Ya no era menester que se reuniese á los voluntarios que acudian al socorro de los hydriotas, y resolvió aguardar en Corfú los sucesos que serian consecuencia natural del combate de Navarino.

Cualesquiera que fuesen aquellos sucesos, ya no habia que abrigar temores acerca del porvenir de Grecia. Europa no permitiría que los turcos se apoderasen de su territorio, y ántes de mucho tiempo la media luna iria retrocediendo en toda la península helénica ante la bandera de la independencia.

Ibrahim, reducido á ocupar el centro y las poblaciones de la costa del Peloponeso, se veria en la precision de evacuarlas.

En estas circunstancias, ¿hacia dónde se dirigiria Enrique d'Albaret? El coronel Fabvier se preparaba sin duda á abandonar á Mitylene para combatir á los turcos en la isla de Scio; pero sus preparativos no estaban terminados, ni lo estarian en algun tiempo. No habia que pensar en partir inmediatamente.

Así apreció el oficial la situación y así la apreció tambien Hadjine, opinando ambos que su matrimonio no debia dilatarse. Elizundo no hizo ninguna ob-



La Karysta á la entrada de la rada de Navarino.

jeccion, y se fijó para diez dias despues, es decir, á fin de Octubre.

¿Para qué hemos de insistir en expresar los sentimientos que la proximidad de su union hizo brotar en el corazon de los prometidos? ¡Ya no iria Enrique á la guerra, donde hubiera podido morir! ¡Ya no esperaria Hadjine el instante de su regreso contando dolorosamente los minutos! Xaris era tan feliz ó más que su ama. Si se hubiera tratado de su propio casamiento quizá no habria tenido tanta alegría. Hasta el banquero, cuya frialdad era proverbial, no lograba ocultar su satisfaccion. El porvenir de su hija estaba asegurado.

Se convino en que el acto revistiese gran sencillez, y encontraron inútil el convidar á toda la buena sociedad de Corfú. Ni Hadjine ni Enrique d'Albaret eran de los que gustan tener muchos testigos. Sin

embargo, eran necesarios algunos preparativos, y se hicieron sin ostentacion.

Era el 23 de Octubre, y no faltaban más que siete dias para la ceremonia. No parecia que pudiera haber obstáculo para que se realizase; mas si Hadjine y Enrique d'Albaret hubieran presenciado cierta escena, habrian sentido vivas inquietudes.

Elizundo encontró aquel dia en su correo una carta cuya lectura le produjo un efecto indescriptible. Arrugó el papel, le rompió y le quemó; operaciones todas que revelaban una profunda turbacion en un hombre tan dueño de sí mismo como el banquero.

Si álguien le hubiera escuchado, habria oido murmurar estas palabras:

— ¿Por qué no habrá llegado esta carta ocho dias más tarde? ¡Maldicion sobre quien la ha escrito!

V.

LA COSTA DE MESEÑA.

Después de haber salido la *Karysta* de Vitylo, navegó durante toda la noche con rumbo al Sudoeste como para atravesar oblicuamente el golfo de Coron. Nicolas Starkos había vuelto á bajar á su camarote, resuelto á no presentarse hasta el amanecer.

El viento era favorable; una de esas frescas brisas del Sudeste que generalmente reinan en aquellos mares al fin del verano y al principio de la primavera, hacía la época de los solsticios, cuando se resuelven en lluvia los vapores del Mediterráneo.

Por la mañana se dobló el cabo Gallo en el extremo de Mesenia, y las últimas cumbres del Taygeto, que limitan sus abruptas faldas, se sumergieron bien pronto en las neblinas del sol saliente.

Cuando desapareció la punta del cabo volvió Nicolas Starkos á subir al puente de la sacoleva. Su primera mirada se dirigió al Este.

Ya no se veía la tierra del Magno. Sin embargo, por aquella parte se levantaban aún los formidables estribos del monte Hagios-Dimitrios, un poco á la espalda del promontorio.

El brazo del capitán se extendió por un momento en dirección al Magno. ¿Era un ademán de amenaza? ¿Era un eterno adiós á su país natal? Nadie hubiese podido asegurarlo. Pero la mirada que en aquel instante lanzaron los ojos de Nicolas no tenía nada de bueno.

La sacoleva, impulsada por sus velas cuadradas y latinas, puso la caña á estribor y comenzó á subir hacia el Noroeste, y como el viento venía de tierra, prestábase el mar á una rápida navegacion.

La *Karysta* dejó á la izquierda las islas Enusas, Cabrera, Sapienza y Venetico, y luego siguió por el paso para llegar á la vista de Modon.

Ante ella se desarrollaba entonces la costa mesénica con el maravilloso panorama de sus montañas, que presentan un carácter volcánico muy marcado. Aquella Mesenia estaba destinada á ser, después de la constitucion definitiva del reino, uno de los trece nomas ó prefecturas de que se compone la Grecia moderna, incluyendo las islas Jónicas. Pero entonces no era más que uno de los numerosos teatros de la lucha, ya en poder de Ibrahim, ya en el de los griegos, según la suerte de las armas, como antiguamente fué teatro de aquellas tres guerras mesénicas, sostenidas contra los espartanos, que ilustraron los nombres de Aristomeno y de Epaninondas.

Nicolas Starkos, siempre silencioso, comprobó el rumbo en la brújula, y después de observar el aspecto del horizonte fué á sentarse á popa.

Entre tanto, y en la proa, conversaban los tripulantes de la sacoleva y los diez hombres embarcados en Vitylo, en total unos veinte hombres, al mando de un patron, el cual estaba á su vez á las órdenes del capitán. El segundo de la *Karsyta* no se hallaba á bordo.

Y hé aquí lo que se decía acerca del destino actual de aquel barco y de la dirección que seguía costeano el litoral de Grecia. No hay para qué añadir que los

recien llegados hacían las preguntas, y los antiguos tripulantes daban las respuestas.

—¿No habla nunca el capitán Starkos?

—Muy pocas veces; pero cuando habla, habla bien y es preciso obedecerle.

—¿Á dónde va la *Karysta*?

—Jamás sabemos á dónde va.

—¡Demonio! Nos hemos enganchado de buena fe.... pero ¡no importa!

—Podeis estar seguros de que si el capitán nos lleva á alguna es porque se debe ir.

—Pero con esos dos pequeños obuses de proa no podrá atreverse la *Karysta* á perseguir los buques mercantes del Archipiélago.

—Es que no está destinada á barrer los mares. El capitán Starkos posee otros buques bien armados y bien equipados para piratear. La *Karysta* es, como si dijéramos, su yacht de recreo. Por eso tiene el porte que veis y que engaña perfectamente á los buques franceses, ingleses, griegos ó turcos.

—¿Y las partes de botín?....

—Las partes de botín son para los que le cojan, y vosotros seréis de esos cuando la sacoleva haya terminado su campaña. ¡Perded cuidado, que no estaréis sin trabajar, y si hay peligro habrá provecho!

—¿De modo que ahora no se puede hacer nada en las costas de Grecia ni en las islas?

—Nada.... y tampoco en las aguas del Adriático, si el capricho del capitán nos lleva hacia aquel lado. ¡Hasta nueva orden somos honrados marinos á bordo de una honrada sacoleva, recorriendo honradamente el mar Jónico! Pero esto cambiará pronto.

—¡Cuanto ántes mejor!

Por lo que se ve, tanto los nuevos tripulantes como los antiguos marineros de la *Karysta* no eran gente que murmurase cuando había que trabajar, fuese como fuese. ¡Escrúpulos, remordimientos, sencillos temores!.... no había que pedir nada de eso á la poblacion marítima del bajo Magno. Verdaderamente eran dignos del que mandaba, y éste sabía que podía contar con ellos.

Pero si los de Vitylo conocían al capitán Starkos, no conocían á su segundo, oficial de marina y á la vez hombre de negocios, un alma del diablo, en una palabra. Era un tal Scopelo, natural de Cerigotto, isleta de mala reputacion situada en el límite meridional del Archipiélago, entre Cérigo y Creta. Por esto, uno de los tripulantes nuevos, dirigiéndose al patron de la *Karysta*, le preguntó:

—¿Y el segundo?

—El segundo no está á bordo—le dijeron.

—¿No le veremos?

—Sí.

—¿Cuándo será eso?

—¡Cuando sea preciso verle!

—Pero.... ¿dónde está?

—¡Donde debe estar!

No hubo más remedio sino contentarse con aquella respuesta que no enseñaba nada. En aquel momento, el silbato del patron llamó á todo el mundo arriba para tesar las escotas, y la conversacion del castillo de proa quedó bruscamente cortada.

En efecto, se trataba de ceñir un poco más el

viento á fin de ir costeando, á distancia de una milla, el litoral mesenio. Al mediodía pasaba la *Karysta* por delante de Modon, pero aquel no era el punto de su destino, y por eso no fué á recalar en la ciudad levantada sobre las ruinas de la antigua Metona, en el extremo del promontorio que proyecta su punta hácia la isla de Sapienza. Un momento despues, al volver un acantilado, desapareció el faro que se levanta á la entrada del puerto.

Entre tanto, á bordo de la sacoleva se habia hecho una señal. En la punta de la entena mayor izaron un gallardete negro con una media luna roja, y como á esta señal no correspondió ninguna en tierra, se continuó la ruta en direccion al Norte.

Al caer la tarde llegaba la *Karysta* á la entrada de la rada de Navarino, especie de gran lago marítimo rodeado por un marco de altas montañas. La ciudad, dominada por la confusa masa de su fortaleza, apareció por breves instantes á traves de la hendidura de una gigantesca roca. Allí estaba la punta de la escollera natural que contiene el furor de los vientos del Noroeste, que vierte á torrentes sobre el mar Jónico aquel larguísimo odre del Adriático.

El sol poniente iluminaba todavia la cima de las últimas montañas al Este, pero la sombra oscurecía ya la anchurosa rada.

Aquella vez hubiera podido creer la tripulacion que la *Karysta* iba á fondear en Navarino, pues, en efecto, entró resueltamente en el paso de Mégalo-Thouro, al Sur de la angosta isla de Sphacteria, que se desarrolla en una longitud de cuatro millas por lo ménos. En aquel sitio se levantaban ya dos tumbas erigidas á la memoria de las dos víctimas más nobles de la guerra; la del capitán frances Mallet, muerto en 1825, y en el fondo de una gruta, la del Conde de Santa Rosa, un italiano amigo de Grecia, antiguo ministro del Piamonte, que falleció en el mismo año por defender la misma causa.

Cuando la sacoleva estuvo á distancia de unos diez cables de la ciudad, puso de traves su foque. Á la punta de la entena fué izado, como ántes se hizo con el gallardete, un farol rojo; pero tampoco tuvo respuesta la señal.

La *Karysta* no tenia nada que hacer en aquel puerto, donde entónces podia contarse un gran número de buques turcos, y maniobró de manera que fuese costeando el islote blanquecino de Kuloneski, situado casi en medio de la rada. Luégo, por orden del patron, se largaron las escotas, se puso la barra á estribor, con objeto de dirigirse á la Sphacteria.

En aquel islote de Kuloneski fué donde algunos centenares de turcos, sorprendidos por los griegos, quedaron confinados al principio de la guerra en 1821, y allí murieron de hambre, por más que se habian entregado bajo promesa de que serian conducidos al país otomano.

Despues, en 1825, cuando las tropas de Ibrahim sitiaron á Sphacteria defendida por Maurocordato en persona, fueron allí degollados por represalias ochocientos griegos.

La sacoleva se dirigia al paso de Sikia, de unos doscientos metros de ancho, abierto al Norte de la isla entre su punta septentrional y el promontorio de

Coryphasion. Era preciso conocer muy bien el canal para aventurarse en él, porque es casi impracticable para los buques cuyo calado exige alguna profundidad. Pero Nicolas Starkos, como si hubiera sido el mejor piloto de la rada, costeo atrevidamente las escarpadas rocas de la punta de la isla, y dobló el promontorio de Coryphasion. Luégo vió en la parte de fuera algunas escuadras ancladas—unos treinta buques, franceses, ingleses y rusos—y evitando con prudencia el acercarse á ellos, navegó durante la noche á lo largo de la costa mesenia, se deslizó entre la tierra y la isla de Prodano. Á la mañana siguiente, cuando amanecía, la sacoleva, empujada por una fresca brisa del Sudeste, seguia las sinuosidades de la costa en las tranquilas aguas del golfo de Arkadia.

Empezaba el sol á mostrarse por encima de la cumbre de aquel Ithomo, desde donde la mirada, despues de haber abarcado el emplazamiento de la antigua Mesania, va á perderse por una parte en el golfo de Coron, y por otra, en el golfo á que ha dado su nombre la ciudad de Arkadia. El mar centelleaba en largas placas, agitadas por la brisa á causa de los primeros resplandores del astro del día.

Desde que habia apuntado el alba, Nicolas Starkos maniobró de modo que pudiera pasar muy cerca de la ciudad, situada en una de las concavidades de la costa, que se redondea para formar una anchurosa rada en herradura.

Á las diez se presentó el patron en la popa de la sacoleva, colocándose delante del capitán en la actitud de un hombre que espera órdenes.

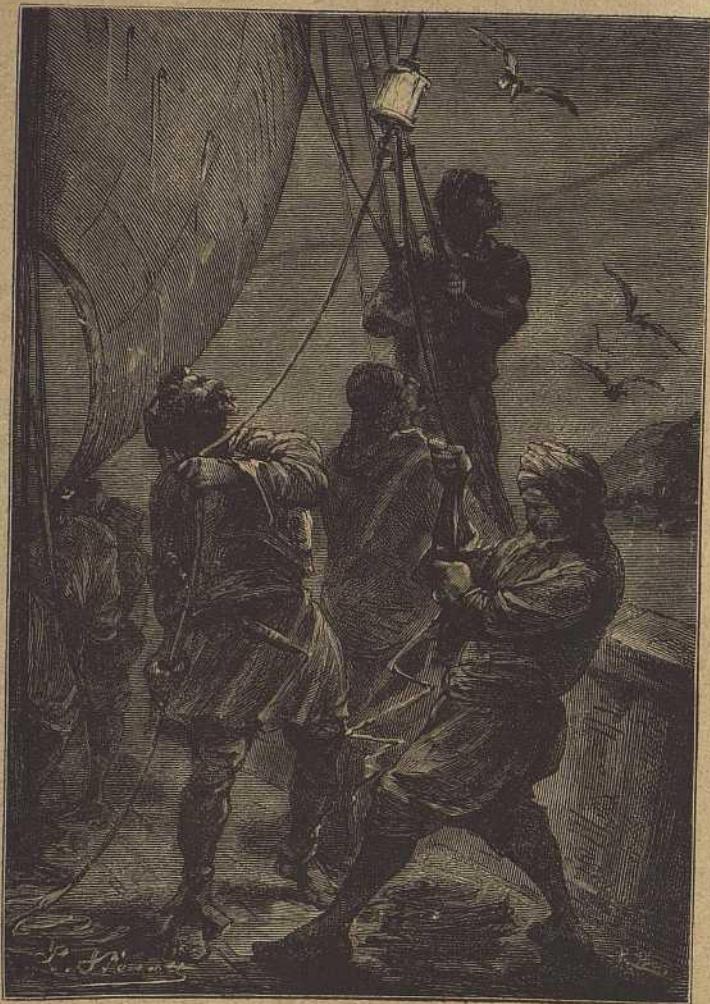
La inmensa red de montañas de la Arkadia se desplegaba entónces al Este. Pueblos perdidos á media ladera en los espesos bosques de olivos, de almendros y de cepas; arroyos corriendo hácia el lecho de algun tributario entre bosquecillos de mirtos y laureles; más allá, colgados de todas las alturas en todos los repliegues, siguiendo diversas orientaciones, veíanse millares de plantíos de aquellas famosas viñas de Corinto que no dejan una pulgada de terreno desocupado; más abajo, en las primeras pendientes, las rojas casas de la ciudad, reluciendo como grandes pedazos de estameña en el fondo de una cortina de cipreses.

Tal era el magnífico panorama de una de las costas más pintorescas del Peloponeso.

Peró al aproximarse á Arkadia, la antigua Cyparissia, que fué el principal puerto de Mesenia en tiempo de Epaminondas, y luégo uno de los feudos del frances Ville-Hardouin despues de las Cruzadas, ¡que espectáculo tan desolador para los ojos! ¡cuán dolorosos recuerdos!

¡Dos años ántes Ibrahim destruyó la ciudad, asesinando ancianos, mujeres y niños! ¡Su vetusto castillo, que se levantaba en el emplazamiento del antiguo acrópolis, estaba arruinado; arruinada la iglesia de San Jorge, que los fanáticos musulmanes habian saqueado; arruinadas sus casas, sus edificios públicos, todo!

—¡Cómo se conoce que por ahí han pasado nuestros amigos los egipcios!—murmuró Nicolas Starkos, sin experimentar emocion alguna ante aquella horrible escena.



Fué izado un farol rojo.

— ¡Y ahora los turcos son dueños de eso!—repuso el patron.

— ¡Sí..... por mucho tiempo..... y quizá para siempre!—añadió el capitán.

— ¿Se acercará la *Karysta*, ó seguimos navegando?

Nicolas Starkos observó atentamente el puerto, del cual no le separaba más que la distancia de unos cables. Luégo dirigiéronse sus miradas á la ciudad, colocada una milla más atras, en una estribacion del monte *Psychro*. Parecía vacilar sobre lo que le convenia hacer respecto á *Arkadia*; atracar al muelle ó tomar el largo.

El patron seguía esperando la respuesta del capitán.

— ¡Haced la señal!—dijo al fin Nicolas Starkos.

El gallardete rojo con media luna de plata fué izado á la punta de la antena y ondeó al aire.

Algunos minutos despues, otro gallardete igual flotaba en el tope de un mástil levantado en el morro del puerto.

— ¡Atraca!—dijo el capitán.

La sacoleva hizo rumbo á la entrada del puerto, y en cuanto la enfiló se dejó ir sin cuidado. Arriáronse las velas de mesana, despues la mayor, y la *Karysta* dió en el canal sin más que su foque, y con la velocidad adquirida tuvo bastante para llegar al centro del puerto. Allí dejó caer el ancla y los marineros ocuparon en las diversas maniobras que siguen á un fondeo.

En seguida se echó la chalupa al mar; el capitán se embarcó en ella, se apartó del buque por el impulso de quatro vigorosos golpes de remo y fué á atracar á una escalerilla de piedra practicada en el muelle del puerto. Un hombre que le esperaba en aquel sitio le saludó con estas palabras:



Skopelo está á las órdenes de Nicolas Starkos.

—¡Skopelo está á las órdenes de Nicolas Starkos!
Un movimiento de mano familiar fué la única respuesta del capitán. Pasó delante, y subiendo unas cuestras se encaminó hácia las primeras casas de la poblacion. Despues de pasar entre las ruinas del último sitio por en medio de calles obstruidas por los soldados turcos y árabes, se detuvo á la puerta de una posada casi intacta, con la muestra de *Minerva*, donde entró, seguido de su compañero.

Al poco tiempo el capitán Starkos y Skopelo se hallaban sentados junto á una mesa bebiendo raki, fuertísimo alcohol extraído del gamon. Liaron cigarrillos de dorado y aromático tabaco de Missolonghi, pusieron á fumar y entablaron una conversacion en la cual uno de los interlocutores parecia humildísimo servidor del otro.

La fisonomia de Skopelo era antipática, cautelosa

PRIMERA PARTE.

y á veces inteligente. Debía tener unos cincuenta años, áun cuando aparentaba ménos. Rostro de prestamista, con pequeños ojos, de mirada falsa, pero vivos; cabello escaso, nariz encorvada, manos con dedos en forma de garfios y piés larguissimos, á los cuales pudiera aplicarse lo que se dice de los piés de los albaneses: «Cuando los dedos están en Macedonia, el talon está en Beocia.» Por último, una cara redonda, sin bigote; cabeza fuerte, calva ya en la parte superior del cráneo, sobre un cuerpo flaco y de mediana estatura. Aquel tipo de judío árabe, cristiano de nacimiento, sin embargo, llevaba un traje muy sencillo—la chaqueta y el calzon del marinero levantino—oculto debajo de una especie de hopalanda.

Skopelo era el perfecto hombre de negocios que se necesitaba para gestionar los intereses de los piratas del Archipiélago, sumamente hábil para ocuparse en

colocar los objetos robados y en vender prisioneros en los mercados turcos para trasportarlos despues á las costas de Berberia.

Fácil es presumir lo que podria ser una conversacion entre Nicolas Starkos y Skopelo, los asuntos que en ella tratarian, la manera de apreciar los hechos de la actual guerra y los cálculos del beneficio que de ella pensaban obtener.

— ¿Cómo está Grecia? — preguntó el capitán.

— Poco ménos que en el estado en que la dejasteis — repuso Skopelo. — Ya hace más de un mes que la *Karysta* navega por las costas de Trípoli, y desde vuestra marcha no habréis tenido noticia alguna.

— Ninguna, en efecto.

— Sin embargo, capitán, puedo deciros que los buques turcos están dispuestos á trasportar á Ibrahim y á sus tropas á Hydra.

— Sí — contestó Nicolas Starkos. — Los he visto anoche al cruzar la rada de Navarino.

— ¿No habeis recalado en ninguna parte desde que salisteis de Trípoli? — preguntó Skopelo.

— Sí.... una sola vez. Me he detenido algunas horas en Vitylo..... para completar la tripulacion de la *Karysta*. Pero desde que me separé de las costas del Magno nadie ha respondido á mis señales ántes de llegar á Arkadia.

— Quizá no habria ocasion de responder — añadió Skopelo.

— Dime — preguntó Nicolas Starkos — ¿qué hacen en este momento Miaulis y Canaris?

— Están reducidos á intentar golpes de mano que no pueden asegurarles más que algunos triunfos parciales, pero nunca una victoria decisiva. Por esto, mientras ellos persiguen á los buques turcos, los piratas se enseñorean de todo el Archipiélago.

— ¿Y se sigue hablando de....

— ¿De Sacratif? — respondió Skopelo, bajando un poco la voz. — Sí.... en todas partes.... siempre.... y sólo de él depende que áun se hable más.

— ¡Se hablará!

Nicolas Starkos se habia levantado, despues de beber un vaso que le llenó Skopelo. Paseábase á lo largo del aposento, y asomándose á la ventana con los brazos cruzados escuchaba las groseras canciones de los soldados turcos.

Al cabo de un rato volvió á sentarse frente á Skopelo, y cambiando bruscamente el curso de la conversacion, preguntó:

— ¿Significaba tu señal que tenias aquí un cargamento de prisioneros?

— Sí, Nicolas Starkos; hay para llenar un buque de cuatrocientas toneladas. Es todo lo que queda del degüello que ha seguido á la derrota de Cremmydi. ¡Sangre de Dios! ¡Los turcos han matado esta vez mucho! Si se les hubiera permitido seguir no hubieran dejado un solo prisionero con vida!

— ¿Son hombres, mujeres?....

— Sí; tambien hay niños.... de todo.

— ¿Dónde están?

— En la ciudadela de Arkadia.

— ¿Te han costado muy caro?

— ¡Hum! El pachá no es muy complaciente — dijo Skopelo. — Cree que la guerra de la independen-

cia toca á su fin.... desgraciadamente. En cuanto la guerra se acabe, se acabaron las batallas. No habiendo batallas no hay *razzias*, como dicen allá en Berberia, y no habiendo *razzias* no hay mercancia humana ni de ninguna clase. Si los prisioneros escasean suben los precios. Es una compensacion, capitán. Sé de buena tinta que en este momento hacen falta esclavos en los mercados de África, y éstos podemos despa-

charlos á un precio muy ventajoso.

— ¡Bien! — dijo Nicolas Starkos. — ¿Está todo dispuesto? ¿Puedes embarcarte en la *Karysta*?

— Todo está dispuesto y nada tengo que hacer aquí.

— Bueno, Skopelo. Dentro de ocho ó diez días, un buque que zarpará de Scarpanto vendrá á tomar el cargamento. ¿Se le entregarán sin dificultad?

— Sin dificultad, así está convenido — repuso Skopelo; — pero mediante pago en el acto. Será preciso entenderse ántes con el banquero Elizundo para que acepte nuestras letras. Su firma es buena y el pachá tomará sus pagarés como dinero contante.

— Voy á escribir á Elizundo diciéndole que no tardaré en recalar en Corfú para concluir este negocio....

— ¡Este negocio.... y otro no ménos importante, Nicolas Starkos! — añadió Skopelo.

— ¡Quizá! — dijo el capitán.

— En verdad, sería muy justo. Elizundo es rico.... excesivamente rico.... segun dicen.... ¿Y quién le ha enriquecido más que nuestro comercio.... nosotros.... con riesgo de ir á parar á la punta de una verga de mesana y ser ahorcados á un silbido del pito de un patrón?.... ¡Ah! ¡En los tiempos que corren es magnifico eso de ser banquero de los piratas del Archipiélago! ¡Lo repito, Nicolas Starkos, sería muy justo!

— ¿Qué es lo que sería justo? — preguntó el capitán, mirando frente á frente á su segundo.

— ¡Cómo! ¿no lo sabeis? — contestó Skopelo. — ¿Es que me lo preguntais por el gusto de oírme repetir por centésima vez?

— ¡Puede ser!

— La hija del banquero Elizundo....

— Lo que sea justo se hará — replicó sencillamente el capitán poniéndose en pié.

En seguida salió de la posada de la *Minerva*, y seguido de Skopelo volvió al puerto, donde le esperaba su chalupa.

— ¡Embárcate! — dijo á Skopelo. — Negociaremos estas letras con Elizundo en cuanto lleguemos á Corfú. Luégo regresarás á Arkadia para hacerte entrega del cargamento.

— Me embarco — contestó Skopelo.

Una hora despues salia la *Karysta* del golfo. Pero ántes de ponerse el sol pudo oír Nicolas Starkos un ruido sordo, lejano, que venia del Sur.

Era el cañon de las escuadras combinadas que retumbaba en Navarino.

VI.

¡SÚS, Á LOS PIRATAS DEL ARCHIPIÉLAGO!

La direccion al NNE. que llevaba la *sacoleta* debia permitirle seguir aquel hermoso vivero de la

islas Jónicas, que no se pierden de vista sino para encontrar otras nuevas.

Afortunadamente para ella, la *Karysta*, con su aspecto de honrada embarcacion levantina, mitad yacht de recreo, mitad barco mercante, no descubria nada acerca de su origen. Su capitán no hubiera obrado con prudencia aventurándose bajo el cañon de las fuerzas británicas y á merced de las fragatas del Reino-Unido.

Unas quince leguas marinas solamente separan á Arkadia de la isla de Zanto, «la flor de Levante», como la llaman los italianos en su poético lenguaje. Desde el fondo del golfo que atravesaba entónces la *Karysta*, aún se ven las verdes cumbres del monte Scopos, en cuya falda surgen bosques de olivos y naranjos, que han reemplazado á las selvas cantadas por Homero y por Virgilio.

El viento era favorable, una brisa firme de tierra que la enviaba el Sudeste, haciéndole hendir rápidamente las aguas de Zanto, casi tan tranquilas como las de un estanque.

Al caer la tarde pasó á la vista de la capital que tiene el mismo nombre que la isla. Es una hermosa ciudad italiana, que ha brotado en la tierra de Zacyntho, hijo del troiano Dardanus. Desde el puente de la *Karysta* no se distinguia más que las luces de la ciudad, que se extiende en una media legua á la orilla de una bahía circular. Aquellas luces, esparcidas á diversas alturas, desde los muelles hasta las almenas del castillo, de origen veneciano, edificado á trescientos piés sobre el nivel del mar, formaban una enorme constelacion, cuyas principales estrellas señalaban la plaza de los palacios del Renacimiento y la catedral de San Dionisio de Zacyntho.

Con aquel pueblo profundamente modificado por el contacto de los venecianos, de los franceses, de los ingleses y de los rusos, no podia mantener Nicolas Starkos las mismas relaciones comerciales que le unian á los turcos del Peloponeso. Así, pues, no tuvo que trasmitir señales de ningun género á los vigias del puerto, ni que recalar en aquella isla, patria de dos poetas célebres, uno italiano, Hugo Foscolo, que floreció á fines del siglo XVIII; otro, Salomos, una de las glorias de la Grecia moderna.

La *Karysta* cruzó el angosto brazo de mar que separa á Zanto de la Acaya y de la Elida. ¡Algun oído de á bordo se ofendió con los cantos que llevaba la brisa, como barcarolas escapadas del Lido! Pero era preciso resignarse. La sacoleva pasó por medio de aquellas melodias italianas, y al dia siguiente se encontraban en el golfo de Patras, honda escotadura que continúa el golfo de Lepanto hasta el istmo de Corinto.

Nicolas Starkos estaba de pié en la proa de la *Karysta*. Su mirada recorria toda aquella costa de la Acarnania en el límite septentrional del golfo. ¡De allí surgian grandes é indelebles recuerdos que hubieran debido acongojar el corazon de un hijo de Grecia, si este hijo no hubiera renegado de su madre y no la hubiera hecho traicion!

— ¡Missolonghi! — dijo Skopelo alargando la mano hácia el Nordeste. — ¡Mala poblacion! ¡Gentes que prefieren volar á rendirse!

En efecto, dos años ántes no podian hacer allí negocio alguno los mercaderes de prisioneros ni los vendedores de esclavos. Al cabo de diez meses de lucha, los sitiados de Missolonghi, quebrantados por las fatigas y desfallecidos por el hambre, resolvieron hacer volar la ciudad y la fortaleza ántes que entregarse á los soldados de Ibrahim. Hombres, mujeres y niños, todos habian perecido en la explosion, de la que no se salvaron ni los mismos vencedores.

El año anterior, casi en el mismo sitio en que acababa de ser enterrado Marco Botsaris, uno de los héroes de la guerra de la independencia, habia ido á morir sin fuerzas y sin esperanzas lord Byron, cuyos restos descansan ahora en Westminster. ¡Su corazon fué lo único que quedó en aquella tierra de Grecia, á la que tanto amaba, y que no fué libre sino despues de su muerte!

Un ademán violento fué la respuesta que Nicolas Starkos dió á la observacion de Skopelo.

La sacoleva se alejó rápidamente del golfo de Patras, dirigiéndose á Cefalonia.

Con aquél viento favorable no necesitaba más que algunas horas para salvar la distancia que separa á Cefalonia de la isla de Zanto. La *Karysta*, que no iba á buscar á Argostoli, su capital, cuyo puerto poco profundo no deja de ser excelente para los buques de poco calado, hizo rumbo hácia los angostos canales que bañan su costa oriental, y ya cerca de las seis y media de la tarde tocaba en la punta de Thiaki, la antigua Itaca.

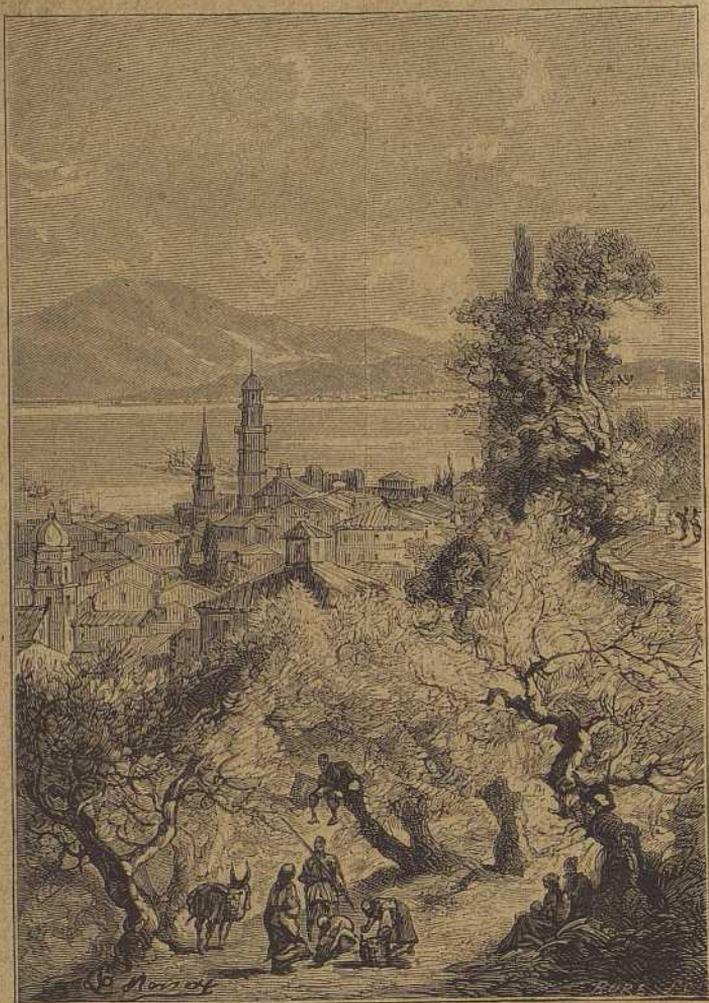
Aquella isla, de unas ocho leguas de largo por legua y media de ancho, cubierta de rocas salvajes, rica en aceite y vino, que produce en abundancia, tiene una poblacion de diez mil habitantes. Sin historia propia, ha dejado, no obstante, un nombre célebre en la antigüedad. Fué la patria de Ulyses y de Penélope, cuyos recuerdos se encuentran todavia en las cumbres del Anogi, en las profundidades de las cavernas del monte de San Estéban, en medio de las ruinas del monte Cētos, á través de las campiñas de Eumea, y al pié de aquella roca de los cuervos, por la cual debieron correr las poéticas aguas de la fuente de Aretusa.

Al caer la tarde, la tierra del hijo de Laertes habia desaparecido en la sombra, á unas quince leguas más allá del último promontorio de Cefalonia. Durante la noche, la *Karysta* tomó un poco el largo, á fin de evitar el estrecho paso que separa la punta N. de Itaca de la punta S. de Santa Maura, y costeó la parte oriental de la isla.

Con la claridad de la luna hubiérase podido distinguir, aunque vagamente, una especie de acantilado blanquecino que dominaba el mar á una altura de ciento ochenta piés; era el Salto de Leucada, que ilustraron Safo y Artemisa. Pero de aquella isla que tambien lleva el nombre de Leucada no quedaba rastro alguno al salir el sol, cuando la sacoleva, aproximándose á la costa albanesa, se dirigió á todo trapo hácia la isla de Corfú.

Si Nicolas Starkos queria llegar ántes del oscurecer á las aguas de la capital de la isla, era preciso que su buque anduviese unas veinte leguas.

Esta distancia fué rápidamente recorrida por la



Vista de Zante.

Karysta, que forzó velas de tal modo que su borda rozaba con la superficie del agua. La brisa había refrescado mucho. Fué menester toda la atención y toda la habilidad del timonel para no comprometerse con aquel enorme velámen. Por fortuna eran sólidos los mástiles y el aparejo casi nuevo y de superior calidad. No hubo que tomar ningún rizo ni que hacer maniobra alguna.

La sacoleva se portó como lo hubiera hecho en una regata ó en alguna apuesta internacional.

De este modo pasó á la vista de la isleta de Paxo. Por la parte del Norte empezaban á dibujarse las primeras alturas de Corfú. Á la derecha se recortaba en el horizonte la costa albanesa con las escotaduras de los montes Acrocemonios. Algunos buques de guerra que enarbolaban pabellon inglés ó turco se veían ya en aquellos sitios del mar Jónico tan frecuentados. La *Karysta* no se preocupó de unos ni de otros.

Si se la hubiera hecho señal de virar habría obedecido sin vacilacion, pues no tenía á bordo cargamento ni papel alguno que denunciase su origen.

Á las cuatro de la tarde la sacoleva ceñía un poco el viento para entrar en el estrecho que separa la isla de Corfú de tierra firme. Tesáronse las escotas y el timonel orzó un cuadrante con objeto de tomar el cabo Bianco, al extremo Sur de la isla.

Aquella primera porcion del canal es más risueña que la parte Norte, y por esto forma un delicioso contraste con la costa albanesa, casi salvaje y medio inculta. Unas millas más léjos el estrecho se ensancha por la escotadura del litoral de Corfú. La sacoleva se dejó ir un poco para poder atravesarle oblicuamente. Estas entradas y salidas del perfil, profundas y multiplicadas, dan á la isla sesenta y cinco leguas de perimetro, siendo así que su mayor longitud es de veinte y su mayor anchura de seis.



Era el Salto de Leucada.

Serian las cinco cuando la *Karysta* enfilaba cerca del islote de Ulyses, la abertura que pone en comunicacion al lago Kalikiopulo con el mar. Luégo siguió los contornos de aquella encantadora calzada, cubierta de álces y de pitas, frecuentada por los carruajes y los jinetes que van una legua al Sur de la ciudad á buscar con la fresca brisa del mar el disfrute de un admirable panorama, cuyo horizonte al otro lado del canal está formado por la costa albanesa.

Pasó por delante de la bahía de Kardakis y las ruinas que la dominan del palacio de verano de los Altos Lores Comisarios, dejando á la izquierda la bahía de Kastradés, en la que se asienta el barrio del mismo nombre; la Strada Marina, que más bien es un paseo que una calle; luégo la penitenciaría, el antiguo fuerte Salvador y las primeras casas de la capital de Corfú. La *Karysta* dobló el cabo Sidero, que sostiene la ciudadela, especie de pequeña poblacion militar, bastan-

te capaz para contener en su recinto la habitacion del jefe, los pabellones de los oficiales, un hospital y una iglesia griega convertida por los ingleses en templo protestante. Por último, dirigiéndose francamente al Oeste, el capitán Starkos dobló la punta de San Mikoko, y despues de costear la playa donde se hallan las casas de la parte Norte de la ciudad, fondeó á medio cable del muelle.

Se preparó el bote, y Nicolas Starkos y Skopelo tomaron asiento en él, no sin que el capitán dejase de poner en su cinturon uno de esos puñales de hoja ancha y corta que tanto se usan en las provincias de Mesenia. Desembarcaron en la oficina de Sanidad y enseñaron los documentos de á bordo, que estaban perfectamente en regla. Cumplida esta formalidad, se dirigieron á donde bien les pareció, despues de citarse á las once para volver al buque.

Skopelo, encargado de los intereses de la *Karysta*,

se internó en la parte comercial de la ciudad, recorriendo estrechas y tortuosas calles de nombres italianos, con tiendas abovedadas, con todo el aspecto de confusión de un barrio napolitano.

Nicolas Starkos dedicó la noche á tomar lenguas, como suele decirse, y para esto se dirigió hácia la explanada, el barrio más elegante de Corfú.

La explanada ó plaza de armas, en cuyos lados crecen hermosos árboles, se extiende entre la ciudad y la ciudadela, de la que está separada por un ancho foso. Extranjeros y naturales del país iban y venían sin cesar, con una animación que sin embargo no era la de una fiesta. Los correos entraban en el palacio edificado al Norte de la plaza por el general Maitland y salían por las puertas de San Jorge y San Miguel, á los lados de la fachada de piedra blanca. De este modo se verificaba un continuo cambio de comunicaciones entre el palacio del gobernador y la ciudadela, cuyo puente levadizo estaba echado delante de la estatua del general Schulemburg.

Nicolas Starkos se confundió con la multitud, y vió claramente que se hallaba bajo el influjo de una emoción poco frecuente. Como no quería preguntar á nadie, se limitó á oír, advirtiendo que en todos los grupos se pronunciaba un nombre acompañado de calificativos poco halagüeños; el nombre de Sacratif.

Esto pareció que excitaba su curiosidad; pero después de encogerse de hombros, continuó bajando por la explanada hasta la terraza que la limita dominando al mar.

En aquel sitio habíase reunido buen número de curiosos al rededor de un templete, de forma circular, recién levantado en memoria de sir Thomas Maitland. Algunos años después se erigió en el mismo lugar un obelisco en honor de uno de sus sucesores, sir Howard Douglas, que debía formar pareja con la estatua del alto lord comisario actual, Frederik Adam, cuyo emplazamiento estaba ya señalado delante del palacio del gobernador. Es posible que si el protectorado de Inglaterra no hubiera concluido, al entrar las islas Jónicas bajo el dominio del reino helénico las calles de Corfú estarían cubiertas de estatuas de sus gobernadores. Sin embargo, muchos hijos de la isla no pensaban en censurar aquella prodigalidad de hombres de bronce ó de piedra, y acaso más de uno eche de ménos ahora, con el antiguo estado de cosas, los errores administrativos de los representantes del Reino Unido.

Pero si acerca de este punto existen opiniones encontradas; si entre los setenta mil habitantes que cuenta la antigua Corcyra, y entre los veinte mil de su capital, hay cristianos ortodoxos, católicos griegos, gran número de judíos, que en aquella época habitaban en un barrio aislado, como una especie de Gheto; si en la vida de vecindad de tantos tipos de razas diferentes existían ideas opuestas sobre motivos diversos, aquel día parecía que todos los sentimientos se habían fundido en un pensamiento común, en una maldición lanzada á aquel nombre que se repetía sin cesar:

— ¡Sacratif! ¡Sacratif! ¡Sús, al pirata Sacratif!

Y ya hablasen inglés, frances ó griego los tran-

seuntes, si bien variaba la pronunciación de aquel nombre execrado, no eran ménos expresivos de un sentimiento de horror los anatemas con que se le abrumaba.

Nicolas Starkos seguía oyendo sin decir nada. Desde lo alto del terrado podían recorrer sus ojos fácilmente una parte del canal de Corfú, cerrado como un lago hasta las montañas de Albania, cuyas cumbres resplandecían iluminadas por el sol poniente.

Volvióse el capitán de la *Karysta* hácia el puerto, y observó un movimiento muy pronunciado. Numerosas embarcaciones se dirigían hácia los buques de guerra, y se cambiaban señales entre aquellos buques y la atalaya de la ciudadela, cuyas baterías y casamatas desaparecían detras de una cortina de gigantescos aloes.

Era evidente — y con aquellos síntomas no podía engañarse un marino — que uno ó varios buques se preparaban á abandonar á Corfú, y si esto se verificase, era preciso reconocer que la población se interesaba en gran manera.

El sol había desaparecido ya detras de las altas cumbres de la isla, y con el crepúsculo, muy corto en aquella latitud, no tardaría en llegar la noche.

Nicolas Starkos creyó oportuno abandonar el terrado, y bajó á la explanada, dejando en aquel sitio la mayor parte de los espectadores retenidos por la curiosidad. Luégo se dirigió con lento paso hácia los soportales de aquella serie de casas que limita el lado Oeste de la plaza de armas.

Allí no faltaban ni cafés llenos de luz, ni sillitas dispuestas en las aceras, ocupadas ya por numerosos consumidores. Conviene observar que éstas hablaban más que «consumían», si es que esta palabra moderna puede aplicarse á los habitantes de Corfú de hace cincuenta años.

Nicolas Starkos se sentó junto á un velador con intencion firme de no perder una sola letra de las conversaciones que se entabláran en las mesas próximas.

— Verdaderamente — decía un armador de la *Strada Marina* — ya no hay seguridad para el comercio, y nadie se atreve á aventurar un cargamento de valor en las escalas de Levante.

— ¡Y pronto — añadió su interlocutor, uno de esos enormes ingleses que parece que están siempre sentados sobre un fardo, como el presidente de su Parlamento — no se encontrará tripulación que consienta en servir á bordo de los buques del Archipiélago!

— ¡Oh! ¡Ese Sacratif!..... ¡Ese Sacratif! — se repetía con verdadera indignación en los diversos grupos.

— ¡Vaya un nombre! ¡Es capaz de destrozarse la garganta! — pensaba el dueño del café. — ¡Debia refrescar todo el que le pronuncia!

— ¿Á qué hora zarpa la *Syphanta*? — preguntó el negociante.

— Á las ocho — repuso un habitante de Corfú. — Pero no basta partir, es preciso llegar al punto de destino.

— ¡Bah! ¡Se llegará! — dijo otro. — No faltará más sino que un pirata tuviera en jaque á la marina británica!.....

— ¡Y á la marina griega, y á la marina francesa, y á la marina italiana! — añadió flemáticamente un oficial inglés, que quería que cada Estado tuviera su parte de responsabilidad en aquel asunto.

— ¡La hora se acerca — dijo el negociante levantándose — y si queremos asistir á la salida de la *Syphanta*, ya es tiempo de volver á la explanada!

— No — respondió su interlocutor — no hay prisa. Además, un cañonazo anunciará la salida.

Y siguió el concierto de maldiciones proferidas contra Sacratif.

Nicolas Starkos juzgó que había llegado el momento favorable para intervenir, y sin que nada pudiera demostrar en su acento que era oriundo de la Grecia meridional, dijo á varias personas que estaban á su lado:

— Señores, ¿tendriais la bondad de decirme qué es esa *Syphanta*, de la cual habla hoy todo el mundo?

— Es una corbeta, señor — le respondieron; — una corbeta fletada, armada y equipada por una compañía de negociantes ingleses, franceses y de Corfú, cuya tripulación está compuesta de hombres de diversos países y que se dispone á zarpar al mando del valiente capitán Stradena. ¡Acaso consiga él hacer lo que no han podido lograr los buques de guerra de Inglaterra y de Francia!

— ¡Ah! — dijo Nicolas Starkos. — ¡Es una corbeta que zarpa!..... Y ¿para dónde?

— Para los sitios en que pueda encontrar y prender al famoso Sacratif.

— Ahora, ¿me permitiréis que os pregunte quién es ese famoso Sacratif?

— ¿Preguntais que quién es Sacratif? — exclamó su interlocutor estupefacto, en union del inglés, que hizo un prolongado « ¡Aoh! » de sorpresa.

La verdad es que un hombre que en plena ciudad de Corfú ignoraba quién era Sacratif, precisamente cuando este nombre estaba en todas las bocas, bien podía ser mirado como un fenómeno.

El capitán de la *Karysta* conoció en seguida el efecto que producía su ignorancia, y se apresuró á añadir:

— Soy extranjero, señores, y acabo de llegar de Zanto, es decir, del fondo del Adriático. Así es que no estoy al corriente de lo que pasa en las islas Jónicas.

— ¡Decid mejor que no sabeis lo que pasa en todo el Archipiélago! — exclamó el de Corfú. — ¡El teatro de las piraterías de Sacratif es el Archipiélago entero!.....

— ¡Ah! — repuso Nicolas Starkos. — ¿Es un pirata?.....

— ¡Un pirata, un corsario, un bandido de mar! — contestó el enorme inglés. — ¡Sí! ¡Sacratif merece esos nombres y todos los que se pudieran inventar para calificar á un malhechor como ése!

Al llegar aquí dió un resoplido para tomar aliento. Luego añadió:

— ¡Lo que me asombra, señor, es que se encuentre un europeo que no sepa quién es Sacratif!

— ¡Oh! — contestó Nicolas Starkos. — Ese nombre no me es completamente desconocido, podeis creerlo; pero ignoraba que fuera él quien hoy pone

en conmocion á toda la ciudad. ¿Acaso está Corfú amenazada por un desembarque de ese pirata?

— ¡No se atreveria! — gritó el negociante. — ¡Nunca tendria el atrevimiento de poner el pié en nuestra isla!

— ¡Ah! ¿De véras? — dijo el capitán de la *Karysta*.

— ¡De véras, señor, y si lo hiciese ¡oh! si lo hiciese, las potencias obrarian de acuerdo para atraparle en cualquier rincón de la isla y cogerle como á una alimaña!

— Pero en ese caso, ¿de qué proviene esta conmocion? — preguntó Nicolas Starkos. — Hace una hora que he llegado y todavia no he podido comprender su causa. ...

— Pues es muy sencilla, señor — dijo el inglés. — ¡Dos barcos mercantes, el *Three Brothers* y el *Carnatic*, han sido apresados, hará un mes próximamente, por Sacratif; y todos los tripulantes que sobrevivieron fueron veudidos en los mercados de la Tripolitana!

— ¡Oh! ¡Ese es un negocio indigno, del cual tendrá Sacratif que arrepentirse! — exclamó Nicolas Starkos.

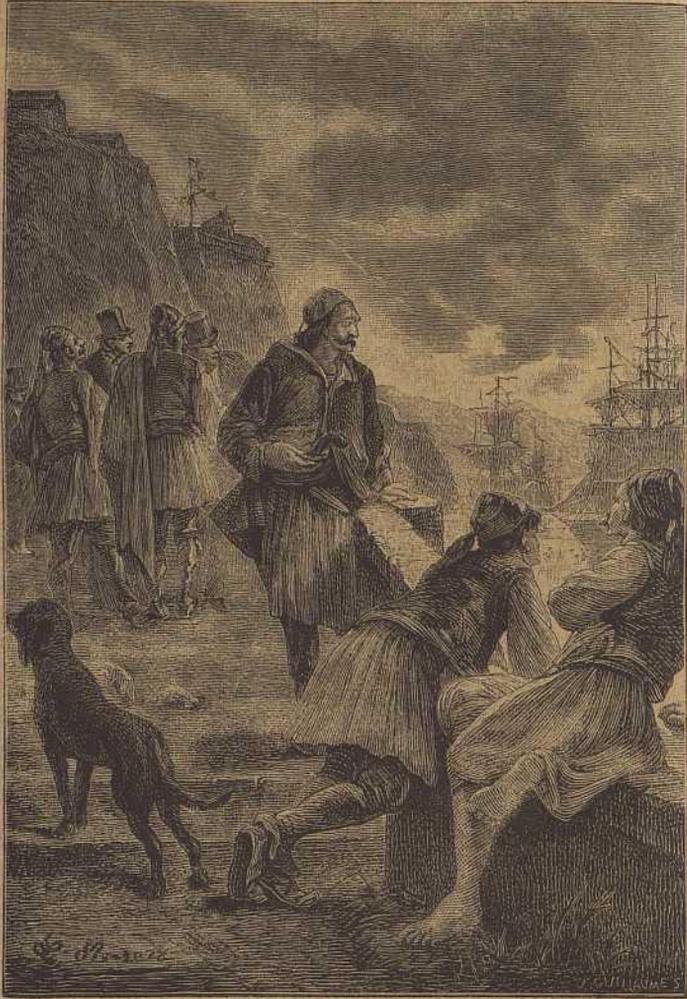
— Cuando se supo la noticia — continuó el de Corfú — cierto número de negociantes se asociaron para armar una corbeta de guerra, de excelente andar, tripulada por marineros escogidos y al mando de un intrépido navegante, el capitán Stradena que va á dar caza á Sacratif. ¡Esta vez hay motivos para creer que el pirata que tiene en jaque á todo el comercio del Archipiélago no escapará á la suerte que le espera!

— Será difícil, en efecto — dijo Nicolas Starkos.

— Y si veis á la ciudad en conmocion — prosiguió el inglés — si todo el pueblo ha venido á la explanada es para asistir á los preparativos de marcha de la *Syphanta*, que será saludada con millares de *ghurrah!* cuando baje por el canal de Corfú.

Nicolas Starkos sabia ya todo lo que deseaba saber. Dió gracias á sus interlocutores y fué á mezclarse de nuevo con la muchedumbre que llenaba la explanada.

Lo que habian dicho los ingleses y los de Corfú no tenia nada de exageracion. ¡Por desgracia era muy cierto! Hacía algunos años que las depredaciones de Sacratif se manifestaban con actos abominables. Un gran número de buques mercantes de todas las naciones habia sido atacado por aquel pirata tan audaz como cruel. ¿De dónde venia? ¿Cuál era su origen? ¿Pertenece á aquella raza de corsarios oriundos de las costas de Berbería? Nadie hubiera podido decirlo. Nadie le conocia. Nadie le habia visto. No volvió ni uno solo de los que se encontraron bajo el fuego de sus cañones: unos murieron, otros quedaron reducidos á la esclavitud. ¿Quién podria señalar los buques que montaba? Pasaba sin cesar de un barco á otro. Unas veces atacaba con un brick levantino y otras con alguna de esas ligeras corbetas invencibles en la marcha, y siempre con bandera negra. Si en alguno de aquellos encuentros no era el más fuerte, y si tenia que buscar su salvacion en la huida delante de algun temible navío de guerra, entónces desaparecía súbitamente. Era inútil ir á buscarle en los desconocidos refugios que tendria en rincones ignorados del



Volvióse el capitán de la *Karysta* hácia el puerto.

Archipiélago. Conocía los pasos más ocultos de las costas, cuya hidrografía dejaba mucho que desear en aquella época.

Si el pirata Sacratif era un buen marino, también era un terrible hombre de acción. Secundado siempre por tripulaciones que no retrocedían ante nada, nunca se olvidaba de darlas, después del combate, la «parte del diablo», es decir, algunas horas de saqueo. Por esto sus compañeros le seguían á donde quería llevarles, y ejecutaban sus órdenes fueran las que fuesen. Todos se hubieran hecho matar por él. La amenaza del suplicio más espantoso no les hubiera obligado á denunciar al jefe, que ejercía sobre ellos una verdadera fascinación. Con hombres de tal temple lanzados al abordaje, pocas veces podía resistir un buque, sobre todo un buque mercante que carece de medios de defensa.

Pero si Sacratif, á pesar de su habilidad, hubiese

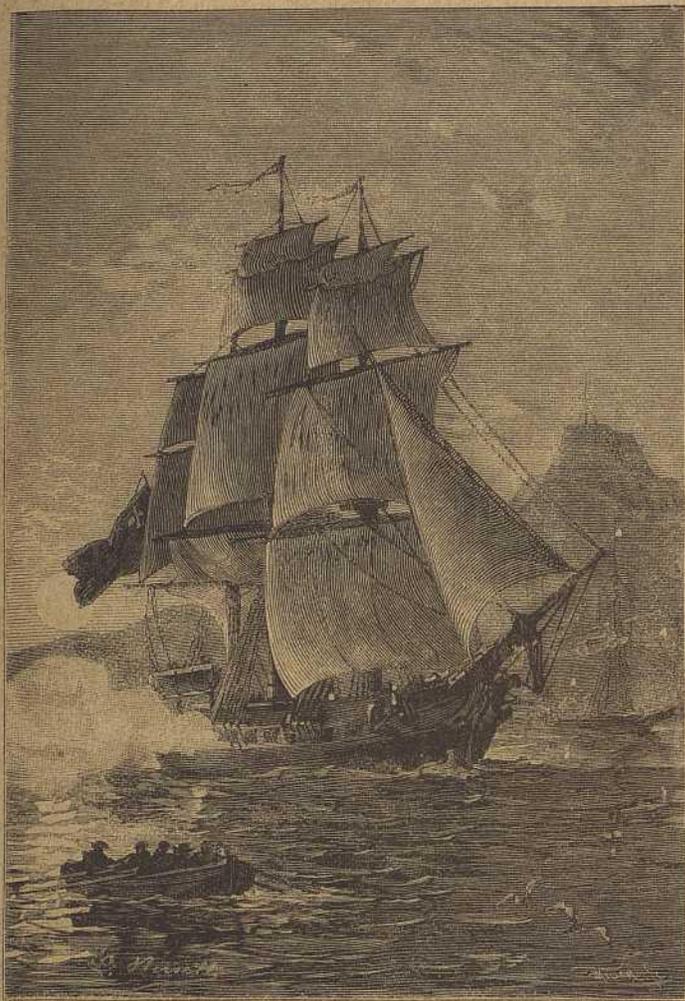
sido sorprendido por un barco de guerra, primero habría volado que rendirse. Se contaba que en un empeño de esta clase le faltaron los proyectiles, y cargó sus cañones con las cabezas recién cortadas de los cadáveres que sembraban el puente de su buque.

Tal era el hombre á quien tenía que perseguir la *Syphanta*, el temible pirata cuyo nombre maléfico producía tanto pavor en Corfú.

No tardó en sonar un cañonazo, y en lo alto del terraplen de la ciudadela se elevó una humareda de la cual brotaba un vivo relámpago. Era la señal de marcha. La *Syphanta* aparejaba y se disponía á huir por el canal de Corfú para dirigirse á las aguas meridionales del mar Jónico.

La multitud se encaminó al límite de la explanada cerca del terrado en que estaba el monumento de sir Maitland.

Impulsado Nicolas Starkos por un sentimiento más



Contestados con tres detonaciones que iluminaron las portas de la *Syphanta*.

intenso que el de la simple curiosidad, se colocó en la primera fila de espectadores.

Al poco rato, y con la claridad de la luna, empezó á verse la corbeta con sus luces de posicion. Avanzaba de bolina con objeto de tomar la vuelta del cabo Blanco, que se prolonga al extremo de la isla. Un segundo cañonazo se disparó en la ciudadela y luego otro, contestados con tres detonaciones que iluminaron las portas de la *Syphanta*. Á los cañonazos respondieron millares de ¡hurrah! que llegaron á la corbeta cuando doblaba la bahía de Kardakis.

Luégo todo quedó sumido en el silencio. Poco á poco se dispersó la multitud por las calles del barrio de Kastradés, dejando el campo libre á los escasos transeúntes que por placer ó por sus negocios seguían en la explanada.

Por espacio de una hora continuó Nicolas Starkos, siempre pensativo, en la vasta plaza de armas, ya

casi desierta. Pero ni en su corazon ni en su cabeza debía reinar el silencio. Brillaban sus ojos con un fuego que no podían ocultar los párpados. Su mirada se dirigía, como por un movimiento involuntario, hacia el sitio por donde acababa de desaparecer la corbeta detras de la confusa masa de la isla.

Cuando dieron las once en el reloj de la iglesia de San Spiridion, Nicolas Starkos se acordó de que debía acudir á la cita con Skopelo, cerca de las oficinas de Sanidad del puerto, y subiendo las calles del barrio que se dirigen al Fuerte Nuevo, no tardó en llegar al muelle.

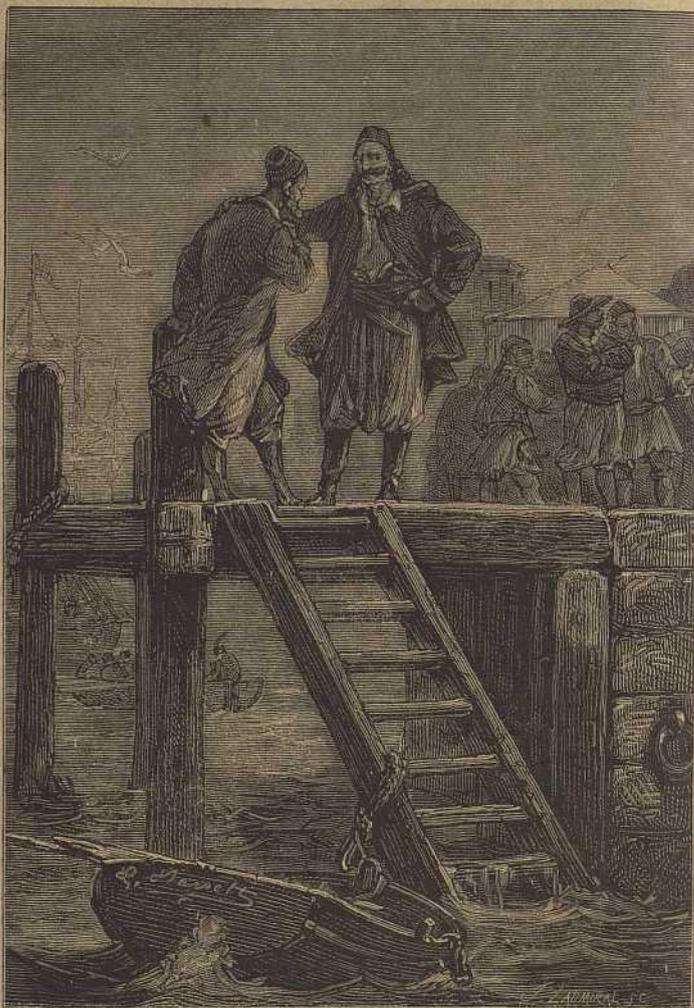
Ya estaba Skopelo allí.

El capitán de la sacoleva se acercó á él.

—¡La corbeta *Syphanta* acaba de zarpar!—le dijo.

—¡Ah!—exclamó Skopelo.

—¡Sí.... para perseguir á Sacratif!



La corbeta *Syphanta* acaba de partir — dijo Starkos.

— ¡ Esa ú otra !..... ¡ lo mismo da ! — respondió Skopelo, señalando al gig que se balanceaba al pié de la escalerilla, movido por las últimas ondulaciones de la resaca.

Algunos minutos despues el bote atracaba al costado de la *Karysta*, y Nicolas Starkos saltaba á bordo diciendo :

— Hasta mañana, en casa de Elizundo.

VII.

EL INESPERADO.

Serian las diez de la mañana del día siguiente cuando Nicolas Starkos desembarcó en el muelle, dirigiéndose en seguida á la casa de banca. No era la primera vez que se presentaba en el escritorio, y siempre habia sido recibido como un cliente cuyos negocios no se pueden despreciar.

Elizundo le conocia, y sin duda no ignoraba detalles de su vida. Sabía que era hijo de aquella patria de que habló una vez Enrique d'Albaret, pero no conocia lo que era el capitan de la *Karysta*.

En cuanto Nicolas Starkos entró, fué recibido como si se esperase su visita. En efecto, la carta, fechada desde Arkadia, y que habia llegado cuarenta y ocho horas ántes, era suya. En seguida fué conducido al despacho donde se hallaba el banquero, el cual tomó la precaucion de cerrar la puerta con llave. Elizundo y su cliente se encontraban uno enfrente de otro. Nadie le molestaria ni escucharia lo que dijeran en su conversacion.

— Buenos días, Elizundo — dijo el capitan de la *Karysta*, dejándose caer en un sillón como si estuviera en su propia casa. — ¡ Hace seis meses que no los hemos visto, áun cuando supongo que habréis tenido noticias mías con frecuencia ! No he querido pasar

tan cerca de Corfú sin detenerme para experimentar el placer de daros un apretón de manos.

—No habeis venido para visitarme ni para hacerme cumplimientos, Nicolas Starkos—repuso el banquero con voz sorda.—¿Qué quereis de mí?

—¡Ah!—exclamó el capitán—¡os reconozco, mi antiguo amigo Elizundo! ¡Nada para los afectos, todo para los negocios! Hace mucho tiempo que habeis debido guardar vuestro corazón en uno de los cajones más ocultos de vuestra arca, un cajón cuya llave se habrá perdido!—¡Es verdad que teneis razon, Elizundo! Dejémonos de tonterías. Seamos formales. Tenemos que discutir graves intereses que no deben sufrir ningun retraso.

—Vuestra carta me habla de dos asuntos—dijo el banquero;—uno que entra en la categoría de nuestras relaciones habituales, y otro que es puramente personal vuestro.

—Así es, amigo Elizundo.

—¡Pues bien, hablad, Nicolas Starkos! ¡Tengo deseos de conocer los dos!

El banquero se expresaba en términos concretos. De aquel modo quería poner á su visitante en situacion de explicarse sin andar con rodeos ni con evasivas. Pero con la sequedad de sus preguntas contrastaba el bajo tono en que las hacia. Era evidente que entre aquellos dos hombres puestos cara á cara no llevaba el banquero la mejor parte.

Por esto el capitán de la *Karysta* no pudo disimular una sonrisa que Elizundo no llegó á ver.

—¿Cuál de los dos asuntos abordáremos en primer lugar?—preguntó Nicolas Starkos.

—Primero el que personalmente os atañe!—contestó el banquero con viveza.

—Prefiero comenzar por el que no lo es—replicó secamente el capitán.

—¿Como querais, Nicolas Starkos! ¿De qué se trata?

—De un convoy de prisioneros que debemos recibir en Arkadia. Se compone de doscientas treinta y siete cabezas, entre hombres, mujeres y niños, que van á ser trasladados á la isla de Scarpanto, desde donde yo me encargo de conducirlos á la costa berberisca. Ya sabeis, Elizundo, puesto que varias veces hemos realizado operaciones de este género, que los turcos no entregan su mercancía sino á cambio de dinero ó de papel, á condicion de que una buena firma le dé valor positivo. Vengo á pedirlos la vuestra, y cuento con que se la daréis á Skopelo cuando os traiga las letras perfectamente preparadas. ¡Supongo que no tendréis dificultad! ¿no es cierto?

El banquero no contestó, pero su silencio significaba aquiescencia á la pregunta del capitán. Habia precedentes que le comprometian.

—Debo añadir—continuó Nicolas Starkos con cierto abandono—que el negocio no será malo. Las operaciones militares otomanas toman mal aspecto en Grecia. La batalla de Navarino tendrá funestas consecuencias para los turcos, puesto que las potencias europeas han tomado cartas en el asunto. Si renuncian á la lucha se acabaron los prisioneros, las ventas y las ganancias. Por esta razon, esos últimos convoyes que nos entregan en condiciones muy acepta-

bles, serán adquiridos á grandes precios en las costas de Africa. Nosotros encontráremos beneficio en este negocio, y vos tambien le encontraréis. ¿Puedo contar con vuestra firma?

—Os descontaré vuestras letras—repuso Elizundo—y así no hay necesidad de mi firma para nada.

—Como querais, Elizundo—dijo el capitán;—pero nos hubiéramos contentado con la firma. ¡Otras veces no habeis tenido dificultades para dárnosla!

—¡Otras veces no es hoy—replicó Elizundo—y hoy.... hoy tengo ideas diferentes sobre todo esto!

—¡Ah! ¡No lo sabia!—exclamó el capitán.—Pero, en fin, sea á vuestro gusto. ¿Es verdad, como me han dicho, que pensais abandonar los negocios?

—¡Si, Nicolas Starkos!—contestó el banquero con acento firme;—y por lo que se refiere á vos, ésta es la última operacion que hacemos juntos.... ¡ya que os empeñais en hacerla!

—Me empeño en absoluto, Elizundo—dijo Nicolas Starkos secamente.

Luégo se levantó y dió algunos paseos por el gabinete, sin dejar de mirar al banquero de un modo nada cariñoso. Colocándose otra vez delante de él le dijo con acento burlon:—Amigo Elizundo, debeis de ser muy rico, puesto que tratais de abandonar los negocios.

El banquero no contestó.

—¿Y qué haréis—siguió diciendo el capitán—de esos millones que habeis ganado? ¡No los llevaréis con vos al otro mundo! ¡Eso es muy enojoso para hacer un viaje! Cuando hayais partido, ¿á quién irán á parar?

Elizundo persistió en su silencio.

—¡Irán á manos de vuestra hija, la hermosa Hadjine Elizundo! ¡Ella heredará la fortuna de su padre! ¡Nada más justo! Pero... ¿qué hará ella en la vida, con tanto dinero?

El banquero se puso en pié con algun trabajo, y rápidamente, como si confesára una culpa cuyo peso le ahogase, dijo:

—¡Mi hija no estará sola!

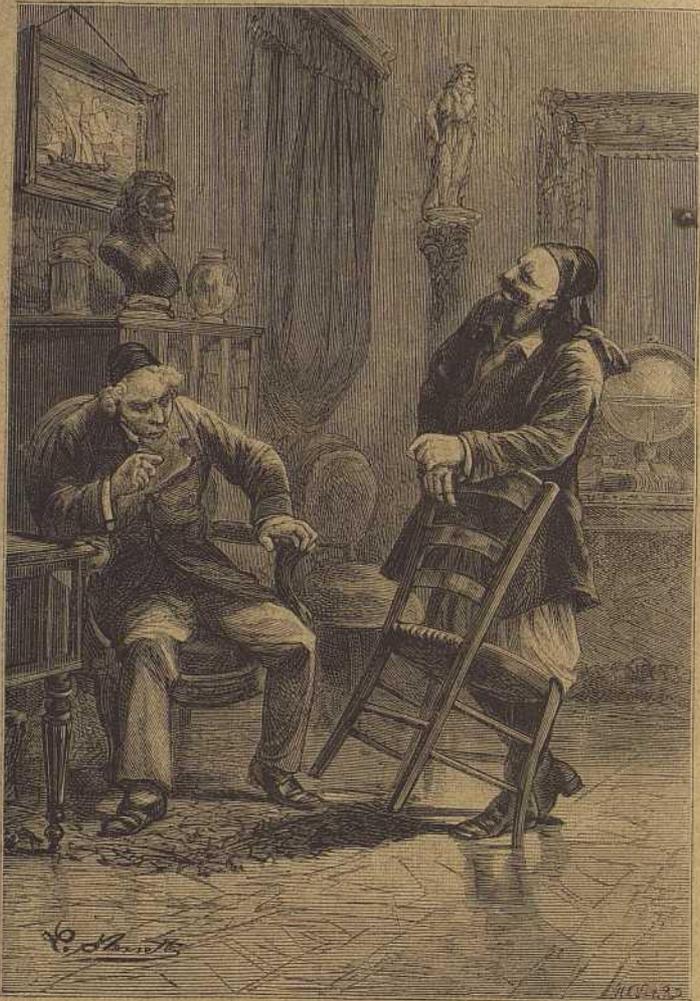
—¿La casaréis?—preguntó el capitán.—Y ¿con quién? ¿Habrá algun hombre que pueda amar á Hadjine Elizundo cuando sepa el origen de una gran parte de la fortuna de su padre? Y es más: cuando Hadjine Elizundo lo conozca, ¿se atreverá á entregar su mano?

—¿Cómo ha de saberlo?—dijo Elizundo.—Hasta ahora no sabe nada. ¿Quién se lo dirá?

—Yo, si es preciso.

—¿Vos?

—¡Si, yo! Escuchad, Elizundo, y grabad en vuestra memoria mis palabras—añadió el capitán de la *Karysta*—porque no volveré á hablaros jamas de esto. Habeis ganado esa enorme fortuna por mí, por las operaciones que hemos hecho juntos y en las que yo arriesgaba mi cabeza. ¡Traficando con mercancías producto del saqueo, y con prisioneros comprados y vendidos durante la guerra de la independencia es como habeis amontonado esas ganancias, cuyo importe se eleva á millones! Pues bien; es muy justo que esos millones vuelvan á mi poder. ¡Yo soy muy despreocupado, ya lo sabeis! Nunca os haré pregun-



Elizundo volvió á caer anonadado en el sillón.

tas sobre el origen de vuestra fortuna. En cuanto termine la guerra yo también me retiraré de los negocios. ¡Pero no me agrada el vivir solo, y creo, oídme bien, creo que Hadjine Elizundo debe casarse con Nicolas Starkos!

El banquero volvió á caer en su sillón. Comprendía que se hallaba por completo á merced de aquel hombre, que había sido su cómplice durante largo tiempo. Sabía que el capitán de la *Karysta* no retrocedería ante nada con tal de conseguir su objeto, y no dudaba de que era capaz de contar todos los detalles que conocía sobre la casa de banca.

Para responder negativamente á la pregunta de Nicolas Starkos, á riesgo de provocar una explosión de su cólera, no tenía más que decir una cosa, y después de un rato de vacilación, le dijo:

—Mi hija no puede ser esposa vuestra, Nicolas Starkos, porque está prometida á otro.

—¡Á otro!—exclamó Nicolas Starkos.—Ciertamente que he llegado con mucha oportunidad: ¿conque la hija del banquero Elizundo se casa?

—¡Dentro de cinco días!

—¿Y con quién?—preguntó el capitán, cuyo rostro temblaba por la ira.

—Con un oficial francés.

—¡Con un oficial francés! ¿Es acaso alguno de esos amigos de Grecia que han venido en su auxilio?

—¡Sí!

—¿Cómo se llama?.....

—El capitán Enrique d'Albaret.

—¡Pues bien, amigo Elizundo—añadió Nicolas Starkos acercándose al banquero hasta el punto que sus rostros casi se tocaban—os lo repito, cuando ese capitán Enrique d'Albaret sepa quién sois, apreciará á vuestra hija, y cuando vuestra hija conozca el origen de la fortuna de su padre, no pensará



Díjole una criada que Hadjine Elizundo no estaba visible

par un momento en ser esposa de Enrique d'Albaret. ¡Si hoy mismo no rompéis ese matrimonio, mañana también lo sabrán todo ambos prometidos! ¡Todo, sí!... ¡todo!... ¡Os juro por el diablo que lo sabrán!

El banquero se levantó de nuevo. Miró fijamente al capitán de la *Karysta*, y con un acento de desesperación que no podía engañar, dijo:

— ¡Está bien!... ¡Me mataré, Nicolas Starkos, para no causar la vergüenza de mi hija!

— ¡Si — repuso el capitán — pero se la causaréis en el porvenir como se la habeis causado en el presente, y con vuestra muerte no podréis impedir jamás que Elizundo haya sido el banquero de los piratas del Archipiélago!

Elizundo volvió á caer anonadado y sin contestar una palabra.

El capitán prosiguió:

— Esta es la razón de que Hadjine Elizundo no pueda ser esposa de ese Enrique d'Albaret, y de que de grado ó por fuerza lo sea de Nicolas Starkos.

Durante media hora más se prolongó aquella conversacion, en súplicas por una parte y amenazas por la otra. No era el amor lo que impulsaba á Nicolas Starkos á desbaratar la boda de Hadjine Elizundo, no. Aquel hombre no quería más sino entrar en posesion de los millones del padre, y ningun argumento le haria retroceder.

Hadjine Elizundo no habia tenido noticia de la carta que anunciaba la llegada del capitán de la *Karysta*; pero desde aquel dia observó que su padre estaba más sombrío que de costumbre, como si le abrumase alguna secreta preocupacion. Cuando supó que Nicolas Starkos se habia presentado en la casa de banca experimentó viva inquietud. Conocía á aquel

personaje de haberle visto ir varias veces durante los últimos años de la guerra. Nicolas Starkos inspiró siempre á la jóven una repulsion instintiva. La miraba de una manera que la producía disgusto, por más que él nunca la hubiese dirigido sino palabras de cortesía, como lo habria hecho cualquier habitual concurrente al despacho. Pero la jóven observó que despues de cada visita del capitán de la *Karysta* permanecia su padre durante algun tiempo como presa de una postracion mezclada de espanto. Este era el origen de su antipatia hácia Nicolas Starkos.

Hadjine Elizundo no habia hablado nunca de aquel hombre á Enrique d'Albaret. Las relaciones que le unian á la casa no eran más que puramente de negocios, y en sus conversaciones jamas hablaron de los negocios de su padre, cuya indole era desconocida para la jóven. El oficial ignoraba, por consiguiente, los lazos que existian entre el banquero y Nicolas Starkos, así como entre éste y la heroica mujer á quien habia salvado la vida en el combate de Chaidari y á la que no conocia más que por Andrónika.

Xaris, de igual modo que Hadjine, tuvo ocasion de ver varias veces á Nicolas Starkos en el escritorio de la Strade Reale y él tambien sentía la misma repulsion que su ama. Pero como su naturaleza era vigorosa y enérgica, aquel sentimiento se traducía de otra manera. Si Hadjine Elizundo evitaba el encontrarse en presencia de aquel hombre, Xaris lo hubiera deseado á condicion de «romperle las costillas», como decia con frecuencia.

— ¡No puedo hacerlo— pensaba;— pero quizá se presente pronto la ocasion!

Por todo se comprenderá que la noticia de la nueva visita del capitán de la *Karysta* al banquero Elizundo fuese recibida con disgusto por Xaris y por la jóven. Ambos se regocijaron mucho cuando supieron que Nicolas Starkos, despues de una conversacion que no habia trascendido, salió de la casa tomando el camino del puerto.

Elizundo siguió encerrado en su despacho durante una hora. Nadie oía un solo movimiento. Pero sus órdenes eran formales: ni su hija ni Xaris podian entrar sin que él los llamase. Como la visita habia sido muy larga, aquella vez su ansiedad crecía en razon del tiempo trascurrido.

De pronto sonó la campanilla de Elizundo, pero con un sonido débil, como producido por una mano poco firme.

Xaris respondió al llamamiento, abrió la puerta, que no estaba cerrada por dentro, y se encontró en presensencia del banquero.

Elizundo seguía en el sillón, casi postrado con todo el aspecto de un hombre que acaba de sostener violenta lucha consigo mismo. Levantó la cabeza, miró á Xaris como si le costase trabajo reconocerle, y pasando la mano por la frente, dijo con voz ahogada:

— ¡Hadjine!

Xaris hizo una seña de afirmacion y salió.

Un momento despues estaba la jóven delante de su padre, el cual, sin más preámbulo y bajando los ojos, la dijo con voz alterada por la emocion:

— ¡Hadjine..... es preciso..... es preciso renunciar al matrimonio proyectado con Enrique d'Albaret!

— ¿Qué decis, padre mio?..... — exclamó la jóven herida en el corazon por aquel golpe imprevisto.

— ¡Es preciso, Hadjine! — repitió Elizundo.

— Pero, padre, ¿no me diréis por qué retiráis la palabra que nos habeis dado á él y á mí? — preguntó la jóven. — Yo no discuto nunca vuestras órdenes, ya lo sabeis, y ahora tampoco las discutiré, sean cualesquiera los motivos que tengais para dárme las..... Mas ¿no podeis decirme por qué razon he de renunciar á casarme con Enrique d'Albaret?

— Porque es necesario, Hadjine..... ¡es necesario que seas mujer de otro! — murmuró Elizundo.

Aunque hablaba en voz muy baja, su hija le entendió claramente.

— ¡Otro! — dijo herida por aquel nuevo golpe con más fuerza que por el primero. ¿Y quién es ese otro?.....

— ¡El capitán Starkos!

— ¡Ese hombre..... ese hombre!

Estas palabras salieron involuntariamente de la boca de la jóven, que tuvo que apoyarse en la mesa para caer.

Luégo, como sublevándose ante aquella resolucion que mataba todos sus sueños, dijo:

— ¡Padre mio, en esa orden que me dais, y á pesar vuestro, hay algo que no puedo explicaros; ¡Hay un secreto que no me quereis confiar!

— ¡No me preguntes nada — gritó Elizundo — nada!

— ¿Nada?..... ¡Padre!..... ¡sea!..... Pero si por decreto renuncio á ser esposa de Enrique d'Albaret..... tampoco lo seré de Nicolas Starkos..... ¿cómo me mateis!.....

— ¡Es preciso, Hadjine! — repitió Elizundo.

— Va en ello mi felicidad — exclamó la jóven.

— ¡Tambien va mi honor!

— ¡Qué! ¿el honor de Elizundo depende acaso de otro que no sea él? — replicó Hadjine.

— ¡Si!..... ¡de otro!..... ¡Y ese otro..... es Nicolas Starkos!

Al acabar estas palabras se levantó el banquero con los ojos extraviados y el rostro contraído como si fuera á congestionarse.

Quando Hadjine vió así á su padre cobró toda su energia. Y en verdad que toda la necesitaba para decirle al marcharse:

— ¡Está bien, padre mio!..... ¡Os obedeceré!

¡Iba á ser infeliz toda su vida, pero habia comprendido que existia algun secreto espantoso en las relaciones del banquero con el capitán de la *Karysta*; ¡Conocia que se hallaba en manos de aquel hombre odioso!..... ¡Doblaba su cabeza en el ara del sacrificio!..... ¡El honor de su padre lo exigia!

Xaris recibió á la jóven en sus brazos desfallecida y la condujo á su aposento. Allí supo todo lo que habia sucedido y la renuncia que se vió obligada á hacer. Con estas noticias se redoblaron los odios que le inspiraba Nicolas Starkos.

Una hora despues, á la de costumbre, entraba Enrique d'Albaret en la casa de banca. Dijéronle que Hadjine Elizundo no estaba visible. Quiso ver al banquero..... El banquero no podia recibirle..... Preguntó por Xaris..... Xaris no estaba en el despacho

Enrique d'Albaret volvió á su fonda muy inquieto. Nunca se le habían dado tales respuestas, y decidió volver por la noche. Entre tanto su ansiedad no tuvo límites.

Á las seis de la tarde le entregaron una carta. Miró el sobre y reconoció la letra del mismo Elizundo; le abrió y pudo leer las siguientes líneas:

«Se ruega al señor Enrique d'Albaret que considere como no convenientes los proyectos de union formados entre él y la hija del banquero Elizundo. Por razones que no se refieren á él, no puede realizarse el matrimonio, y el señor Enrique d'Albaret hará bien suspendiendo sus visitas á la casa de banca.

» ELIZUNDO. »

El jóven oficial no comprendió al principio lo que acababa de ver. Volvió á leer la carta, y quedó aterrado. ¿Qué había sucedido en casa de Elizundo? ¿Á qué debía atribuir aquel cambio? El dia anterior había estado en la casa, donde se hacían los preparativos de la boda. El banquero le habló, y estuvo con él como siempre. Cuanto á la jóven, nada indicaba que sus sentimientos hubiesen variado.

— ¡Pero la carta no está firmada por Hadjine! — repetía. — ¡La firma es de Elizundo!..... ¡No, Hadjine no ha sabido ni sabe lo que su padre me escribe!..... ¡Él ha modificado sus proyectos sin decirlo nada!..... ¿Por qué? ¡Yo no he dado motivo alguno que haya podido!..... ¡Ah! Pronto conoceré el obstáculo que se levanta entre Hadjine y yo.

Como no sería recibido en casa del banquero, le escribió diciendo que tenía un derecho indiscutible á conocer las razones que le obligaban á romper aquel matrimonio el dia ántes de verificarse.

Su carta no tuvo respuesta. Escribió otra y otras dos. Igual silencio.

Entonces se dirigió á Hadjine Elizundo suplicándola, en nombre de su amor, que le respondiese, aun cuando le prohibiera volver á verla jamas. Tampoco obtuvo contestacion.

Es probable que su carta no llegase á manos de la jóven. Enrique d'Albaret tenía motivos para creerlo así, pues conocia bastante su carácter para estar seguro de que le hubiera dado una respuesta.

Desesperado el jóven oficial, trató de ver á Xaris. Para conseguirlo recorrió durante el dia la Strada Reale, rondando durante horas enteras las cercanías de la casa de banca. Todo fué inútil. Xaris no salia, quizás obedeciendo órdenes del banquero, ó acaso por atender á las súplicas de Hadjine Elizundo.

De este modo pasaron los dias 24 y 25 de Octubre. En medio de las horribles angustias que experimentaba, imaginábase Enrique d'Albaret que habia llegado á los límites del sufrimiento.

El dia 26 circuló por la ciudad una noticia que iba á darle un golpe más terrible todavía.

No solamente estaba roto su matrimonio con Hadjine Elizundo, ruptura que todo el mundo conocia ya, sino que la jóven iba á casarse con otro.

Enrique d'Albaret quedó anonadado al oír aquel rumor. Otro que no era él sería el esposo de Hadjine.

— ¡Yo sabré quién es ese hombre! — exclamó. — ¡Sea quienquiera, yo le conoceré!..... ¡Llegaré hasta él..... le hablaré..... y fuerza será que me responda!

El jóven oficial no debia tardar en saber quién era su rival. Vióle entrar en la casa de banca, siguióle cuando salió, le espío hasta el puerto, donde le esperaba su bote al pié del muelle, y observó que atracaba á la sacoleva anclada á distancia de medio cable.

Era Nicolas Starkos, el capitán de la *Karysta*.

Esto acontecia el 27 de Octubre. De los informes exactos que Enrique d'Albaret adquirió, resultaba que la boda de Hadjine Elizundo y Nicolas Starkos estaba muy próxima, pues los preparativos se llevaban á cabo con gran prisa. La ceremonia religiosa se habia fijado para el 30 del mes en la iglesia de San Spiridion, es decir, para el mismo dia destinado á la boda con Enrique d'Albaret. ¡Pero el prometido no era él; era aquel capitán que no se sabia de dónde venia ni á dónde iba!

Enrique d'Albaret, que estaba dominado por un furor que no era dueño de avasallar, se habia resuelto á provocar á Nicolas Starkos aunque fuera al pié de los altares. Si no le mataba sería muerto por él; pero al ménos acabaría aquella situación intolerable.

Decíase, hablando consigo mismo, que el matrimonio se verificaba con el consentimiento de Elizundo y que era el padre quien disponia de la mano de su hija.

— ¡Si, se casa contra su voluntad!..... ¡Es víctima de una presion que la liga á ese hombre!..... ¡La pobre jóven se sacrifica!.....

Durante el dia 28 de Octubre, Enrique d'Albaret trató de encontrar á Nicolas Starkos. Acechó á la hora del desembarque, acechó á la hora de entrar en el escritorio; pero en vano. Y dentro de dos dias se realizaria aquel odioso matrimonio; dos dias en los cuales el jóven oficial hizo todo cuanto pudo para llegar hasta la jóven ó para hallarse frente á frente con Nicolas Starkos.

Pero el 29, á las seis de la tarde, ocurrió un hecho inesperado que debia precipitar el desenlace de aquella situacion.

Cerca de las doce corrió la noticia de que el banquero habia sido atacado de una congestion cerebral.

En efecto, dos horas despues Elizundo estaba muerto.

VIII.

VEINTE MILLONES DE POR MEDIO.

Nadie podia prever las consecuencias de aquel suceso. En cuanto Enrique d'Albaret lo supo, pensó que habian de serle favorables. De cualquier modo, la boda de Hadjine Elizundo quedaba aplazada. Aunque comprendió que la jóven debia ser presa de un dolor profundo, no vaciló en presentarse en la casa de la Strada Reale; pero no pudo ver á Hadjine ni á Xaris. No tenía más remedio que esperar.

— Si al casarse con Nicolas Starkos — pensaba — Hadjine hacia un sacrificio impuesto por su padre, ahora, cuando éste ya no existe, ese matrimonio no se verificará.



La muerte de Elizundo circulaba ya por la población.

Aquel razonamiento era exacto. De una deducción tan lógica se desprendía que aumentaban tanto las probabilidades en favor de Enrique d'Albaret como disminuían las de Nicolas Starkos.

Por esto no llamará la atención que durante la mañana y á bordo de la sacoleva se sostuviese una conversacion sobre aquel motivo, provocada por Skopelo.

El segundo de la *Karysta* fué quien llevó la noticia de la muerte de Elizundo, que ya circulaba por la ciudad.

Podría creerse que Nicolas Starkos se entregaría á un arrebato de cólera al oír la relacion de Skopelo, más no fué así. El capitan sabía dominarse y no protestar contra los hechos consumados.

—¡Ah! ¿Ha muerto Elizundo?—dijo con indolencia.

—¡Si!..... ¡Ha muerto!

—¿Se habrá suicidado?—añadió Nicolas Starkos como si hablase consigo mismo.

—No—repuso Skopelo, que había oído la reflexión del capitan—no. Los médicos han declarado que el banquero Elizundo ha muerto de una congestión....

—¿Repentinamente?

—Poco ménos. Perdió el conocimiento y no pudo pronunciar ni una palabra ántes de morir.

—Lo mismo da, Skopelo.

—Teneis razon, capitan, sobre todo si estaba ya terminado el negocio de Arkadia....

—Completamente—repuso Nicolas Starkos.—Nuestras letras están descontadas, y ahora podría tomar en el acto, con dinero contante y sonante, el convoy de prisioneros.

—¡Caramba! ¡ya era tiempo!—exclamó el se-



No mezcléis el nombre de Enrique d'Albaret con este asunto.

gundo.— Bueno; esta operacion está terminada. Pero ¿y la otra?

— ¿La otra?— preguntó tranquilamente Nicolas Starkos.— ¡Ah! la otra concluirá como debe concluir. Entiendo que no ha variado la situacion en nada. ¡Hadjine Elizundo obedecerá á su padre muerto como le ha obedecido vivo, y por las mismas razones!

— ¿Es decir, capitán, que no teneis intencion de abandonar la partida?

— ¡Abandonarla!— replicó Nicolas Starkos con un tono que indicaba su firme voluntad de arrollar todos los obstáculos.— Dime, Skopelo, ¿crees que pueda haber en el mundo un hombre, uno solo, que consienta en cerrar la mano cuando no hay más que abriría para recibir en ella veinte millones?

— ¡Veinte millones!— repitió Skopelo sonriéndose y moviendo la cabeza.— ¡Si! ¡En unos veinte millo-

nes habia yo calculado la fortuna de nuestro antiguo amigo Elizundo!

— Fortuna limpia, sana, en buenos valores— añadió Nicolas Starkos;— cuya realizacion podrá hacerse en seguida.....

— En cuanto entreis en posesion de ella, capitán, pues ahora toda esa fortuna irá á parar á manos de la hermosa Hadjine.....

— ¡La cual, á su vez, vendrá á las mias! ¡No temas, Skopelo! Con una palabra puedo perder el honor del banquero, y despues de su muerte, como en su vida, la hija estimará más el honor que las riquezas. ¡Pero yo no diré nada, ni nada tendré que decir! ¡La presion que ejercia sobre el padre ejerceré sobre la hija! ¡Ésta aportará esos veinte millones como dote para Nicolas Starkos, y si lo dudas, Skopelo, es porque no conoces al capitán de la *Karysta!*

Hablaba Nicolas Starkos con tal seguridad, que su segundo, poco aficionado á hacerse ilusiones, se inclinó á creer tambien que el suceso de la víspera no estorbaria la realizacion del asunto, determinando sólo, cuando más, un aplazamiento.

La duracion de éste era lo único que preocupaba á Skopelo, y áun á Nicolas Starkos, por más que éste no queria confesarlo. No dejó de asistir al día siguiente á las exequias del rico banquero, que se celebraron con sencillez y á las que acudió un número reducido de personas. En la fúnebre ceremonia se encontró con Enrique d'Albaret, pero entre ambos no hubo nada más que cambio de miradas.

En los cinco dias que siguieron á la muerte de Elizundo, el capitán de la *Karysta* hizo vanos esfuerzos para hablar con la jóven. La puerta del escritorio estaba cerrada para todos. Parecia como si la casa de banca hubiera muerto á la vez que el banquero.

Enrique d'Albaret no fué más afortunado que Nicolas Starkos, y no pudo comunicarse con la jóven ni por medio de carta. Habia motivo suficiente para sospechar si Hadjine habria huido de Corfú bajo la proteccion de Xaris, á quien no se veia en parte alguna.

Entre tanto, el capitán de la *Karysta*, lejos de abandonar sus proyectos, repetia á todas horas que su realizacion estaba aplazada. Con esto y con los trabajos de Skopelo, que esparcia el rumor por todas partes, nadie dudaba que pronto seria un hecho el matrimonio de Hadjine Elizundo y Nicolas Starkos. Se esperaba solamente que pasasen los primeros dias de duelo, y que se regularizase la situacion financiera de la casa.

Cuanto á la fortuna que dejó el banquero, se sabia que era enorme. Aumentada naturalmente por las habladurias del barrio y los rumores de la ciudad, no faltaba quien la quintuplicase. ¡Si, se afirmaba que Elizundo no habia dejado menos de cien millones! ¡Qué heredera la jóven Hadjine! ¡Qué hombre tan feliz aquel Nicolas Starkos á quien su mano estaba prometida! No se hablaba más que de esto en Corfú, en sus dos barrios y hasta en las últimas aldeas de la isla, y los papanatas afluían á la Strada Reale. No teniendo otra cosa mejor que hacer, contemplaban aquella casa famosa, en la cual habia entrado tanto dinero y tanto debia encerrar, puesto que siempre salió muy poco.

Ciertamente, aquella fortuna era enorme. Se elevaba á unos veinte millones, y, como habia dicho Nicolas Starkos á Skopelo, consistia en valores realizables con facilidad, no en fincas.

Así lo reconocieron Hadjine Elizundo y Xaris durante los primeros dias siguientes á la desgracia, y tambien averiguaron por qué medios habian sido adquiridas aquellas sumas. Xaris tenia bastante costumbre de los negocios de banca para darse cuenta del pasado de la casa por los libros y papeles que tuvo á su disposicion. Sin duda se proponia Elizundo destruirlos más tarde; pero la muerte le sorprendió. Estaban allí, y ellos hablaban.

¡Hadjine y Xaris ya sabian á qué atenerse respecto á la procedencia de aquellos millones! ¿En cuántos tráficos odiosos, en cuántas miserias descansaba

toda aquella riqueza? ¡No abrigaban ya la menor duda! Hé aqui la causa de aquel influjo que Nicolas Starkos tenia sobre Elizundo. ¡Era su cómplice! ¡Con una palabra podia deshonrarle! ¡Y Inégo, si le convenia desaparecer, nadie podria seguir sus huellas! ¡Ah! ¡Hacia pagar al padre su silencio, arrebatándole la hija!.....

—¡Miserable! ¡miserable! —exclamaba Xaris.

—¡Calla! —respondia Hadjine.

En efecto, callaba, porque comprendia que sus palabras alcanzaban á álguien más que á Nicolas Starkos.

Aquella situacion no podia continuar por mucho tiempo. Era necesario que Hadjine Elizundo se encargase de precipitar el desenlace en interes de todos.

Seis dias despues de la muerte de Elizundo, y ya cerca de las siete de la tarde, Xaris, que esperaba en la escalera del muelle, rogó á Nicolas Starkos que fuera inmediatamente á la casa de banca.

No dirémos que aquel aviso fuera dado con amabilidad. El tono de Xaris no tenia nada de atractivo, y su voz distaba mucho de la dulzura cuando hablaba con el capitán de la *Karysta*. Pero éste, que no se conmovia por tan poca cosa, siguió á Xaris hasta el escritorio, en el que fué inmediatamente introducido.

Los vecinos que vieron entrar á Nicolas Starkos en aquella casa tan cerrada hasta entónces, no dudaron de que la suerte le era favorable.

Nicolas Starkos encontró á Hadjine Elizundo en el despacho de su padre. Estaba sentada delante de la mesa, encima de la cual se veian muchos papeles, libros y documentos. El capitán comprendió que la jóven se habia enterado ya de los negocios de la casa. Mas ¿conoceria las relaciones que el banquero habia tenido con los piratas del Archipiélago? Esto era lo que se preguntaba.

Al entrar el capitán se levantó Hadjine, con lo que evitaba ofrecerle asiento, y mandó á Xaris que los dejase solos. Estaba vestida de negro. Su rostro grave y sus ojos fatigados por el insomnio, indicaban gran cansancio físico en su persona, pero no abatimiento moral. En aquella conversacion, que iba á tener importantes consecuencias para todos los que fuesen objeto de ella, no debia abandonar la calma ni por un momento.

—Héme aqui á vuestras órdenes, Hadjine Elizundo —dijo el capitán.— ¿Por qué me habeis llamado?

—Con dos motivos, Nicolas Starkos —respondió la jóven, que se proponia llegar pronto al fin.— El primer lugar debo deciros que el proyecto de matrimonio que mi padre me imponia, bien lo sabeis, queda roto desde este instante.

—Y yo —replicó friamente Nicolas Starkos— me limitaré á contestaros que, al hablar así, no habréis reflexionado bastante las consecuencias de vuestras palabras.

—He reflexionado —dijo la jóven— y comprenderéis que mi resolucion es irrevocable, puesto que no me falta nada que saber sobre la índole de los negocios que la casa de Elizundo ha hecho con vos y con los vuestros, Nicolas Starkos.

El capitán de la *Karysta* oyó aquella respuesta con



Nicolas Starkos veíase oprimido entre dos brazos de hierro.

gran disgusto. Sin duda esperaba que Hadjine Elizundo le diese cuenta de su resolución en buena forma, y creía vencer su resistencia haciéndola saber lo que había sido su padre y los lazos que con él le unían. Pero resultaba que la jóven lo sabía todo, con lo cual se le rompía su mejor arma. Sin embargo, no se dió por desarmado, y dijo con tono irónico:

—¿De modo que, á pesar de conocer los negocios de la casa de Elizundo, empleais ese lenguaje?

—Le empleo, Nicolas Starkos, y le emplearé siempre, porque es mi deber emplearle.

—Entónces creeré—repuso Nicolas Starkos—que el capitán Enrique d'Albaret....

—¡No mezeis el nombre de Enrique d'Albaret á todo esto!—replicó vivamente Hadjine.

En seguida, y con objeto de impedir cualquier provocación, añadió:

—¡Os advierto, Nicolas Starkos, que el capitán Enrique no consentirá casarse jamás con la hija del banquero Elizundo!

—¡Será muy exigente!

—¡Es muy honrado!

—¿Por qué?

—Porque nadie se casa con una heredera cuyo padre ha sido banquero de los piratas. No. ¡Ningun hombre honrado puede aceptar una fortuna adquirida por medio de infamias!

—¡Pero.... me parece—replicó Nicolas Starkos—que estamos hablando de cosas ajenas á la cuestión que se trata de resolver!

—¡Esa cuestión está resuelta!

—¡Permitidme que os haga observar que era con el capitán Starkos, no con el capitán d'Albaret, con quien Hadjine Elizundo debía casarse! ¡La muerte

de su padre no habrá alterado sus propósitos, como no ha alterado los míos!

— ¡Yo obedecía á mi padre — respondió Hadjine Elizundo — y le obedecía sin conocer los motivos que le obligaban á sacrificarme! ¡Ahora ya sé que obedeciéndole salvaba su honor!

— ¿Qué, sabéis..... — preguntó Nicolas Starkos.

— ¡Sé — dijo Hadjine cortándole la palabra — que vos, su cómplice, le habeis interesado en negocios odiosos, haciendo entrar esos millones en una casa de banca, honrada hasta que entrasteis en ella! ¡Sé que habeis debido amenazarle con revelar públicamente su infamia si se negaba á daros la mano de su hija! ¿Es posible que os hayais figurado alguna vez que al consentir en casarme con vos hacía yo otra cosa más que obedecer á mi padre?

— ¡Está bien, Hadjine Elizundo, nada nuevo tengo que deciros! Mas si tan cuidadosa erais del honor de vuestro padre durante su vida, con mayor razon debéis serlo despues de su muerte, y si continuais resistiendo á cumplir vuestros compromisos respecto de mí.....

— ¡Lo diréis todo, Nicolas Starkos! — exclamó la jóven con tal expresion de disgusto y de desprecio que la frente de aquel miserable enrojeció.

— ¡Si..... todo!

— ¡No lo haréis, Nicolas Starkos!

— ¿Por qué?

— ¡Porque os acusariais á vos mismo.

— ¡Acusarme! ¿ Creis acaso que esos negocios se han hecho nunca con mi nombre? ¿ Pensais que es Nicolas Starkos quien recorre el Archipiélago y trafica con prisioneros de guerra? ¡No! ¡Hablando no me comprometeria, y si os empeñais, hablaré!

La jóven miró cara á cara al capitán. Sus ojos, que tenían toda la aducia de la honradez, no se bajaron delante de la suyas, á pesar de las feroces miradas que la dirigia.

— ¡Nicolas Starkos — replicó — podría desarmaros con una palabra, porque ni la simpatia ni el amor os han hecho desear ese matrimonio! ¡Tratabais únicamente de ser dueño de la fortuna de mi padre! ¡Si! Yo podria deciros: «¿Quereis esos millones?..... ¡Pues bien, ahí los teneis!..... ¡Tomadlos!... ¡Salid!..... ¡Que yo no vuelva á veros jamas!.....» ¡Pero no diré eso, Nicolas Starkos!..... ¡Esos millones, que heredo, no serán vuestros!..... ¡Los guardaré!..... ¡Haré de ellos el uso que tenga por conveniente!..... ¡No! ¡No los tendréis!..... ¡Y ahora, salid de este aposento!..... ¡Salid de esta casa!..... ¡Salid!

Hadjine Elizundo, con el brazo extendido y la cabeza alta, parecia que lanzaba sobre el capitán una maldicion como la de Andrónika, cuando algunas semanas antes le arrojó del hogar paterno. Entónces retrocedió Nicolas Starkos ante su madre, pero en esta ocasion se fué resueltamente hácia la jóven:

— ¡Hadjine Elizundo — dijo en voz baja — si! ¡Necesito esos millones, y los tendré de cualquier modo..... los tendré!.....

— ¡No!..... ¡Primero los arrojaré á las aguas del golfo! — exclamó Hadjine.

— ¡Os digo que los tendré!..... ¡Los quiero!.....

Nicolas Starkos habia cogido á la jóven por el bra-

zo. La cólera le cegaba. Ya no veia y hubiera sido capaz de asesinarla.

Hadjine Elizundo comprendió que estaba perdida. ¡Morir! ¡Qué la importaba! La muerte no la hubiera espantado. Pero la enérgica jóven habia dispuesto de sí misma de otro modo..... Se habia condenado á vivir.

— ¡Xaris! — gritó.

Abrióse la puerta y Xaris apareció en ella.

— ¡Xaris, arroja á este hombre!

Iba á volverse Nicolas Starkos, pero ántes de intentararlo se encontró oprimido por dos brazos de hierro. Le faltaba la respiracion. Quiso hablar, gritar..... no pudo, porque no cesaba el esfuerzo de aquel espantoso apretón. Un minuto despues y casi ahogado, sin poder articular ni un sonido, estaba en la puerta de la calle.

Entónces le dijo Xaris:

— ¡No os mato porque no me ha dicho que os mate! ¡En cuanto me lo diga, lo haré!

Y cerró.

Á aquella hora estaba desierta la calle. Nadie habia visto lo que acababa de pasar, esto es, que Nicolas Starkos habia sido arrojado de la casa del banquero Elizundo. Pero se le vió entrar, y esto bastaba. Por esto, cuando Enrique d'Albaret supo que su rival habia sido recibido donde se negaban á recibirle á él, debió pensar, como todo el mundo, que el capitán de la *Karysta* habló con la jóven en las condiciones prometidas.

¡Qué golpe para él! ¡Nicolas Starkos en la casa de la cual le tenia alejado una consigna inquebrantable! Tentaciones le dieron de maldecir á Hadjine; ¿quién no lo hubiera hecho? Pero reflexionó, su amor se sobrepuso á su cólera, y aunque las apariencias consolaban á la jóven, exclamó:

— ¡No! ¡no! ¡no es posible!..... ¡Ella..... de ese hombre!..... ¡No puede ser!..... ¡No es!

Entre tanto Nicolas Starkos, no obstante las amenazas que habia dirigido á Hadjine Elizundo, se decidió á callar y á no decir nada de aquel secreto que pesaba sobre la vida del banquero. Con esto tenia libertad de accion y siempre sería tiempo de hacerlo si las circunstancias lo exigian.

Así quedó convenido entre Skopelo y él; pues no ocultó al segundo de la *Karysta* nada de lo ocurrido en su visita á Hadjine Elizundo. Skopelo aprobó la idea de no decir nada y de reservarse, observando que las cosas no tomaban un aspecto favorable á sus propósitos. ¡Lo que le preocupaba sobre todo era que la jóven no quisiera comprar su silencio entregándole la herencia! ¿Por qué? No lo entendia.

En los dias siguientes hasta el 12 de Noviembre no abandonó el barco ni durante una hora, buscándole y combinando los medios que podian conducirle á su fin. Contaba con el destino, que tanto le protegía en el curso de su abominable existencia..... Pero esta vez no le favorecia.

Tambien Enrique d'Albaret hacia una vida retirada. No quiso renovar sus tentativas para ver á la jóven, pero no perdía la esperanza.

Eldia 12, ya de noche, recibió una carta. Un vagabundo presentimiento le hizo sospechar que seria de Hadjine.

ne Elizundo. Cuando abrió el sobre y leyó la firma, vió que no se engañaba.

La carta tenía pocas líneas, escritas por mano de la jóven, y decía así :

« Enrique : ¡ La muerte de mi padre me ha devuelto la libertad, pero debeis renunciar á mi ! ¡ La hija del banquero Elizundo no es digna de vos ! Nunca seré de Nicolas Starkos, que es un miserable,

más tampoco puedo ser de Enrique d'Albaret, que es un hombre honrado ! ¡ Perdon, y adios !

» HADJINE ELIZUNDO. »

En cuanto Enrique d'Albaret recibió la carta se dirigió corriendo á la Strada Reale.....

La casa estaba cerrada, abandonada, desierta, como si Hadjine Elizundo hubiera huido de ella con su fiel Xaris para no volver jamas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
I.—Buque á la vista.....	1
II.—Frente á frente.....	13
III.—Griegos contra turcos.....	17
IV.—Triste morada de un rico.....	22
V.—La costa de Mesenia.....	30
VI.—¡Sús, á los piratas del Archipiélago!	34
VII.—El inesperado.....	42
VIII.—Veinte millones de por medio.....	47

FIN DEL ÍNDICE

